



AÑO VII

NÚM. LXXXIII

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

—
NOVIEMBRE 1895
—

MADRID

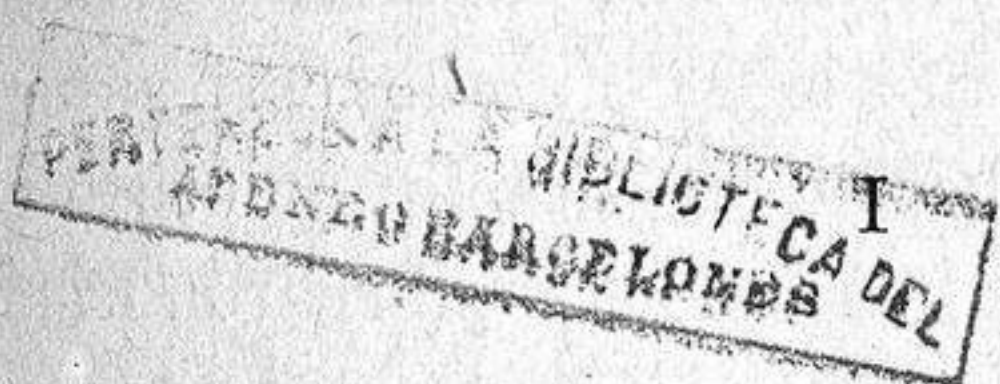
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

1.386.—*San Bernardo, 92.*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

UN LADRILLAZO

(HISTORIA INCREÍBLE)



.....¡Cuándo te olvidaré, mi querido valle de Aramayona! ¿No eres tú, además de la tierra de mis antepasados, el centro donde se unen las tres comarcas de la vieja raza de la montaña? ¿No he aprendido yo en tus caseríos, al pie de Larrazábal, de Amboto y de Udala, las tradiciones que cuento á mis amigos? Siempre serás para mí rico manantial de recuerdos y sentimientos; ya me ofrezcas el imponente espectáculo del invierno helado, cuán desde Echagüe hasta Ibarra brillante manto de nieve cubre los pliegues de tu suelo; ya ostentes tu vegetación florida, y vivas, lleno de paz y de alegría, por San Martín de Julio, en las patriarcales fiestas de tus anteiglesias, alzadas entre los riscos y las pendientes como nidos de amores, rodeadas de verdes y olorosas macetas; ya escuche en el valle la rústica armonía que forman el cántico de las labradoras en las heredades, el de las jóvenes que vuelven de la fuente, ó el de las que acuden al baile de la plaza por las tortuosas sendas y escaleras de piedra de las montañas, coreada por los gritos de los pastores en el cercano bosque, por el repique de las campanas de tus diminutos barrios,

y por el agudo y melancólico chirrido de las carretas que bajan de Aranguio; ó ya me encuentre en la alta y escondida chabola, donde, en acecho, y al amor de la lumbre esperan los cazadores al jabalí fugitivo; ó en los portales de tu popular concejo; ó en las perdidas ruinas de Zalgo ó de Turrión; ó bajo el ancho portegal de tus ermitas, ó en las perfumadas huertas de la honda y sinuosa ribera del río. No te olvidaré, dondequiera que me halle, mientras tenga el ánimo sereno, y mientras pueda traer á mi memoria tus patriarcales costumbres, la sencilla honradez de tus hijos, tus fuentes de hierro y tus corazones de oro, tus arroyos, cuyo suelo es de negro y resbaladizo lápiz, y tus cavernas cuajadas de calcáreas brillantes y de caprichosas maravillas, tu alegre mundo cortesano de la calle, y sobre todo tu alto barrio de Arriola, amoroso rincencillo, donde los cerezos y los manzanos sombrearon la cuna de mi madre. Siempre serás para mí rico caudal de sentimiento, en cuya fresca y placentera corriente he de templar la fiebre que los fantásticos pesares han encendido en mi desocupada imaginación....

Aquí llegaba hilvanando tales fantasías, apoyado en el antepecho de una ventana del caserío de Bolinchu, cuando los últimos resplandores del crepúsculo se apagaron insensiblemente. Recogí mis cuartillas, púseme el sombrero y tomé la senda, que bajo una bóveda de viejos y frondosos nogales une aquella vivienda con la hermosa casa de Alcorta.

Desde ella al establecimiento de baños de Santa Agueda, ya fuera y lejos del valle, hay tan sólo algunos centenares de metros de distancia. La noche se presentaba tibia y serena; brillaban con intensidad las estrellas en la estrecha porción de cielo que desde aquella garganta se descubre, y entonaban los insectos en los matorrales una de esas sinfonías nocturnas, que sólo se escuchan cuando la naturaleza está en la plenitud de la vida.

En la plazoleta delantera de la casa de Alcorta había una animada tertulia, compuesta de veinte á treinta bañistas. Ni-

ñas hermosas, alegres jóvenes, viejos marrulleros, afectuosas damas, empaquetados prohombres y sosegadas mamás componían aquel grupo, estableciendo allí el ordinario término y descanso de un paseo constantemente favorecido, y que en los días plácidos se formaba desde el pintoresco vallecito de Santa Agueda, punto balneario entonces el más concurrido, acreditado y lleno de incomparables recuerdos de toda aquella comarca.

Era y es, el dueño de la casa Pablo de Alcorta, hombre maduro, de agradable y claro ingenio y de una amabilidad sin límites. Propietario rico, vive en aquel pacífico lugar, acompañado de sus once hijos. Tanta familia, y la extensa labranza que dirige, le obligan á ir aumentando de día en día los departamentos de su vivienda, cuya ocupación le tiene convertido casi todo el año en un hábil arquitecto á su manera. En los días del verano á que se refiere esta historia, se entretenía en alzar un gran pabellón con cuatro habitaciones, sobre los amplios locales destinados á recoger y conservar cereales y frutas.

Al llegar, le encontré sentado sobre un montón de ladrillos, con su eterna pipa en la boca, y en entretenida conversación con dos bañistas, ex ministros por cierto. Saludé á la generalidad, distribuida en varios corrillos sobre los asientos, formados por gruesos troncos de roble, y tomé á mi vez asiento al lado de Alcorta.

—¿Cómo van las obras?—le dije.

—Tan admirablemente como su mal humor—contestó uno de los que le acompañaban.

—Pues ¿qué le ocurre de malo á nuestro amigo, cuyo genio es de sobra pacífico y jovial?

—Se empeña el diablo en echar por tierra todos sus cálculos.

—Si; el diablo debe ser—contestó Alcorta;—pues sólo á él puede ocurrírsele el inspirar ciertos propósitos.

—¿De qué se trata, amigo Pablo?

—¡De nada, hombre, de nada!, porque ni siquiera quiero recordarlo.

—Se le escapa de entre las manos la fortuna de sus hijos, —dijo el hombre político.

—No lo entiendo, —añadí.

—Pues nada más sencillo—repuso Alcorta;—V. sabe de sobra, que yo con mi caudal puedo tener la esperanza de ir colocando medianamente, nada más que medianamente, á mis hijos. ¡Once, son muchos, muchos hijos, amigo mío!; hasta hoy, sin embargo, consolábame la idea de que mi hermano, el señor indiano Martín de Alcorta, vecino y capitalista de Sevilla, soltero y hombre de juicio, me legaría su cuantiosa fortuna el día en que cerrara el ojo, que no será tarde, porque, achacoso y trabajado, frisa ya en los sesenta y nueve. En ese entender estábamos todos, y así me lo había casi indicado en las repetidas ocasiones en que hemos tenido el gusto de verle por aquí.

El me ayuda mucho, es cierto; sin sus auxilios no hubiera yo podido hacer la mitad de lo que llevo hecho; pero es cierto también que con las nuevas ínfulas de esta casa han crecido sus necesidades; que mis chicos ya no piensan en ser labradores, sino señoritos como los que vienen á Santa Agueda; que mis chicas visten á lo madrileño, y esperan encontrar un novio que por lo menos llegue á ser lo que estos dos amigos han sido. No me parecen del todo mal estas aspiraciones, pues el querer ser más y más cada día, noble ambición es, que si se temple y refrena dignamente con un poco de sentido común, puede llevar á las personas á muy distinguida posición. Pero Pablo de Alcorta, con lo suyo nada más, no podrá satisfacer los deseos de su familia. Para que ésta tenga un buen porvenir, es preciso que el tío Martín nos legue su fortuna. ¡Qué casa no guarda entre sus ilusiones una esperanza para el día de mañana! Ahora bien, calcule V. amigo mío, cual no será mi desconsuelo al saber, por una carta de mi hermano que, enamorado, ó emperrado diría mejor, por una andaluza gracioso-

sa, de diez y nueve años, que parece que le ha hecho perder el juicio con su hermosura y con su palique, amén de alguna otra gracia que tiene, como la de ser sobrina, prima, ó cosa así, de unos marqueses tronados, de los que ha de heredar la corona y el trueno, me anuncia, que «tal vez, allá para los primeros meses de invierno, tomará estado, casándose con ella.» Y como á modo de burla, añade en su epístola que su propia conveniencia, su deseo de vivir felizmente los pocos años que le quedan, y el consejo de los médicos, le impelen y obligan á contraer ese matrimonio, cuyos resultados maravillosos me pondera, sosteniendo que está perdido de amores, loco como un niño, feliz como un bienaventurado, y que la chica en cuestión es el ángel más divino, ¡lástima de tabardillo!, que Dios ha criado, desde que el mundo es mundo. Ese «tal vez» es para mí un hecho tan seguro como el que ahora es de noche; de modo que contemplo sin remedio perdidas mis esperanzas, y todas las ilusiones de mi familia. La andaluza le dará en pocos años media docena de salerosos pimpollitos, y ¡adiós, Aramayona!; mis hijos tendrán que segar maíces en esta cañada y mis hijas irán á vender leche y gallinas á Mondragón y á Vergara. ¡Así se lleve el demonio á Martín y á su ángel y á los marqueses, y con ellos á mí, porque no puedo con la desesperación que el petardo me produce!

Los ex ministros reían estrepitosamente; mientras yo miraba con extrañeza á Alcorta, al que jamás había visto tan fuera de sí, dado su carácter naturalote y bonachón.

—¿Y por qué no le escribe V., hablándole al alma, para que desista?

—Lo he hecho ya; pero dudo que mi carta produzca ese resultado.

—¿Por qué?

—Porque le he llamado en ella todas las perrerías que un hombre sulfurado le puede decir á otro.

—¿Qué le ha dicho V.?

—Todo lo que hay que decir, todo; desde sátiro lujurioso,

hasta manso consumado; todo se lo he espetado á renglón corrido.

—Pues, efectivamente, creo que lo ha echado V. á perder, porque ese es el peor camino que podía V. haber seguido. ¿Quién le ha aconsejado á V.?

—Nadie, porque recibir su carta, y volcar con el tintero toda la hiel en la mía, fué obra de un momento.

—¿Lo sabe la familia?

—Por completo; ¡calle V., hombre; si no se lo digo, revienta como una granada! Estoy en brasas; y de seguro que allá en su habitación están mis dos mocitas mayores llorando á moco tendido.

—No hay motivo para apurarse; desde aquí al invierno podía aún intentarse algo...

—¿Cómo?

—Marchándose V. á Sevilla; hablándole cara á cara, pintándole con vivos colores la trascendencia de su calaverada, trayéndoselo por aquí, y...

—¡Bah, bah!; V. no sabe lo que es un viejo enamorado. Es más fácil arrancar á un lobo el corderillo que se lleva por el monte arriba, que al corazón de un viejo la locura que hacen germinar en su corazón los encantos de una guapa chica. Y además, si yo fuera á Sevilla, es posible que hiciera con él alguna barrabasada.

—Muy enfurecido le veo á V...

—No lo sabe V. bien; y crea V.—añadió levantándose y cogiendo uno de los grandes ladrillos que había á su lado—que si pudiera, ahora mismo, darle con este ladrillo en la cabeza, lo lanzaría en aquella dirección sin remordimiento alguno.

—¡Bravo!—repuse:—¡así me gustan los hombres! ¡No le vendría mal un ladrillazo en el cogote al achacoso Cupido, porque de seguro que con el chichón se le alteraba la sesera occipital, y el amor sufría un espasmo favorable á sus proyectos de V.!

—¡Oh, si como está á más de cien leguas, estuviera á menos de diez pasos, yo les aseguro á Vds., que no se iba sin él!

—¡Cálmese V., Alcorta; prepare V. su viajecito; tome V. el tren en Vitoria y en un par de días le pone V. sitio; le convence V., le trae al valle, y le casa con cualquiera de sus hijas, con María Paula ó con Ascensión...

—De ningún modo; yo no quiero rebajarme; y si mis cartas no le convencen, allá se las componga. Mis hijos no serán ricos, pero los suyos serán hijos de un...

—¡Ave María purísima!—exclamó uno de los políticos—este hombre va á perder la cabeza sin remedio. Vamos, Alcorta, cambiemos de conversación, que ya lo pensará V. más sosegadamente, en cuanto se le pase la furia fraternal, y entonces nos entenderemos.

El casero refunfuñó por lo bajo, volvió á llenar la pipa, y nos unimos los cuatro á otro de los corros, en el que un brigadier andaluz estaba contando un centenar de cuentos verdes, que hacían las delicias de la tertulia. A pocos pasos de allí, los pollos, sentados debajo de un colosal castaño, plantado en tiempo de D. Rodrigo, entonaban el coro de una nueva zarzuela bufa.

A las diez y media de la noche los bañistas tomaron el camino del establecimiento y yo el de mi caserío de Bolinchu.

II

No pude volver á Alcorta hasta siete días después. Llegué al anochecer, cuando las alegres y aristocráticas gentes de Santa Agueda subían por el sendero de los robles y de los manzanos hacia la plazoleta del caserío. Pablo de Alcorta fumaba, sentado delante de la puerta; María Paula y Ascensión, cosían ó bordaban á su lado, aprovechando la última luz de la tarde;

y los albañiles, al recoger sus herramientas, dejaban bastante adelantadas las filas de ladrillos del cuerpo superior de las nuevas obras.

—¿Qué noticias hay del tío Martín?—grité al divisar á mis amigos.

—Muy malas, amigo—contestó la bonita María Paula, mi compañera de baile en los *zortcicos* de Aramayona.

—¿Insiste?

—Insiste; ¡no nos ha jugado mala partida esa señorita andaluza!

—¡La señorita Lola Consuelo de la Barranca, sobrina de los marqueses de Palmas Gallardas!—añadió Ascensión con guasona ironía.

—¡Olé!; ¡que sea enhorabuena—contesté yo;—que sea enhorabuena!; ¡ya que vais á tener una tía de tantos ringorrangos y cascabeles!

—No tenga V. ganas de conversación—dijo tristemente Alcorta.

—¿Qué te parece del mal genio que ha echado mi padre?—añadió Ascensión.

—¡Oh, está insufrible! Créanos, que no le conocemos de ocho días á esta parte—dijo María Paula.

—Me parece muy mal—contesté;—porque yo, en su lugar, estaría muy satisfecho al tener un hermano marqués y dueño del corazón de un ángel como ese. ¡Vuestro padre está consumido por la envidia!

Las chicas se reían estrepitosamente. Pablo, desocupando el fondo de su pipa, dándose con ella sobre la uña del pulgar izquierdo, y moviendo tristemente su cabeza al mismo tiempo, contestó:

—¡Qué bromista es V., vecino! ¡Cómo se conoce que tiene V. veinticinco años y que le importa á V. un comino el porvenir. ¡Ah, si le rodearan dos señoritas presuntuosas como éstas, y otras tres más diminutas, pero tan almibaradas como ellas, y tres mocitos matriculados en Vergara y en Vallado-

lid, y otros tres rompiendo botines y pantalones por entre las zarzas y los castaños!...

—¿Y para qué quiere V. más riqueza que la de reunir tanta gente?

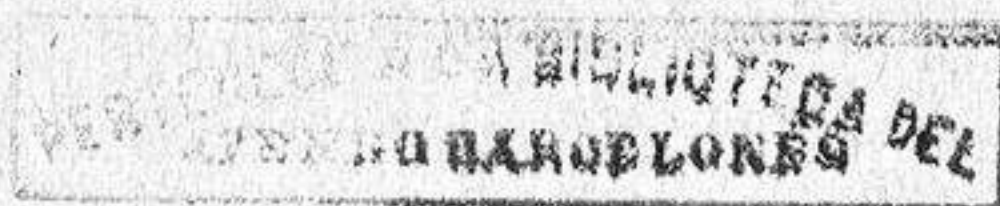
—¡Vaya V. al diablo, señor vecino!

—Pero, en fin, sepamos; ¿ha tenido V. noticias recientes de Martín?

—Ayer mismo.

—¿Y qué dice?

—Contesta á mi epístola feroz, diciéndome que soy un simple y un cándido... que no entiendo una palabra de lo que pasa en el mundo; que en estas montañas vivimos en estado primitivo, y que es tan preciosa y tan encantadora la señorita Lola... que... ¡vamos! dispéñseme V. si le suplico que no vuelva á hablarme de semejante asunto, pesadilla eterna de mi vida, gusano infame que me está corroyendo el corazón, y fiero castigo de mi honradez y de mi cándida buena fe, efectivamente; porque, yo creí siempre que mi hermano, con haber corrido tanto por el mundo, habría madurado su juicio, sería un buen viejo y nos prestaría su poderosa ayuda en la vejez, sin que se me pasara nunca por las mientes el que, engolosinado con los encantos de alguna desharrapada y corrida finge-suspiros, de esas que tienen miel en los ojos y veneno en el alma, cayera en los profundos abismos de una pasión ridícula, que acelerará su muerte, pondrá en ridículo su nombre, disipará su fortuna y traerá sobre nosotros todo género de calamidades. ¡Un viejo enamorado!... ¡Oh, lo que trae consigo la holgazanería! ¡Ya le daría yo un puesto aquí entre los viejos de Vizcaya y de Aramayona, para que, educado en el trabajo constante y en la fortaleza, estuviera á sus setenta años tan distraído y tan preocupado con la labranza, que en el valle y en el monte, en el concejo y en la era, en la iglesia y en la cocina, trabajando y descansando, no viniera la pícara concupiscencia á sacarle de sus casillas, sino que, al dar ejemplo con su actividad y con sus canas, fuera res-



petado y querido de toda su familia y de toda la barriada. Pero él, capitalista, semibanquero, seminegociante, seminada; él, viejo pachá de tres colas, se ha dejado arrullar por esa mosca muerta carnívora y venenosa, y... ¡adiós vejez!, ¡adiós canas, formalidad y ejemplo! ¡Vamos... iba á decir una barbaridad, señores; iba á decir que la historia de todas las desventuras humanas está simbolizada en el amor corrosivo, demoledor, liviano y salvaje, sí, señores, salvaje, de ese engendro monstruoso de la naturaleza que se llama la mujer.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Mueran las mujeres!—exclamaron los oyentes.—¡Guerra á las faldas!

—¡Fuera con él! ¡Que calle ese energúmeno! ¡Arañémosle! ¡Abajo los hombres! ¡Abajo el sexo horrible!—respondieron ellas.

Tales exclamaciones, confundidas y repetidas muchas veces por un grupo de cuarenta bañistas, sucedieron al discurso de Alcorta.

—¡Insisto en lo que he dicho, señores y... señoras!—añadió Pablo.

—¡Bravo! ¡Admirable! Amigo Alcorta, ¡bravo!—contestaron aquéllos.

—¡Colguémosle de un castaño! ¡Pícaro! ¡Mal padre! ¡Mal amigo! ¡Petrolero! ¡Naturalista! ¡Monstruo!—repitieron las señoras.

—La indignación de nuestro amigo es muy justa, señores—exclamó uno de los bañistas;—una mujer, un bandido con faldas, viene hoy solapadamente á introducirse en el corazón de su hermano para cargar con el santo y la limosna. Sus ilusiones mueren, y la fortuna le deja con un palmo de narices.

—¡Bien dicho!—contestó Alcorta.

—Y á una carta contundente de Pablo—añadí yo—contestó su hermano con una réplica pulverizante. Ha perdido toda esperanza. ¡Se hundió!

—Aseguran—dijo otro—que está V. fuera de sí hace días.

—El caso no es para menos, amigo mío.

—Tan fuera de sí—dije yo—que la tarde pasada quería nada menos que asestar un ladrillazo á su hermano, para abrirle la cabeza como se abre una calabaza.

—Y hoy lo repito—repuso Alcorta.

—¡Cómo!—preguntó una señora.—¿Sería V. capaz de intentar el asesinato de su hermano?

—El asesinato, no, señora; que yo no soy hombre de esos tratos, ni mucho menos; pero lo que es darle un buen susto para que volviera en sí de ese enamoramiento estúpido, eso desde luego.

—Es decir, que si le hallara V. á mano, le calentaría V. las costillas, ¿eh?

—No, señora, ni siquiera eso; pero créame V. que, cuando me doy á pensar en la mala jugarreta que nos ha hecho; cuando se me sube la sangre á la cabeza, cuando comprendo lo ciego que está, de buena gana le tiraría con el primer objeto que encuentro delante. El día pasado le decía á mi vecino que más de cuatro veces he cogido un ladrillo de esos que hay al pie de la obra, y que, fuera de mí, he amenazado, yo no sé si al cielo ó á la tierra, pero con intención, si pudiera ser, de dar con él en la cabeza á Martín.

—¿Y por qué no lo hace V.?—exclamé.

—Porque no puedo: porque de aquí á Sevilla hay muchas leguas, y yo con el ladrillo sólo alcanzaría á pocos pasos.

—Está V. en un error, amigo; yo le aseguro á V. que el ladrillo, no solamente llegará á Sevilla, sino que parará en la cabeza de su hermano.

—¡Siempre de broma este hombre!—contestó el casero.

—No es broma, Pablo; no es broma, señores; hoy la ciencia ha adelantado mucho, y el *último invento* que acabo de leer en una revista científica inglesa, es el relativo á la posibilidad de enviar los proyectiles, con cualquiera fuerza, pequeña ó grande, á la distancia que se desee.

Los circunstantes soltaron en coro una estrepitosa carcajada.

—¡A la prueba, señores, á la prueba!—añadí.

—¿A la prueba de qué?—dijo el brigadier andaluz narrador de cuentos.

—A la prueba de que si Pablo tira ese ladrillo en Alcorta, dará con él á su hermano en Sevilla—contesté.

Nueva carcajada general.

—Este chico—dijo Pablo—ha tenido siempre síntomas de chifladura.

—¡Protesto, y propongo la prueba! ¿Quiere V., en uso de su furor antifraternal, pegar el ladrillazo á su hermano?

—Sí, señor, pero eso no puede ser.

—¿V. qué sabe, ni estos señores tampoco?...

—¿Va de broma? —preguntó un bañista.

—Va de veras—contesté.—El vulgo ignorante no conoce los secretos y los adelantos científicos.

—La ciencia no hace imposibles—me contestaron.

—Es verdad; pero este caso no es imposible.

—¡Cómo! ¿Conque no es imposible llegar desde Santa Agueda á Sevilla de un ladrillazo?

—No, señores, no; la posibilidad la ha dado el último invento de la mecánica.

—Se me figura—añadió un señor gordo y empacado—que V. ni sabe lo que es mecánica, ni ha saludado las ciencias, ni entiende lo que nos está diciendo.

—¡Gracias, señor elefante!—exclamé.

Las carcajadas continuaron. El señor gordo me cogió por la solapa de mi cazadora, y con voz de trueno, poniendo sus narices casi en contacto con las mías, me dijo:

—¡Caballerito, á mí no me insulta nadie; Alcorta tiene razón; V. ha perdido la chaveta!

—¡Caballerote—repuse yo, ahuecando la voz.—Alcorta y V. padecen chifladura absoluta; y la mejor manera de demostrarlo es hacer ahora mismo una apuesta formal.

—¡Que se apueste, que se apueste! ¡ánimo!—voceó el concurso.

—Sí, señor, apostaré todo lo que Vds. quieran—contestó el gordo.

—Apuesto, señores—dije en voz alta—apuesto una gran comida de campo, para todos los presentes, á que si Pablo de Alcorta tira el ladrillo en dirección á Sevilla, llega á la cabeza de su hermano en breve tiempo.

—Aceptado; ¡á que no llega!—contestó mi enemigo.

—Apuesto otro tanto, otra comida en esta casa—dijo Alcorta.

—Acepto—añadí;—acepto, bajo palabra de honor; sean testigos todos estos caballeros.

—¡Queda hecha la apuesta!—exclamaron en coro y aplaudiendo.

Los concurrentes me miraban de un modo particular; así como se mira á un ente raro, que ha perdido el juicio.

—¿Cuándo se hace la experiencia?—preguntó uno.

—Cuando Vds. quieran—contesté.

—Venga un ladrillo—añadió Alcorta.

Yo me dirigí al montón, cogí uno de medio pie de ancho por uno de largo, y dije:

—Para que no haya duda, el Sr. Alcorta escribirá en la parte lisa del ladrillo su nombre ó un renglón cualquiera.

—¡Bueno, bueno! venga el ladrillo; María Paula baja el tintero; vamos á ver el último invento, caballeros!

La joven entró en la casa y trajo un gran tintero con varias plumas. La noche había cerrado, y á la tenue claridad de la luna no se podía escribir. Encendimos varios fósforos, en derredor de Alcorta, y en medio de aquel animado grupo, el casero, volviéndose al auditorio, exclamó:

—¿Qué pongo?

—Lo que V. quiera—contestaron.

—Hombre, una inscripción alusiva á las intenciones de V.—contesté.—¿No tiene por objeto el ladrillazo impedir la boda de Martín?

—Sí, señor.

—Pues bien; escriba V.: «Martín, no te cases.»

—Tiene V. razón: *Martín, no te cases*—dijo Pablo, escribiendo con algún trabajo en la superficie lisa del ladrillo.

—Ahora á tirarlo—añadí.

—¿Hacia dónde?

—Vámonos á ese repecho de la plazuela que da sobre la cañada.

Los bañistas aplaudiendo y riendo me siguieron. Cuando llegamos, repitió Pablo, levantando el ladrillo en lo alto:

—¿Hacia dónde lo tiro?

—Hacia allí—contesté, señalando un claro del cielo sobre la arboleda que baja al río;—hacia el Sur, un tanto inclinado al Poniente; arrójelo V. con rabia, como si á diez pasos estuvieran Martín y su novia haciéndose el amor.

Pablo soltó una carcajada y tiró el ladrillo en medio de un ¡bravo! general. El hombre gordo, después de frotarse las manos de gusto, me dió una palmadita en la espalda diciendo:

—¡Buen par de días de campo nos va V. á pagar, amiguito!

—¡Allá lo veremos!

—Y ¿hasta cuándo concedemos el plazo para saber el resultado del ladrillazo?—preguntó una joven con marcada ironía.

—Hasta el día del juicio por la tarde—añadió el gordo.

—¿Qué día es hoy?—pregunté.

—Viernes.

—Viernes, pues bien; el martes ó miércoles sabremos quién paga la apuesta.

—Mucho tarda el proyectil en recorrer esa distancia—dijo otro bañista en tono de burla.

—No es el proyectil el que tarda—contesté;—sino la noticia de que ha llegado, será lo que emplee ese tiempo en venir desde Sevilla.

—Y el ladrillo ¿cuándo llegará?

—¿Qué hora es?—pregunté.

—Las nueve menos cuarto.

—Pues ha llegado ya; ¡Martín ha recibido el ladrillazo!— contesté con impasible calma.

—¡Lástima de chico!—añadió Alcorta.

—¡Vaya, señores; no se hable más de esto! Suplico que no volvamos á tratar de la cuestión hasta que vengan las pruebas. Yo, para mayor seguridad de que no intervengo en el asunto, de que á nadie escribo y de que á nadie hablo una palabra, me voy á pasar con Vds. estos cuatro ó cinco días al establecimiento. Renuncio á volver á mi casa en ese tiempo; renuncio á escribir ni una sola carta; que se me pongan testigos de vista.

Indudablemente todos los concurrentes, al sonreirse desdeñosamente y mirarme con cierta curiosidad, demostraban la compasión que les merecía. Me instalé en Santa Agueda, y continué en mi empeño de asegurar que el *último invento* me dejaría en el lugar honroso en que debía quedar un hombre tan serio y tan entendido como yo.

III

Al día siguiente de la apuesta, y muy de mañana, cuando la concurrencia de bañistas era grande en torno á la fuente del agua sulfurosa, noté que al presentarme y saludar, se miraron unos á otros los madrugadores, y que irónicamente se hacían señas de broma para ellos, y así como de desprecio para mí.

Decidido, como estaba yo, á dejar que el tiempo me diera la razón, me hice el desentendido, tomé mi vaso, bebí algunos

sorbos del agua medicinal, encendí un cigarro, y me senté en medio de un grupo de muchachas, único punto desocupado que allí había.

—Le hemos reservado expresamente á V. este lugar— me dijo una preciosa rubia, que hallé á mi derecha.

La concurrencia calló y atendió.

—¡Jamás fuera un caballero, de damas tan..., etc.; bella señorita!—contesté;—aquí, rodeado de querubines me encuentro en un cielo improvisado; pero no acierto á explicarme el por qué de tan delicada é inapreciable atención.

—Anoche, en el salón, hubo, como de costumbre, su poquito de concierto—añadió la rubia.

—Lo sé; me lo ha dicho un criado al bajar de mi cuarto.

—V. no quiso asistir, ¿eh?

—Es verdad; había corrido mucho durante la tarde, y sentía necesidad de descansar—contesté.

—Pues bien; anoche no se habló entre los amigos más que del último invento.

—¡Eso es!, ¡del último invento!;—exclamaron en coro las demás jóvenes.

—Vds. me honran demasiado, señoritas, acordándose tanto de mí;—repuse.

—Y, por unanimidad, se tomó un acuerdo—añadió otra joven.

—¡Cuánto lo celebro!; ¿tengo que cumplir alguna orden?, —pregunté.

—¡Precisamente!

—Soy humilde siervo y esclavo de tantas bellezas—repuse.

—Se acordó—dijo la rubia— que, en atención á no ser bastante el que esté V. entre nosotros hasta el día de la prueba, porque hay muchas horas en que no podremos vigilarle; dos bañistas, dos excelentes amigos, se encargarán de acompañar á V. constantemente.

—Me satisface en extremo tal acuerdo—contesté;—y respecto á la compañía, cualesquiera que sean las personas que

se han comprometido á custodiarme, me distinguen muchísimo al aceptar ese encargo.

—¿Quién ocupa el cuarto inmediato al de V.?

—El reverendo capellán de las monjas de Calatayud, mosén Gaspar.

—Pues bien; ese será su guardián de día y de noche; ha aceptado el encargo.

—¡Admirable guardián!, y ¿dónde está?—exclamé.

—Ha salido al amanecer con su escopeta á perseguir torcos por las guindaleras del valle. No tardará en volver.

—Y el otro guardián ¿quién es?

—La excelentísima señora marquesa viuda de Uncilla.

—¡Ave María Purísima! Pero, señores, la marquesa es una anciana formal, recogida, y que sólo piensa en sus oraciones y en las flores de sus jardines.

—Ella misma se brindó anoche á custodiar á V., de día, en los paseos del establecimiento, porque nos aseguró que quería conocer y tratar á un joven tan original.

—Agradezco su lisonja, y acepto su compañía—contesté.

—Serán testigos de vista; sin perjuicio de que V. trate y discuta con ellos todo cuanto se le ocurra.

Comprendí, desde luego, que los bañistas se habían propuesto pasar algunos ratos alegres á costa del capellán y de la marquesa, dos tipos sobresalientes, de esos que hacen las delicias de las estaciones de baños. Mosén Gaspar era un presbítero aragonés, de sesenta años, grueso, rechoncho, colorado, fuerte como un toro, franco y decidor, con sus humos de sabio y de filósofo, tresillista acérrimo, cazador, hombre de invariable buen humor, rico y poco económico, que al sentirse afectado de veteranos achaques, iba corriendo año tras año los establecimientos balnearios del centro y del Norte de España. Desde el primer día de su llegada á Santa Agueda había simpatizado con los concurrentes, en términos que era la delicia de las reuniones.

La marquesa viuda de Uncilla, ilustre guipuzcoana, anti-

gua azafata de la reina Amalia, representaba con todas sus pompas y vanidades á la nobleza de principios del siglo; rezaba mucho, hablaba más, y tenía especial afición á las flores y á la naturaleza. Padecía del estómago desde el año 27; es decir, hacía cuarenta y siete años, y nada parece que mitigaba tanto sus dolores como el agua de hierro de los montes de Aramayona y de sus cercanías.

Mosén Gaspar idolatraba el chocolate, y la marquesa se moría por adquirir cualquiera nueva especie de flores para su jardín de Deva.

Yo conocía á ambos por haberles visto varias veces en casa de Alcorta, por más que mis relaciones con la marquesa no habían pasado de leves saludos.

Cuando íbamos á continuar la conversación, apareció la marquesa en la entrada del jardín.

—Allí viene la señora marquesa—exclamó uno de los bañistas.

Los concurrentes se pusieron en pie. La señora avanzó con su acostumbrada prosopopeya, haciendo á todos cariñosas reverencias; y cuando llegó al centro de la matinal tertulia, la muchacha rubia, tomándome de la mano, se dirigió hacia ella, y dijo:

—Aquí tiene V., marquesa, al joven á quien ha prometido custodiar; su apuesta es grave; el asunto de gran interés para toda esta colonia, y...

—Y de mucho mayor interés aun para la ciencia del porvenir—añadió mi enemigo, el hombre gordo.

—Señora—repuse yo,—aunque saliera vencido en esta contienda, suficiente consuelo y honra serían para mí los de tener por guardián y tutela á una dama de las ilustres y distinguidas prendas de la marquesa de Uncilla. V. ha aceptado el encargo de vigilarme para que no arregle con malas artes el difícil negocio del último invento, y yo, ahora más que nunca, aseguro que ni seré vencido, ni V. tendrá que arrepentirse de ser sino mi abogada, mi genio protector. Las ciencias progre-

san, y eso de alcanzar hasta Sevilla con un ladrillo es cosa tan fácil, que no hay más que querer hacerlo y realizarlo. Si algunos creen que es bufo y atrevido el pensamiento, aguarden unos días, y veremos en dónde están el atrevimiento y la bufonería. En el mundo no hay nada imposible, siempre que se cuente con la voluntad y con el talento.

La marquesa sonrió afablemente, me hizo un cumplido saludo, y contestó:

—Caballero, estas amigas me han confiado el encargo de custodiar á V., que al parecer está empeñado en la resolución de un comprometido problema. Yo no prejuzgo la cuestión; procuraré solamente cumplir con mi cometido. Me han dicho que mosén Gaspar ha de vigilar á V. también, y yo prometo á estas damas que va V. á estar bien vigilado.

—Me someto en absoluto á las órdenes de tan severos guardianes y de tan distinguidas damas—añadí.

—Hemos convenido ya en las que se le han de dar á V.

—Sea enhorabuena, marquesa; tendré especial satisfacción en recibirlas.

—V. madruga bastante, según me han dicho: pues bien; desde las siete de la mañana, en que yo ya estoy arreglada, puede V. distraerse en los jardines; por ellos andaré, cuidando de mis queridas criaturas, las flores. Desde la hora del almuerzo, la vigilancia cambiará. Claro es que en la mesa le guardaremos todos; y en cuanto tome V. café, se pondrá á las órdenes de mosén Gaspar.

—Con el cual podré cazar en las cañadas y tomar chocolate en los caseríos, ¿no es verdad?—pregunté.

—Vds. harán lo que gusten mientras anden juntos; aquí todos confiamos en la severidad del señor vicario aragonés.

—Yo, después de todo, estoy muy agradecido de estas lindas señoritas, que tan incomparables guardianes me ponen—añadí, volviéndome á sentar, después que la marquesa lo hubo hecho también,—y como tengo absoluta seguridad de mi triunfo, gran parte del honor que yo alcance redundará también

en honra de tan distinguidos amigos. La victoria será tanto mayor, cuanto que la señora marquesa de Uncilla y el señor vicario de Calatayud, enemigos como son del movimiento del mundo moderno, van á contribuir conscientemente á demostrar que no valen los tiempos pasados un comino ante la civilización y los adelantos actuales, lo cual ha de ser indudablemente mucho más peregrino de lo que sus electores los señores bañistas se han figurado.

Todas las miradas se volvieron hacia la marquesa.

—¡Oh, amigo mío!—exclamó ésta en estilo sentencioso.—Por mucho que adelante el mundo moderno, ¿nos traerá aquella paz del alma de que disfrutábamos en el antiguo?

—Dispéñeme V., marquesa, no recordaba que había V. nacido en el paraíso—le dije.

—Y á mucha honra—repuso la de Uncilla.

Los circunstantes, sorprendidos de la afirmación de la señora, se pusieron en pie, y exclamaron haciendo coro:

—¡Que se explique eso! ¡Bravo por la marquesa!

La aristocrática dama, sin inmutarse, recorrió con la vista los semblantes de cuantos la rodeaban, me miró desdeñosamente, y dijo:

—No sé por qué ó cómo sabrá este señor que he nacido en el lugar donde estuvo el paraíso, pero es verdad. Las tradiciones guipuzcoanas, y el voto de los grandes hombres antiguos, aseguran que el delicioso lugar donde fueron creados nuestros primeros padres, estuvo en Sasiola, sobre la orilla derecha del río Deva, á corta distancia del delicioso puerto de mar de este nombre. Así se lo he oído cien veces á mis abuelos; y la verdad es, señores, que si no estuvo allí, debió estarlo, porque lugar más admirable, pintoresco, sano y tranquilo, no lo hubo, ni lo hay, en las cuatro partes del mundo.

—Estoy con la señora marquesa—añadí.—Sasiola fué el paraíso terrenal; y buena prueba de ello es que aún las muchachas más guapas de la tierra, sin ofender á las presentes, son las que nacen entre el Urola y el Deva, entre las faldas de

los altos de Musquirichu, Itzarriz, Urco, Arno, Pagoeta y la playa de Guetaria á Motrico. Descienden esas nescatillas de los ángeles del referido paraíso; y no hace aún muchos años que la marquesa, procedente del mismo abolengo, habrá conocido un magnífico convento de frailes, en Sasiola, cuyos padres reverendos eran los felices consejeros de las divinas migajas del incomparable lugar. Allí están, camino del cielo, los altos de Montreal de Anduz; allí nace el maravilloso manantial de Quilimón, que apenas brota, mueve las ruedas y mazos de una ferrería y de tres molinos, y el cual, á lo mejor, se queda sin agua por unas cuantas horas, para volver á arrojarla luego con más impetu: allí están los apacibles rincones de Garagarza, Mendaro y Astigaribia; y, por fin, sobre las puertas de aquellos caseríos campean, acompañando á los heráldicos timbres de esta dama, nuestra distinguida amiga, los de las casas de Arancibia, Arriola, Olaso, Echea y Amusátegui, Gamboa é Iturribalzaga, que ilustraron y enaltecieron por tierra y por mar, sobre todo, el nombre español en los pasados siglos.

—Muchísimas gracias, amigo—dijo la marquesa, alargándome cariñosamente la mano:—veo que vamos á entendernos á maravilla. ¿V., por lo visto, ha estado en Sasiola?

—No, señora, jamás he pasado al otro lado de esas peñas de Udala que tenemos enfrente; pero, tratándose de complacer á una dama, lo que no se ha visto, ni se ha oído nunca, se adivina.

—¡El correo!, señores, ¡el correo!—gritó desde la puerta de una galería uno de los bañistas, á cuyo anuncio la tertulia de la fuente se deshizo, y cada cual tomó distinto rumbo. Yo, que no esperaba carta ni periódico alguno, me dirigí á recorrer los senderos de los jardines, mientras la marquesa oía leer las noticias del día en un grupo de señores veteranos.

No habían transcurrido veinte minutos cuando oí la voz de mosén Gaspar, que al verme distraído en observar las plantas, me gritó desde una de las ventanas del establecimiento:

—*Bonum et fidei consilium dedit Achior Holoferni...*

—*Quod ille cum superbia et indignatione contempsit...*—añadí yo sin dejarle concluir, diciéndole después:—¡Vamos, D. Gaspar; déjese V. de latines y baje al jardín á empezar su vigilancia.

—¡Hola, ¡hola!—contestó él riéndose sosegadamente—parece que es V. también latino, ¿eh?

—¡Bah! ¡Quién no sabe de memoria el libro de los Jueces! Baje V. cuanto antes.

—No puedo, hijo mío; he corrido tres horas por esos altos, he tirado una docena de tiros, y necesito ocupar útilmente el resto de la mañana. Yo entraré de guardia desde la hora del almuerzo. ¿No anda por ahí la señora marquesa?

—En el pabellón de la fuente está, oyendo leer los periódicos.

—He concluido ya, señores—dijo la excelentísima, que se aproximaba por un sendero oculto por los matorrales, y que sin duda había oído nuestra conversación.

Mosén Gaspar al verla se descubrió, á cuyo saludo correspondió ella con una de sus famosas cortesías.

—En vuestras manos lo dejo, marquesa y señora mía—exclamó aquél desde la ventana;—vigíladlo como á cosa rara, porque me temo que nos va á jugar alguna mala pasada.

—Creo lo mismo, señor vicario—contestó la dama;—pero si lo hace, no ha de engañarnos, por cierto, ni á V. ni á mí.

Yo, sin añadir una palabra, saludé con la mano al vicario, y tomé adelante por un sendero de acacias, diciéndole á la marquesa:

—He visto que tiene el establecimiento una variadísima colección de flores.

—¿Es V. aficionado á ellas?—preguntó la de Uncilla, con marcada curiosidad.

—Me gustan, como á la generalidad; pero no soy práctico ni en su conocimiento, ni en su cultivo. Mi madre me dejó en el caserío de Bolincho unos doscientos tiestos con otros tantos

ejemplares, en las ventanas, en el jardincillo y en la huerta, y los he conservado con cierto cariño.

—Yo tengo verdadera pasión por las flores.

—Nada más lógico que esa pasión fraternal.

—Gracias, caballero; ¿me va V. á decir galanteos, sin duda, para pervertir mi severidad de guardián?

—Nada de eso: juro á V. que no la volveré á decir una sola frase que pueda traducirse por una galantería. He aquí dónde he permanecido antes, más de un cuarto de hora, contemplando las flores, en esta explanada que limita ese pequeño invernadero expuesto al sol del mediodía.

—También para mí es uno de los sitios predilectos; yo entreveo un verdadero poema en la contemplación de estas hermosas flores.

—Y lo hay, de seguro; ya he dicho á V. que no entiendo nada de tan poético y dilatado asunto; pero entreveo también algo de lo que V. distingue con tanta lucidez.

—¡Veamos, veamos! ¿Qué es lo que adivina V. en este precioso conjunto de flores?

—Veo el dondiego de noche que, habiendo abierto su corola como un astrónomo abre su observatorio en cuanto las tinieblas vienen, la ha cerrado ya y descansa en lo más hermoso de la mañana. Ahí está á su lado el ajerato de Méjico mostrándonos en sus azules matices un reflejo del cielo americano; y por más, señora, que la disguste, vea en torno suyo los botones dobles de plata y las campanillas rojas formando una democrática escarapela tricolor, tan temida por las aristocracias. Ya se han abierto las dalias, cuya hermosura corre parejas con su debilidad, que requiere un tutor, y cuya debilidad iguala á su sensibilidad, que no resiste los grandes fríos de las mañanas de hielo; hermosas, débiles y sensibles, así son las mujeres; necesitan la tutela del hombre y el suave calor del cariño; y como en las dalias se persigue la resolución del problema del color azul, en las mujeres se busca la virtud de la humildad, porque *mulier est vanitas*, como diría mosén Gaspar

si nos oyera. No hay dalias azules ni mujeres humildes. ¡Singulares faltas de la naturaleza! Veá V., marquesa, qué precioso mosaico forman en esa extensa gradería el acónito bicolor, la malva real, el clavel de las Indias, las damasquinas, los miramelindos, el lupino y el rascamoño, parecen sus corolas las multicolores cabezas del gentío de una romería. Pero ya se han secado las hojas de esa anémona de pavo real, ayer tan bella; ya amarillean las de la consuelda real, cuyos tallos y brotes cortará hoy el jardinero, así como los de la crisán-tea rosa, para que, después de recibir el benéfico riego, vuelvan á florecer á últimos del verano y principios de otoño. Hoy diré también al jardinero que abone los cuadrillos fértiles donde ha de plantar las violetas, pensamientos de grandes flores y las malvas reales dobles; que levante esos vasos que cubren, en los tiestos colocados á la sombra, los cogollos de verbena que ya han echado raíz; que plante los esquejes de las clavelinas y de las verónicas, y que no se olvide de sembrar el reseda. He aquí otra planta muerta interinamente y que ha de renacer como renacen los consuelos del corazón, después que éste ha sido fustigado por el infortunio, si se le cuida y se le acaricia, el renúnculo peonía, sin flores y sin hojas.

Oía la marquesa mi peroración botánica mirando asombrada, ya á las plantas, ya á la burlesca sonrisa que andaba por mis labios al compás que salían mis palabras, y cuando me detuve para tomar aliento, exclamó con cierta altanería:

—También yo poseo un bonito invernadero en mi casa de Deva, es decir, invernadero no, una galería cubierta como ésta, mirando al Mediodía; un verdadero amparo de las flores. ¡Oh! Lo cuido con especial placer, y crea V. que me cuesta bastante dinero.

—¿Cuándo dejó V. de verlo?

—A mediados de Mayo, en que pasé á San Sebastián á arreglar unos negocios, antes de venir á los baños.

—¿Estaría delicioso ya?

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

—Delicioso, amigo mío; delicioso.

—Sí; parece que lo estoy viendo.

—¡Cómo! ¿No me ha dicho V. que jamás ha estado allí?

—Es verdad; pero, por eso no es imposible que yo esté viendo con los ojos de la imaginación el invernadero ó galería. ¿Tendrá V. cestillo de plata muy abundante?

—¡Cabal!

—Y en los balcones que dan al jardín habrá esas flores que nunca confunden los peritos con el cestillo, el carraspique amargo.

—¡Cabal! ¡Cabal!

—Y lo menos poseerá V. veinte variedades de la peonía de China: las de color amaranto y rosa, que huelen á rosa, y las amarillas y blancas, que huelen á limón.

—Más de veinte poseo.

—Habrían florecido ya las clavellinas, las coronillas glaucas y las francesillas; tendría V. trasplantadas y hermosas la balsamina, el altramuz, la boca de dragón, la reina margarita, los milamores, la disciplina de monja, las petunias violadas, las siemprevivas de puntas, el caracolillo de hojas grandes, y sobre todo las albahacas. Habrá V. dejado recomendadas las diminutas, elegantes y aristocráticas gysófilas, que habrán florecido en su ausencia, como los claveles, las verónicas, las híbridas y los geránios rojos, cuyo cuidado requiere tanta pericia, y de seguro que tendrá V. media docena de tiestos con la bella campánula azul piramidal, una de las más elegantes joyas de los jardines.

—¡Admirable! ¡Admirable!, amigo mío; veo que es V. el mismo diablo en persona; y no parece sino que ha pasado V. detenida revista á mi jardín. ¿Pues no decía V. que no entendía una palabra de flores?

—¡Señora, esto no es entender nada!; esto lo sabe cualquiera que tenga en su casa, por distracción, una docena de tiestos ó cuatro varas cuadradas de jardín.

—¿Sabe V. lo que estoy pensando?

—No es muy fácil.

—Pues pienso que tiene razón mosén Gaspar; que V. nos va á jugar alguna barrabasada.

—Señora, ¿ha tratado V. jamás á un hombre más dócil ni más inocente que yo?

—¡Allá lo veremos! Pero, en fin, dejando á V. la responsabilidad de su apuesta y de su compromiso, hablemos, hablemos de las flores; tengo especial placer en que prosigamos esa conversación.

Y paseando á la sombra de los senderos, distraje á la marquesa una hora, sin que ella apenas me interrumpiera, explicándole un conciso tratado de floricultura, y adivinando que durante los hermosos días de Abril había distraído sus horas con las clemátides, las tajetes purpúreas, las anémonas, las englantinas, las valerianas, la glicinia, los lirios amarillos, los crisanthemos, el coriopo, el alhelí, el grosellero sanguíneo, el ricino del mismo color, los claveles fon y los geránios.

—Soy ciega por los geránios—me decía:—¿qué variedades me recomienda V. para completar una buena colección? Deme V. una nota.

—Pida V. á Burdeos las de color rojo encendido Poizeau, la de Carmesí de Metz, la de rojo blanco Esquermoise, la de rosa Montrose, todas de flor sencilla; y las de flor doble: color salmón Gray, rojo Fontenay, rosa Lemoine, capuchina Vanhoutte, y grosella Darwin. Todas son preciosas.

Llegó la hora del almuerzo. Al entrar en el comedor, la marquesa dijo al oído á mosén Gaspar:

—Yo creo que este joven sabe efectivamente cómo puede llegar un ladrillo desde Santa Agueda á Sevilla.

—No lo crea V., señora—dijo el vicario:—estos jóvenes *de hoy día* tienen mucho pico y poco meollo; yo lo desconcertaré bien pronto.

Al llegar la hora del café, después de haberse ocupado todos los comensales, en tono agrídulce y solapadamente satírico, de mi apuesta y de mi persona, con gran complacencia

de mi enemigo el hombre gordo, y sin que yo tomara decidida parte en la conversación, uno de los ex ministros preguntó á mosén Gaspar:

—Diga V., amigo mío, ¿no es de San Pedro mártir, el convento de que es V. vicario en Calatayud?

—No, señor—respondió el cura;—ese era un convento de dominicos de la misma orden; pero el de religiosas, en que yo vivo, es el del glorioso patriarca San José.

—Vamos, veo que me había equivocado: lo decía, porque hace años que pasé por la muy noble, augusta, fiel y leal ciudad de Calatayud, y diéronme á leer en ella una obra en que se describía su historia religiosa; sonábame desde entonces ese San Pedro, y estaba confundido.

—Llamábase en lo antiguo *Bilbilis*—añadió el señor gordo, quedándose muy satisfecho.

—¿Quién? ¿San Pedro ó Calatayud?—exclamé yo, produciendo una hilaridad general.

—Sepa V., amiguito, que soy académico correspondiente de la Historia, y que en estos asuntos tengo conciencia de lo que digo.

—Bueno—añadió á su vez mosén Gaspar;—pero para saber eso no se necesita ser correspondiente, ni nada.

—Pues que le diga á V. el correspondiente—repuse—si ha oído hablar del Padre dominico Fr. Juan de Villalba.

—No, señor; ¿y qué?—contestó el aludido muy amoscado.

—Eso es; ¿y qué?—dijo mosén Gaspar:—¿qué tiene que ver ese Padre con lo que estamos hablando?

—Pues casi nada, señores; el Rmo. P. Fr. Juan de Villalba escribió la historia del convento de San José de Calatayud, como la escribió también más detenida Fr. Juan Vigodán—repuse.

—Nunca he oído hablar de ellos—prosiguió mosén Gaspar—y dudo que eso sea cierto, porque de existir impresos esos libros, los hubiera yo leído.

—Pues por eso no los ha leído V., porque no se imprimieron.

—Y V. ¿de dónde lo saca?—añadió el gordo.

—Yo, ni lo saco, ni lo meto: ¿quién, que sea de Calatayud, ó académico correspondiente no ha oído hablar de las noticias que da, acerca de Aragón, Latasa, en su Biblioteca Nueva?

—Tampoco le conozco—añadió el vicario;—pero sí he de decir que me suena ese nombre, por haberlo leído en la obri-lla intitulada: *Glorias de Calatayud*, escrita por mi antiguo amigo D. Mariano del Cos, párroco de San Miguel.

—Recuerdo esa obra—dije yo:—por cierto, que su amigo de V. tuvo un activo colaborador en ella, que fué D. Felipe Eyaralar, catedrático. Y de fijo, que siendo V. tan dado á la lectura, no desconocerá el libro, ya viejo, del P. Fernando del Palacio, sobre el Sacromonte de Aragón, es decir, sobre la patrona de la ciudad, Nuestra Señora de la Peña, de cuyo asunto también escribió más adelante, un tal Gaymez. Pero no han tenido los de Calatayud un escritor más concienzudo, ni menos conocido, que D. Miguel Monterde López de Ansó, cuyos voluminosos manuscritos, que nadie sabe por dónde andan, tratan de todo cuanto se sabía de la ciudad, hasta en la época en que vivió.

—Pero, ¡porra!—exclamó mosén Gaspar, dando un puñetazo en la mesa, que hizo temblar todas las vasijas que había sobre ella—¿de dónde diablos saca V. eso, si yo creo que muy pocos de mi mismo pueblo lo saben?

La marquesa de Uncilla reía á más no poder, y hacíanle coro todos los concurrentes. Sólo el vicario y el hombre gordo estaban serios.

Yo, por única contestación, me encogí de hombros.

—Apuesto cualquier cosa—dijo mosén Gaspar al gordo—á que este joven, sin ser académico, conoce hasta los últimos rincones de su pueblo de V.

—¡Bah—repuso el gordo—todo eso no es más que pura imaginación!

—Eso de la imaginación se queda para los andaluces, amigo mío—contesté sonriendo:—¿no es V. andaluz?

—Y á mucha honra; andaluz soy, de Lucena; ¿y qué? ¿Me va V. á contar que ha leído las Memorias de la ciudad de Lucena que escribió el cura de Montoro, López de Cárdenas, enemigo de los Medinaceli? Pues yo lo sé de memoria. ¿Me va V. á decir que Fernando Ramírez de Luque escribió la *Lucena Desagraviada*, y que el lucentino Barahona de Soto escribió las *Lágrimas de Angélica*? Pues no se incomode V., porque eso lo sabe cualquier paisano mío.

—Es verdad, eso es muy sabido de todos; mas, dígame V.: ¿qué intentó probar el regidor Mohedano Roldán en su obra sobre Lucena?

El hombre gordo soltó una carcajada, y contestó:

—Aquí entra la imaginación burlesca de este hombre, señores; ¿cómo ha dicho V. que se llamaba ese señor?

—Jerónimo Antonio Mohedano Roldán.

—¿Y dice V. que fué regidor de mi pueblo?

—Sí, señor, en 1750; como era de Montilla Fr. Francisco de la Asunción, carmelita, que escribió, cuarenta años antes, otra obra titulada *Lucena rediviva*; como era paisano de V. el médico titular Aranda, que escribió unos breves apuntamientos para ilustrar la historia de la ciudad, diez años después de Mohedano.

El gordo se daba con el puño en la frente, repitiendo mientras yo hablaba:

—¡Tengo una idea! ¡Tengo una idea de todo eso!

—Pues, hombre, todo eso es muy sabido — añadió. — Lo mismo que el Ramírez de Luque que V. me ha citado, escribió las *Tardes divertidas* en medio de una pereza de once años. Y no le hablo á V. de los cien folletos acerca de la Virgen de Araceli, y de la prisión del rey Chico de Granada, porque habría que volver á nombrar á Luque, á López de Cárdenas, á Giles y Leiva, á Téllez y al segundo conde de Cabra. Esto lo sabe cualquiera, así como que la cruz de Calatrava que la marquesa de Uncilla lleva en ese escudo de armas de las tapas de su rico devocionario, no es tal cruz de Calatrava,

ni que los corazones de los cuarteles son corazones, ni que las aspas de la orla sean simples adornos de imaginación.

—¡Marquesa!—exclamó el vicario aragonés.—¿A que resulta, según nuestro prisionero, que V. no es marquesa ni cosa que lo valga!

—El nos lo dirá, señores—contestó la dama;—ya que si los timbres de mi casa no son lo que parecen, no dejarán de simbolizar mucho de honroso, signifiquen lo que signifiquen. Oiré tranquila, para que vea nuestro amigo, el caballero de Lucena, que yo no me ofendo por los ataques de nuestro prisionero.

—¡Señora! ¡señora!—repuso el hombre gordo;—con perdón de V. E., yo... desafío y reto á este imper...

—¡Que se escriban esas palabras! ¡que calle el de Lucena!—vociferaron confundidos los comensales.

Y como la marquesa, en medio del ruido general, me hacía indicaciones para que continuase hablando, esperé á que se restableciera la calma y dije:

—Desciende la señora marquesa, que marquesa es y de muy antiguo cuño, de las casas de Orraindi y Mendoza y de las de Mallea y Adurza. A la casa de Mendoza recuerdan aquellas especies de corazones, que, como he dicho, no lo son, sino que representan las hojas acuáticas de esa figura, las de la ninfea ó nenúfar blanco que cubren por ambas orillas la superficie del río Zadorra, llamadas en heráldica *panelas*, y que aceptaron para sus timbres muchas familias en memoria de la batalla que en los campos inmediatos á dicho río se dió en el siglo XIV entre oñacinos y gamboínos, cuando murió triunfante en ella el fundador de la casa fuerte de Echavarri-Zárate. Así se ven campeando en multitud de escudos, y entre otros, por ejemplo, en el de la ilustre dama María Martínez de Orraindi y Mendoza, que está enterrada en suntuoso panteón en la iglesia de San Pedro de Vitoria, en una capilla al pie de la nave del Evangelio. Y en aquel mismo templo, en la capilla de los reyes, está el escudo de Adurza, cuyos timbres lleva también nuestra amiga, porque allí yace doña An-

tonia de Adurza al lado de su esposo, el insigne regidor vitoriano D. Diego Martínez de Salvatierra, autor de la obra titulada *República y gobierno de Vitoria*. La cruz de Calatrava no es tal, sino que recuerda el que un antiguo Orraindi estuvo en las Navas de Tolosa, y las aspas corresponden á los Malleas, porque alguno de su sangre se halló en la toma de Baeza el día de San Andrés, en memoria de cuyo santo van las aspas ó sautores en las orlas de muchos escudos. Y por fin, de la casa de los Malleas trae la marquesa ese lema que está escrito en sus armas, y que dice: *Malleagas forua gaitic*, lema puesto en vascuence, y que en romance quiere decir: *Con la cota de malla por el fuero*.

—¡Es verdad! ¡es verdad! ¡Admirable! amigo mío — dijo la de Uncilla, aplaudiendo y riendo, sin dejar de mirar al obeso lucentino, que, puesto en pie, daba puñetazos sobre la mesa para dominar las carcajadas con que todos acogían el gozo de la dama y la desesperación del andaluz.

El vicario, que hacía rato había unido sus risotadas á las de la concurrencia, aplaudía sin interrupción. La sala del café era una baraúnda infernal, entre cuyo ruido decía el hombre gordo, esforzando la voz:

—¡Tiene V. mucha memoria, mucha memoria; todo eso lo tengo yo olvidado, pero aseguro que es cierto. No hay para qué reirse, señores. Se han visto memorias muy felices. Eso no es un mérito, ni mucho menos!

—Hasta aquí todo va en favor de V.—dijo uno de los concurrentes; — pero ya tomaremos la revancha cuando termine el plazo del gran invento del ladrillo. ¡Oh, entonces sí que se armará belén!

—Allá lo veremos, señores — contesté; — el plazo no es muy largo y el belén no tardará en armarse.

La animada concurrencia se fué disolviendo poco á poco. Era la una de la tarde, y la mayor parte de los bañistas se retiraron á disfrutar del placer de la siesta. El vicario me dijo que iba á rezar y que le esperara en mi cuarto, prometiéndome

me un paseo muy divertido, hasta unos caseríos, donde le daban riquísimo chocolate.

Tomamos, en efecto, por una ladera arriba, sombreada de castaños, hacia las faldas de Udala, pero como la temperatura era muy grande tuvimos necesidad de descansar de cuando en cuando, sobre la fresca alfombra de hierba que tapiza el suelo de aquellas alturas. En uno de los altos que hicimos, junto á un abundante manantial de aguas ferruginosas, y mientras fumábamos un cigarro, me decia mosén Gaspar:

—Respecto á que en la literatura y en la filosofía se puede adelantar mucho, jamás me ha cabido duda alguna; pero no así respecto á esos ponderados adelantos de los tiempos modernos que, al fin y al cabo, nunca conseguirán elevar nuestro espíritu á la altura que lo elevan un capítulo del Padre Granada ó de Santa Teresa. V. es dado á los estudios literarios, y sin duda conoce poco las ciencias, circunstancia que, lejos de serle perjudicial, le favorece mucho, porque tanto cuanto más depuran el espíritu y le fortifican los trabajos de las letras, le adulteran y le oscurecen los de las audaces ciencias, que, después de todo, pretenden hacer de Dios una consecuencia físico mecánica. Si conociera V. bien las ciencias, presumo yo que no se hubiera arriesgado á perder el buen puñado de duros que le van á costar las dos meriendas que nos ha de pagar, cuando veamos, como veremos, que el ladrillo no ha llegado desde Santa Agueda á Sevilla. La mecánica, por mucho que adelante, ya ve V., ¿qué es lo más que podrá hacer? Y francamente, aún estamos á tiempo; duéleme mucho, y se lo digo con mi característica claridad aragonesa, duéleme que haga V. el primo, dando de comer por dos tardes á tanta gente; confiésemi que todo ello ha sido una broma, y yo me encargo de hacerlo así presente esta noche á los compañeros, y punto concluido. Tal es también el parecer de D. Pablo de Alcorta y de sus hijas, á quienes he visto esta mañana. Alcorta considera perdida la herencia de su herma-

no, y V. debe considerar que al hacer esas apuestas hizo una calaverada. ¿No es verdad, amigo mio?

—Agradezco á V. muy de veras sus intenciones, señor vicario—contesté;—pero tenga V. presente, que, prescindiendo de sus ideas acerca de lo que me ha dicho de las ciencias y de las letras, yo, que ni soy científico, ni literato, sino amigo de leer todo cuanto puedo, insisto en que es posible que el ladrillo llegue desde Guipúzcoa á Sevilla; insisto en que ha llegado, y en que no pagaré ni un solo céntimo. Ahora bien; en confianza, le voy á hacer á V. una declaración...

—¡Veamos... veamos!

—Para que el ladrillo, ó esta misma roca del manantial, lleguen desde aquí á Sevilla, ó á la China, si se quiere, no se necesita ni que las ciencias adelanten mucho, ni que la mecánica, ni la electricidad tomen parte en ello.

—No lo comprendo; es decir, supongo que el caso es imposible.

—No es verdad, y V. se convencerá de ello muy pronto. El problema no es imposible, repetí.

—No se chancee V., amigo; ¿cómo ha de ser posible el problema de que un ladrillo llegue tirándolo desde aquí á Sevilla?

—Cosas más difíciles se han realizado y se realizan todos los días.

—¿Insiste V. en sus trece?—preguntó el bondadoso pater.

—Insisto.

—¡Pues, me lavo las manos! ¡Vaya, terminé el cigarro! Vamos ahora subiendo hacia el caserío de Inchaurreta.

IV

Diez minutos después, al cabo de una caminata de más de media hora desde el establecimiento, llegamos al caserío. La dificultad del ascenso nos había abierto el apetito, así es que

cuando al entrar bajo el ancho portegal de la casa, vimos á una de las nescatillas extender el blanco mantel sobre una mesa pequeña, junto á la cual había tres sillas de madera muy antiguas, nos sentimos con las mismas ganas de tomar alimento que si estuviéramos en ayunas.

El ama del caserío, una *achue* muy guapa y bien conservada, nos recibió con la afabilidad propia de las gentes de estas hospitalarias montañas. Conocía al vicario por sus frecuentes visitas al caserío durante el verano, y á mí me trataba desde niño. Había hecho traer desde Vitoria un cajón de chocolate superior, de Hilario Hueto, y lo destinaba exclusivamente al vicario de Calatayud, que era entusiasta partidario del rico regalo vitoriano.

—He puesto tres sillas en la mesa,—nos dijo la venerable abuela Mari Antón,—porque me ha avisado D. José Luis, el cura de Garagarza, que va á subir á acompañar á Vds.—

—En el alma lo celebro—dijo el vicario—porque es uno de los compañeros más campechanos y simpáticos que he encontrado en el mundo. Parece mentira que ese hombre tenga ochenta años, y que trepe por estos montes como si tuviese veinte.

—¡Salud! ¡salud!, señores; ya estoy aquí en Inchaurreta, cerca del cielo—exclamó D. José Luis, apareciendo en el sendero que da á la plazoleta de nogales del caserío, precedido de un enorme perro mastín, que también nos saludó con repetidos saltos y lamidos á Mari Antón, al vicario, y á mí.

Bien pronto nos trajo la abuela tres enormes jicarones de chocolate, casi de medio cuartillo, en finos y brillantes platos, con sus grandes vasos de agua fresca y cristalina, cubiertos por redondos azucarillos. Detrás de ella, la nescatilla vino con otros platos, que contenían el pan de aldea, delgado, maziizo y reluciente en su corteza, las diminutas servilletas con letras bordadas en los ángulos, y las cucharillas de plata correspondientes.

D. José Luis, que había dejado su teja y su bastón á un

lado, rompió el fuego, dando la primera sopa á la abuela, y un puntapié al perro que se atrevió á poner las manos sobre la mesa, reclamando la suya. El chocolate era riquísimo; la tarde estaba incomparable; la soledad y belleza del lugar lo hacían encantador; y la grata compañía de aquellos hombres me satisfacía en extremo. Cuando concluimos, el vicario encendió un cigarro puro, D. José Luis cargó su pipa con tabaco de hebra, y yo encendí un pitillo foral.

—Creo, señores—les dije—que para mosén Gaspar no hay en toda la liturgia eclesiástica un detalle que más le complazca que el chocolate.

—Es verdad, hombre—contestó;—y aunque mis monjitas aragonesas lo hacen muy bueno, ¡qué porra! la verdad, no llega ni en mucho á este chocolate vitoriano. Lo tomo con verdadero entusiasmo.

—Y no se privará V. de él sino con gran sacrificio, ¿eh?

—Es una de mis penitencias en la Cuaresma.

—¡Bah!—dijo D. José Luis:—yo creo que el chocolate no hace perder el ayuno.

—Según como se tome—dijo el vicario.

—¡Es claro, que si va acompañado de un cuarterón de bizcochos, y es además muy espeso!...

—Cuestión es esa que no merece preocupar á los moralistas y teólogos; un chocolatillo semitransparente, como el que generalmente tomamos seguido de un par de vasos de agua, viene á ser lo mismo que tomar agua sola—añadió mosén Gaspar muy convencido de su afirmación.

—¡Qué se yo que les diga á Vds., amigos—repuse;—también el chocolate tiene sus más y sus menos en las prácticas cristianas.

—¿Qué sabes tú de eso, *choriburu!*—exclamó el de Garzarza sonriendo.

—Afirmo que la cuestión del chocolate ha preocupado gravemente á los hombres de la Iglesia.

—No habrá sido tan gravemente—añadió el vicario;—eso no habrá pasado de alguna breve prescripción.

—Cuatro Papas han dicho que el chocolate no rompe el ayuno, á saber: Urbano VIII, Gregorio XIII, Pío V y Paulo V.

—Algo he oído yo de eso—dijo D. José Luis—y estoy con ellos.

—Y yo—añadió el vicario.

—Pues piensan Vds. mal—repliqué—el chocolate es un alimento fuertísimo.

—¡Buenas pantorrillas echarías con él!—replicó el de Garagarza.

—Sabroso, rico, delicioso, provechoso, todo eso sí—añadió mosén Gaspar;—pero gran alimento; lo que es gran alimento, no lo crea V.

—Pues yo digo que lo es, y hablo por boca de Jerónimo Píperi, que dijo: *Maximum nutrimentum. Et eos qui huic potui nimis indulgent nutrit, et impingnat.*

—¡Echa, echa!—exclamaron los dos curas, riéndose como unos benditos.

—Y Juan Jacobo Mager, añade: *Chocolatum quicumque bibunt, eam multum nutrimenti corpori suppeditare fatentur, ita ut jusculum ex carne, nec tamdiu, nec tam fortiter nutriat, viresque sustentet.* Tomás Gage asegura que los que más usan el chocolate están gordos y cuadrados, como V., padre Gaspar; dice así el viajero americano: *Eos qui huic potus indulgent quadratos, et pingues fieri.*

—Tiene este hombre los diablos en el cuerpo —añadió mosén Gaspar,—¿dónde ha aprendido V. eso? ¡Oh si el señor gordo le oyera!

—El sevillano, médico Gaspar Caldera asegura que: *Non solum nutrit optime, sed etiam impingnat chocolatae.*

—Pues si es así—dijo D. José Luis sosteniéndose los hijares, puesto en pie porque la risa no le dejaba respirar—si es así, veo que esos Papas no supieron lo que se dijeron.

—Ni el eminentísimo cardenal Brancacio, patrono de los astutos casuistas, partidarios del *toties quoties*, que suponía

que no hace perder el ayuno, por más que al fin se dió por vencido, cuando tratando de esta cuestión dijo: *Id tamen pretextui esse non debere ea abutendi, et maiori copia bibendi.* Pero prevaleció la opinión de los teólogos chocolatófagos, contra los que se señalaban una onza como máximo en las colaciones, que fueron Castro Palao, Lezana, Tamburino, Bondewine y otros.

El de Garagarza se había salido del portegal con su servilleta pendiente de la abertura de la sotana, y continuaba desde fuera mirándome y haciendo extorsiones de risa; mientras que el vicario, chupando sosegadamente su puro, y lanzando bocanadas de humo, movía de arriba á abajo la cabeza, y decía:

—¡Si le oyera el hombre gordo! ¡El de Lucena! ¡No lo va á creer cuando se lo cuente! ¡Es mucha cabeza la de este demonio de chico! ¡Porra! ¡y qué á pelo ensarta los latines! ¡Porra! ¡y latines de chocolate! ¡Diablo de chico!

—Del chocolate y de sus admiradores clásicos hay mucho que decir, amigos míos—añadí yo;—además de lo que la receta vulgar ordena para que resulte bueno, cuando dice:

«El chocolate excelente
para que cause placer,
cuatro cosas debe ser:
espeso, dulce, caliente
y de mano de mujer.»

El pobre trinitario Fr. Luis Gutiérrez publicó en 1805 un gran poema, *El Chocolate*; y el carmelita descalzo Fr. Nicolás del Pilar Galindo, escribió en verso, en 1809, mientras despachaba sus diversas jícaras ó *pepas* de chocolate, la disertación filosófico-estomacal titulada *El Libro del chocolate*, y la colección de letrillas que dedicó á la «Princesa de Caracas» con el título de *La Docena del Fraile*, y el pasillo dramático intitulado: *El Congreso del Pocico*. Decía Fr. Nicolás:

¿Cómo los rios nacen
y giran las estrellas?

¿Cómo se forma el oro
y la lustrosa perla?

Tomando chocolate,
nos responde la ciencia.

¿Y qué harán los forzudos
Ciclopes en el Etna?

¿Y qué hará la robusta
generación de Alcmena?

¿Y el peregrino Ulises
y el fundador de Tebas
qué harán?—se les pregunta.

¡Chocolate!—contestan.»

En fin, el gran poeta venezolano Andrés Bello, para ponderar la Naturaleza de la zona tórrida, exclamó:

«Tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jicara rebosa!»

Aún discutimos humorísticamente largo rato acerca del chocolate, hasta que el de Garagarza dijo:

—Señores, el sol va bajando mucho, y como hemos de tardar cerca de una hora, Vds. en presentarse en Santa Agueda, y yo en llegar á mi casa. Vámonos.

Bajamos juntos unos diez minutos, y D. José Luis, al llegar á una estrecha vereda muy pedregosa, que era el camino de su aldea, se separó de nosotros.

Después, tomamos por un atajo de la ladera, mosén Gaspar detrás, y yo delante, dejándonos casi resbalar por el finísimo cespced de la montaña. El cura venía diciendo para sí:

—Voy creyendo como la marquesa, que este hombre sabe cómo puede llegar el ladrillo á la capital de Andalucía. ¡Diablo de chico! ¡Se va á burlar de todos nosotros!

V

Pasé el domingo, el lunes y el martes muy entretenido con mis guardianes, con la marquesa herborizando en el jardín por las mañanas, con mosén Gaspar corriendo montes y caseríos por las tardes. El martes, sobre todo, fué día de broma satírica contra mí. No había noticia ninguna de Sevilla, ni de Martín de Alcorta. El hombre gordo se relamía los labios de gusto pensando en las dos comidas que yo debía pagar. Yo continuaba tranquilo.

El miércoles por la mañana pretexté estar enfermo, y me quedé en mi cuarto. Los bañistas, reunidos en la tertulia del manantial, se ocuparon bastante de mí; y deduje de lo que pude oír que me tenían profunda lástima. La marquesa, sin embargo, me defendía, asegurando que estaba maravillada de mis variados conocimientos.

—Eso mismo le tiene trastornada la cabeza—decía el hombre gordo, siempre que le dejaban hablar.

Llegó por fin el correo. Por entre las persianas de mi cuarto me puse á observar, sintiendo que mi corazón palpitaba con febril velocidad. La marquesa, según su costumbre, oía leer *La Epoca* en un corro de viejos; un joven leía *La Correspondencia*, al pie de una acacia, á seis ú ocho señoritas sentadas en el suelo; los políticos, distribuidos por el jardín, leían cada uno el diario de su devoción, y otros señores habían ido á sus habitaciones á leer sus correspondencias privadas.

El joven de *La Correspondencia* dió un salto en el grupo donde se encontraba, y exclamó:

—¡Aquí está, aquí está! ¡Oh, esto es maravilloso! Señores,

señora marquesa de Uncilla, señor vicario; señores, señores, ¡aquí está!

Las señoritas se precipitaron sobre él, queriéndole arrebatarse el periódico de las manos, y los viejos y los políticos acudieron corriendo. La mayor parte de las ventanas se abrieron. El servicio en masa del establecimiento acudió á la galería. Yo permanecí observando.

—¡Aquí está!—continuaba gritando el lector.—¡Oh, qué broma nos ha dado! ¡Atención, señores; atención!

Y el joven, rodeado por la concurrencia, subió á un asiento de piedra, y desde allí leyó en alta voz, en medio de la estupefacción general:

«*El Mediodía* de Sevilla, que ha llegado hoy, nos da cuenta de un originalísimo suceso. Parece que el acaudalado capitalista de aquella ciudad D. Martín de Alcorta, que iba á contraer matrimonio con la distinguida señorita Dolores de la Barranca, sobrina de los marqueses de Palmas Gallardas, al salir anteayer viernes por la noche á dar su paseo de costumbre, recibió tan terrible ladrillazo en la cabeza, que le dejó sin sentido. Algunos transeuntes, que pasaron poco después, le levantaron y le condujeron á su casa. El golpe no ha tenido consecuencias. Lo notable del caso es que el ladrillo, que se encontró á su lado, tenía esta inscripción: *Martín, no te cases*. Toda la ciudad no se ocupa de otra cosa, por más que nadie acierte á explicar el suceso.»

Una carcajada estrepitosa, general, y un diluvio de palmas, vivas y exclamaciones acogieron esta lectura.

—Busquemos á ese hombre, señores; este es el triunfo más admirable que han conocido las naciones—dijo el joven.—¿Dónde está su autor?

—Aquí estoy, señores—contesté abriendo la ventana y apareciendo muy sosegado, ante la concurrencia.

Nueva salva de aplausos, de vivas, de voces y de saludos me respondieron. El tumulto duró algunos minutos. Todos gritaban á un tiempo. Al fin les dije:

—Vean Vds., mis distinguidos amigos, cómo *el último invento* es una verdad. Yo perdono á todos los que, tratándose de él, me han ofendido; y desde estas alturas les echo la absolución.

—Triunfamos, amigo mío—dijo la de Uncilla;—yo había pronosticado que triunfaríamos; ¡me lo decía el corazón!

—Pues yo insisto—dijo el gordo—en que este triunfo, y esa noticia, y todo cuanto sucede aquí, es una insigne tontería.

—En ese caso—contesté—serán responsables de la farsa que V. supone mis severos guardianes, que no me han abandonado un solo momento desde que tiré el ladrillo.

—Por mi parte—añadió la marquesa—conste que he cumplido fielmente el encargo que se me dió.

—Entonces el que se ha burlado aquí de todos—dijo una de las señoritas—es mosén Gaspar. ¿Dónde está el señor vicario?

—Ha salido muy temprano, como de costumbre; pero no tardará.

—¡Cosa más rara, ni más increíble, no se habrá visto jamás!—dijo la marquesa.—Sea ello lo que quiera, lo cierto es que nos ha dejado V. humillados con su triunfo.

—Y he aquí *El Diario Español* que reproduce el suelto—añadió un bañista.

—Y *El Imparcial* también—exclamó otro.

—Y lo reproducirá toda la prensa española—dije yo desde mi ventana;—y espero que dentro de poco hemos de ver mayores y más sorprendentes pruebas que lo confirmen.

—¡Que baje el autor!—dijeron en coro las señoritas—¡que baje! y nos dé cuenta de cómo se ha obrado esa maravilla, puesto que ya estamos dispuestos todos á pagar las comidas de campo.—¡Que baje, que se explique!—contestó el concurso unánime!

—Calma, señores—respondí;—dejemos que venga mosén Gaspar, á ver qué piensa del caso; y cuando tengamos mayo-

res y más eficaces pruebas de que *el último invento* es una verdad, entonces hablaremos.

—Nos damos por vencidos; no hay necesidad de otras pruebas, baje V., y hable—dijeron algunos.

—¡Eso es! ¡que se explique *el último invento!*—repitió el grupo de bañistas.

—Marquesa—dije entonces;—interceda V. por mí; suplique V. á esos señores que me concedan algunas horas de calma.

Así se hizo. Los bañistas, dominando su impaciencia, pero haciendo mil hipótesis para explicar tan extraño suceso, se dispersaron ante mi promesa de que muy pronto descifraría el enigma.

Me puse á leer en mi cuarto un par de periódicos, que me prestaron, y muy pronto tuve que interrumpir la lectura por la llegada de mosén Gaspar, cuya aparición fué anunciada con grandes voces y saludos.

—¡Este es el traidor! ¡este es el cómplice!—decían las señoritas rodeándole y dándole palmadas en la espalda.

—¡Pero hijas mías! ¿Traidor á quién?... ¿cómplice de qué?...—respondía el vicario asombrado.—¿Qué ocurre en esta casa? Por Dios y por San José mi patrono, ¿me quieren Vds. dejar en paz? ¿No hay quien me socorra contra esta legión de furias divinas?

Volví á abrir la ventana, y no pudiendo apenas contener la risa al presenciar aquel espectáculo, exclamé:

—¡Victoria! querido guardián y vicario; ¡el ladrillo llegó á Sevilla!

—¡Ah, amigo de mis pecados!—respondió mosén Gaspar fijándose en mí:—V. me va á volver loco, si vive muchos días entre nosotros. Pero ¿es cierto que llegó el ladrillo?

—¡Vea V., vea V.!—añadió una señorita entregándole *La Correspondencia*.

El vicario sacó sus antiparras, las limpió con su pañuelo de hierbas, se enjugó el sudor de la frente, echó atrás su sombrero hongo, se caló los vidrios, y leyó en voz alta el suelto.

Acometióle inmediatamente tal pasión de risa, que hubo que conducirlo á uno de los bancos de piedra, para que no reventara, tales y tan grandes aspavientos hacía, y tan colorado y encendido se puso. Uniéronse á sus carcajadas las de los demás; y yo, aprovechando aquel intervalo, bajé, me aproximé al grupo, y recibí la media docena de apretados abrazos que me regaló sin dejar de reír.

También quiso el vicario que explicara aquel «fenomenal suceso», según él lo calificaba, pero les aseguré que considerando la gravedad é importancia de lo ocurrido, no debía narrar su fundamento así de repente, sino en presencia de todos los bañistas y del mismo Pablo de Alcorta, y en lugar y tiempo oportunos. Mucho trabajo me costó el dominar su impaciencia, pero interesé en mi favor al mismo vicario, y aun con la protesta de todos, se decidieron á esperar.

Cuando volvimos á reunirnos en el comedor, todas las bromas fueron para el hombre gordo. Trabóse singular pelea entre él y mosén Gaspar, á propósito de los inventos de las letras y de la filosofía, y ambos hicieron las delicias de la concurrencia con sus estrambóticos y opuestos razonamientos. Yo lo oí todo sin inmutarme y como si no se tratara de mí.

Ibamos á tomar café, cuando se oyó la voz de Pablo de Alcorta, que decía en voz alta:

—¡Maravilloso! ¡maravilloso! ¡Ese hombre es mi salvador! ¡Increíble, admirable, señores!

Todos los bañistas se pusieron en pie. Alcorta entró y vino abrazarme, agitando gozoso una carta en la mano. La sensación que produjo su entrada fué grande.

—¡Mi hermano me escribe!— dijo.— ¡*El ladrillo dió en su cabeza!*

—¡Que se lea, que se lea la carta!— exclamó el concurso.

—Yo no puedo volverla á leer; estoy muy impresionado contestó;—léala V., amigo.

Y se la entregó á uno de los ex ministros, el cual, apartando á un lado á los que le rodeaban, leyó en voz alta:

«Querido hermano Pablo: He sido víctima de un atentado en el que has tomado tú principalísima parte, con la circunstancia agravante de atreverte á declararlo con tu firma. Hace dos noches, al salir por las afueras á dar mi paseo habitual, recibí un golpe terrible en la parte posterior de la cabeza, que me hizo caer en tierra sin conocimiento. Algunas personas que á poca distancia mía venían de paseo, me levantaron y recogieron del suelo un ladrillo, en el que he visto que hay una inscripción. Lo fenomenal del caso es que la letra es tuya, tuya legítima.»

Los bañistas miraban atentos á Alcorta, que no hacía otra cosa que limpiarse las grandes gotas de sudor que le corrían desde las sienes á lo largo de la cara. El ex ministro continuó:

«¿Quién ha sido el criminal encargado de cumplir en Sevilla tu fiero propósito? ¿Quién ha sido el alma negra que te ha inspirado semejante pensamiento? No siento el golpe, hermano descastado, que al fin no me ha producido más que una regular contusión, sino la burla y ridículo que han caído sobre mí en esta ciudad con tal motivo. No sólo en los salones y en los círculos, si no en las calles y en las tabernas, se ha comentado y se comenta el caso, haciéndome servir de objeto de escarnio y de risa de todo el mundo. He prometido mil duros al que descubra quién fué el autor del golpe; pero estoy seguro de que no han de dar con él. Al ver tu letra en el ladrillo fratricida, me horroricé, y por quererte más de lo que tú me quieres á mí, no te denuncié, callé. Los periódicos satíricos de Sevilla publican anoche unas letrillas burlescas, tituladas *El ladrillazo*, que antes de poco tiempo cantarán los chiquillos en las calles. ¡Calcula mi situación! El golpe no me ha hecho mucho daño, pero sus consecuencias me hunden. Ahora bien; atormentado por el peso de la pública burla, empiezo á ver claro. El ladrillazo me ha abierto los ojos. Escucha: en los primeros momentos pensé no denunciarte; pero hice también firme propósito de romper toda clase de relaciones contigo, casarme inmediatamente y de ir á vivir á París. Después,

á medida que mis amigos me vienen contando, con intencion perversa por supuesto, y mostrando hipócrita compasión, lo que la gente dice de mí y de Dolores de la Barranca, y de los propósitos interesados de su familia, y los augurios repugnantes de la chismografía vecinal, en mis ratos de calma, he visto que la pasión me llevaba por un horrible camino, y que yo, que he vivido siempre bastante considerado, iba á hacer el payaso en los últimos años de mi vida.»

La ansiedad y la emoción de la concurrencia eran grandes; mosén Gaspar me tenía agarrado de las manos, y á cada párrafo de la carta me las apretaba con efusión. Prosiguióse la lectura:

«Hoy, antes de escribirte, y consultando con mi amigo y paisano el deán de la Catedral, D. José Martín de Gojeascoechea, he tomado mi determinación. El mismo deán en persona ha ido á casa de los marqueses de Palmas Gallardas á comunicarles que mi enlace con su sobrina es imposible, atendiendo el ridículo que ha caído sobre mí, y en el cual hoy persevera la ciudad en masa. Por mi parte, y después de bien pensado, con su consejo y todo, te envío el perdón de la mala partida que me has jugado, al valerte de un medio tan persuasivo, ya que á cambio del golpe recibido me has dado la paz del espíritu para el porvenir. Conste, pues, que has tenido razón en todo cuanto en tus cartas me has dicho, y que, con toda solemnidad te prometo que mi herencia no se separará de tu casa de Alcorta, á cuyos hijos deseo abrazar pronto. Así dice D. José Martín que cumplo con lo que Dios manda. ¡Triste cosa es que hasta que uno no cae en ridículo en un pueblo no se le abren de par en par los ojos para saber si ha obrado bien ó mal, y para conocer cuán pocos amigos buenos hay en el mundo! Te participo que muy pronto he de veros, y mientras tanto, abraza á mis queridos sobrinos, como te abrazará á ti: MARTÍN.»

Los bañistas quedaron mudos. Todas las miradas se dirigieron á mí. Alcorta se echó en mis brazos. En esta situación

solemne, silenciosa, permanecimos todos por espacio de algunos minutos, hasta que el hombre gordo exclamó:

—Pues, señor, he oído decir muchas veces que el valle de Aramayona y sus cercanías son la mansión de las brujas y de los diablos, y ahora lo creo, porque ante lo que estamos viendo no hay más que bajar la cabeza. Amigo mío, ha triunfado V. ¡vengan esos cinco!

Apreté cordialmente la mano de mi enemigo, y dije:

—Señores; el viernes por la noche se hizo la apuesta y se lanzó el ladrillo en el caserío de Alcorta, pues bien; yo cito á Vds. hoy al anochecer, á que nos sentemos en la plazoleta del caserío, y allí he de explicarles en qué consiste *el último invento*, que es tan antiguo como la voluntad humana, y en el que estriba el secreto de todas las grandes empresas.

Así sucedió. Cuando los últimos rayos del crepúsculo doraban las cimas gigantes de Amboto y de Udala, todos los bañistas se encontraban reunidos delante de la casa de Alcorta. En el centro de la puerta y sentado junto á María Paula y Ascensión, estaba yo presidiendo la asamblea. También se sentaron junto á mí la marquesa y mosén Gaspar. Volvióse á dar lectura de la carta de Martín, y en cuanto terminó, les dije sobre poco más ó menos lo siguiente:

—Creo que nadie dudará que el ladrillo llegó á Sevilla, y que D. Mártín de Alcorta lo recibió en su cabeza. Creo que nadie volverá á decir que yo he infringido, ni en poco ni en mucho, la formal incomunicación con el mundo ajeno al que formamos en Santa Agueda.

La maravilla se ha realizado con todas las formalidades necesarias. Ahora bien; ¿cómo puede ser que un ladrillo lanzado en Guipúzcoa llegue á Sevilla? Señores, en la resolución de todos los problemas humanos, lo imposible, lo quimérico, lo irracional debe desecharse. El que un ladrillo llegue desde aquí á Sevilla, es imposible. Sin embargo, el nuestro ha llegado. ¿Cómo? Del mismo modo que se hacen todas las obras: HACIÉNDOLAS. El que se propone ser sabio estudiando, si deja

su propósito sólo en proyecto, ó si estudia mal y de tarde en tarde, jamás consigue saber una palabra; lo lógico es tener fuerza de voluntad para estudiar todos los días, y el milagro se hace insensiblemente. Cuando á un joven á quien hemos conocido ignorante y humilde en la escuela, le vemos mañana encumbrado en los más altos puestos del saber, exclamamos á menudo: «¡Bah! ¡casualidad! ¡la suerte de la criatura! ¡la protección!» Esa es la lógica de las muchedumbres. Un sabio no se hace por la casualidad, por la suerte ó por la protección: un sabio es el producto de una voluntad firme y de un trabajo constante. Lo imposible del problema es hacer un sabio por una casualidad, de un golpe ó por la protección de un tío. Lo real y positivo del caso es decir, ¿cómo se hace un sabio?, y responder: *haciéndose*.

Figurémonos que yo tengo el propósito de escribir una obra extensa. Acaricio el proyecto, lo estudio, calculo el tiempo necesario, formo mi plan, escribo las primeras cuartillas, y... no vuelvo á acordarme más de tal cosa. ¿Podré terminar así el libro? De ningún modo. Un libro de mil páginas se hace, teniendo la fuerza de voluntad suficiente para escribir durante cien días diez páginas diarias; es decir, un libro se hace, *haciéndolo*. Querer, es poder, dice el refrán, y en esas dos palabras está basado *el último invento*.

¿Cómo se hará para que un ladrillo llegue de aquí á Sevilla? Pues, *llevándolo*.

El Sr. Pablo de Alcorta me había dicho varias veces, al tratar de la desastrada boda de su hermano, que si pudiera tirarle con uno de los ladrillos de la obra y darle con él en la cabeza, lo haría. Era una idea fija que acudía á menudo á su mente acalorada. Yo me pregunté: ¿Cómo con un ladrillo de esos se podría dar á D. Martín en la cabeza? Y me respondí: *Dándole*. ¿Qué se conseguiría con ello? Con un ladrillo cualquiera, nada; pero con un ladrillo que llevase escrita una alusión á la boda, es posible que se armara en Sevilla un escándalo. El escándalo recaería en daño de D. Martín, y lo

probable era que, humillado por las burlas, desistiera de sus propósitos. ¿Sería este un bien para mi amigo Pablo? Indudablemente. Animado, pues, por el deseo de intentar el remedio de los males que amenazaba á nuestro amigo, me decidí á dar el ladrillazo. Supuse que Alcorta, al hablarle del matrimonio en cuestión, volvería á insistir en su peculiar amenaza, y me propuse sorprenderle y sorprender á todos Vds. con la posibilidad y realidad de llevarlo á cabo. Nadie creería mi proposición. Cuando la hice, el viernes pasado, la tenía ya perfectamente estudiada y preparada; el éxito era para mí seguro, como lo ha sido. Desde la primera vez que Alcorta me habló de su amenaza delante de estos amigos, hasta la noche de la apuesta, transcurrieron siete días, según podrán Vds. recordar. Cuando se la oí la primera vez, llevé conmigo un ladrillo de la obra, escribí sobre su superficie el *Martín, no te cases*, imitando perfectamente la letra y firma de Pablo, que conozco hace muchos años, y el ladrillo llegó á Sevilla. ¿Cómo? De la única manera que puede llegar, sin mecánica nueva, sin electricidad, sin casualidades, duendes ni brujas, llevándolo yo en mis manos de Bolinchu á Vitoria, de Vitoria á Madrid y de Madrid á Sevilla; por el mismo procedimiento que un hombre hace su carrera sin casualidades ni suerte, trabajando hoy, trabajando mañana, trabajando siempre, y del mismo modo que se hace un libro, haciendo la primera cuartilla, y luego la segunda, y luego la tercera, y así hasta la última. El ladrillo llegó, pues, á Sevilla del único modo que podía llegar, llevado desde aquí. Di el encargo á mi amigo el doctor sevillano, Cristóbal Vidal, de que aguardase el viernes, á las nueve en punto de la noche, en los jardinillos de las afueras que diariamente frecuentaba, al conocido indiano D. Martín de Alcorta, explicándole detenidamente cuál era mi benéfico y plausible propósito; y Vidal, hombre amigo de aventuras y de emociones raras, me prometió cumplir fielmente mi deseo, como á maravilla lo ha hecho. Volví sin perder tiempo á Bolinchu, donde me hallaba el jueves; vine á Alcor-

ta el viernes, insistió Pablo en sus trece, por indicación mía, yo le dicté lo que había de poner en el ladrillo, aguardé á la hora en punto, se hizo la apuesta, voló el proyectil, que se hundió en el río, como yo tenía previsto por si acaso iban á buscarlo, y ya ven Vds. cómo he vencido en tan extraña pelea.

Aquí, si algún mérito hay, es el de haber pensado evitar á esta familia una desgracia, que para ellos lo era y muy grande, la del casamiento de su tío; el de haber adivinado que Alcorta insistiría en sus amenazas; el de haber presentido el efecto que en Sevilla causaría el golpe del ladrillo manuscrito; el de haber calculado el tiempo que necesitaría yo para ir y volver, y el de haber preparado la escena y los actores y espectadores para que pasaran Vds. las emociones que han pasado. Así son todas las cosas en el mundo; cuando se estudian bien y se preparan con habilidad y se llevan á cabo con firme voluntad, dan resultados maravillosos: las gentes que juzgan de repente, con ligero criterio, creen en los problemas imposibles, en la casualidad, en la fortuna, y en todo menos en lo que dicta la razón. El imposible no es posible jamás. Todo cuanto lleva el hombre á cabo y que aparece con el carácter de imposible vencido y de maravilloso ó grande, es producto de la voluntad decidida y del estudio. *El secreto poderoso para hacer todas las cosas posibles, es este: HACERLAS.* Proyectarlas, y confiar después en el mañana casual ó afortunado es un error, que mata de raíz los más dignos propósitos de la mayor parte de los hombres.

Callé, y callaron todos. Mi explicación les sorprendió tanto, cuanto que ninguno la esperaba, por más que todos la encontraron muy racional y sencilla, y por más que aseguraron que á cualquiera se le hubiera ocurrido.

—¡Nos ha dado V. una lección soberbia!—dijo el hombre gordo;—yo sostuve siempre que el caso era imposible; pero una vez realizado, declaro que jamás comprendí cómo podía explicarse.

—De todos modos—añadió mosén Gaspar—aunque lo sucedido es lo más natural del mundo, insisto en que este muchacho tiene los diablos en el cuerpo. ¡Menuda broma nos ha jugado!

—Yo le felicito por su triunfo—dijo la marquesa—que para mí es de tanto alcance como si, realmente, hubiera llegado el ladrillo de aquí á Sevilla. Lo que en presencia de todos le suplico es que me honre viniendo á mi casa de Deva, á ser mi maestro de floricultura, por quince días.

—¡Pues ojo, amigo mío—añadió el vicario;—ojo, por si en aquel Paraíso se sientan Vds. al pie del árbol del bien y del mal!

—Pagaré gustoso las comidas de campo, señores—exclamó Pablo de Alcorta;—esto es lo que ahora nos debe preocupar, y nada más.

—No ha de ser así—dijo el ex ministro:—V. debe partir mañana mismo á Sevilla y traer á su hermano. Durante ese viaje, pago yo el primer día de campo, porque quiero de ese modo honrar al descubridor del *último invento*; y cuando Vds. vuelvan, pagará D. Martín, la segunda jornada, que será la tremenda.

Así se acordó. Los dos grandes días de broma de los montes de Santa Agueda fueron el preludio de los felices días que vinieron después para la casa de Alcorta, en cuyo pintoresco y envidiable retiro, y en la agradable compañía de sus amantes sobrinos, vivió bastantes años el indiano D. Martín. Los que vayáis á Alcorta, donde hoy vive María Paula con su esposo y sus hijos, subid á la hermosa sala principal, y en ella, sobre una lujosa consola, entre los retratos de Pablo y Martín, veréis en un cuadro una masa áspera de color rojizo, con una borrosa inscripción en su superficie. Es el ladrillo del *último invento*.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

Mosaico de gente armada.—Los frailes de Veruela son liberales.—Un organista asesino.—La Paraisa, las Peladas, las Peladillas y demás personajes.—El perro, yo, y otros animales.—En busca del mar del Sur.—Los patrioterillos y el Moño.—Tan honrado es Martín como su rocín.—Cortacabezas.—Palos en nombre de la libertad.—Se disgustan los gorrones.—Batalla descomunal.—La letra con sangre entra.

No hay mal que por bien no venga. Si los carlistas se acercaban á mi lugar durante la primera guerra civil, los chicos no estudiábamos. Se reunía en Borja, mientras duraba la alarma, la milicia nacional de los pueblos situados entre Moncayo y el Ebro. Al capitán de la de Ainzón le di un mal rato. Dormía la siesta, y por el cañón de escopeta que servía para pasar una cuerda desde la alcoba que ocupaba á otra que había en el piso de encima, toqué generala. La oyó entre sueños, y se levantó asustado, creyendo que los facciosos lo agarraban por los faldones. Los nacionales formaban abigarrada y pintoresca muchedumbre. Algunos de Borja usaban gorros griegos, los oficiales inmensos chacós de hule, los milicianos de Mallén gastaban casaca, que solían ponerse para cavar, encima del traje aragonés; los de Pedrola casi todos iban de paisano, montaban caballos de labor, se veían también en mulas y arrastraban largos chafarotes. Los habitantes de Pedrola tie-

nen fama de atroces. Cuentan que apostaron á comer alfalfa con los de Alagón y ganaron por seis fajos (haces).

Los nacionales de Añón, leñadores y carboneros, se distinguían por sus caras tiznadas, que no lavaban sino cuando les cogía al raso una tronada. Llevaban pañuelo en la cabeza, el capote gris, única prenda militar, colgado en el hombro, y la bayoneta metida en la faja. Con ellos formaban los coristas del magnífico monasterio de Veruela, situado en la falda de Moncayo, á cuyos monjes les dió la manía de aficionarse más que debían á la libertad y á las mujeres del Somontano. Si las de mi lugar veían un joven con pantalón de lienzo, chaqueta azul, gorra de cuartel y cara limpia, se burlaban diciendo:—*Chiquia*; ese es fraile.—Un monje barrigudo con gran escarapela en el sombrero de teja, montado en poderoso mulo, servía de capellán á los expresados montañeses. Me parece que lo estoy viendo, y hace sesenta años.

Siempre los bernardos de Nuestra Señora de Veruela habían manifestado más conformidad con los goces materiales, atribuyéndoles el origen del modismo: «A carnicera (tres libras) de carne por barba, y caiga el que caiga», según respondieron á un abad que les advirtió moderasen los excesos de la gula, á los rigores de la vida cenobítica; ya Felipe II mandó al capitán Juan del Arco para sujetarlos á la disciplina. En 1833 se decidieron por las ideas modernas, menos dos, que, acusados por sus compañeros de conspirar á favor del pretendiente, los llevaron presos á Zaragoza. Uno de ellos, el P. Peinado, llegó á capitán carlista, y con el santo fin de peinar á sus dignos colegas, hizo inútilmente una rápida excursión con 20 caballos por los pueblos en que creía se encontraban. La musa popular cantó la conducta de tales religiosos en versos cuyo mérito corría parejas con la idea que expresaban:

«Los frailes de Veruela son liberales
y han escrito á la reyna *pa* que los arme,
ellos se harán *vistuarios* y también *sabres*;
para cortar el cuello á los infames.»

Los monjes al ser exclaustrados, fusilaron la estatua de San Bernardo que hay en la puerta del monasterio. Todavía se conocen las huellas de las balas. ¡Ojalá, que el conde Pedro Atares, que por lo poco suave de su carácter no eligieron rey los aragoneses, fundador del santuario de Veruela, hubiera aparecido por allí al cometer acto tan repugnante! ¡Bonita cara habría puesto! A poco de la exclaustración, el abad y el cilleruelo (administrador) del monasterio de Veruela, acostumbrados á vivir regaladamente en el convento, vestían de clérigos en Zaragoza, llevaban raídos manteos y no tenían que comer. Gozaban de la libertad suspirada; no podían salir á la calle temiendo el garrote de los patriotas.

Un capitán de nacionales decía á los de Borja.—«Que deis buenos palos á los *faiciosos* (realistas pacíficos) me alegro, pero no robéis las terneras á los castellanos.» Era mesonero, y temía no poder explotar á los forasteros. Así entendía la libertad.

El 17 de Julio de 1834, degollaron á los frailes en Madrid. El 3 de Abril del 35, en Zaragoza. Nunca olvido el horror que causó en mi madre la noticia. En el convento de mínimos de la Victoria de Zaragoza, había un organista que se escapaba de su celda y frecuentaba lupanares, cafés y garitos. El Arzobispo le suspendió las licencias de celebrar, y su inmediato prelado le reprendió. Trató de tomar en ellos sangrienta venganza; mientras los frailes de su convento se hallaban cantando maitines y el Santísimo expuesto, mató en el coro, capitaneando una turba de sicarios, á siete inocentes sacerdotes. El prelado, P. Garroverea, catedrático de la Universidad, elocuente predicador, salpicado con la sangre de sus compañeros, se salvó por milagro. Medio siglo después me refirió la escena Fr. Valero Aznar, natural de Borja. Este era sacristán, se hallaba junto al altar, le hicieron varios disparos desde el coro, no perdió la serenidad, cerró el sagrario, se quitó los hábitos, pasó por entre los asesinos y huyó á Francia. La horda de caníbales, acaudillada por el infame organista, continuó la matanza; asesinaron en la calle al canónigo Marco, que era libe-

ral, y al librero Pardo de un pistoletazo. El Arzobispo se libró porque cerraron las puertas del palacio al oír la detonación. Las autoridades de la capital de Aragón se cubrieron de ignominia. Se contentaron con enterrar los muertos y dar pasaporte para el extranjero al feroz organista. Volvió al poco tiempo, lo nombraron sargento de francos, lo cogieron prisionero los carlistas, lo conocieron, no quiso confesarse, y lo hicieron pedazos. ¡Todo se paga!

Fr. Valero permaneció muchos años en el extranjero, conservó como reliquia la llave de plata del sagrario de su convento, que yo adquirí cuando murió en Borja el 21 de Setiembre de 1884.

En 1835, dijo un tío mío, jefe de los liberales de la comarca: «Acaba de llegar la orden de expulsar á los frailes de sus conventos.—Corre al de San Francisco y avisa al P. Magallón—me mandó mi madre. El mencionado religioso, al oír la noticia, bajó la cabeza, se santiguó, y rezó en voz baja sin manifestar la pena que sentía al quedar en el mayor desamparo. Al día siguiente, los frailes de los cuatro conventos de Borja ignoraban dónde se albergarían. Muchos de ellos, ancianos, perecieron de miseria. Varios de los jóvenes se fueron á los carlistas. Incautaron sus bienes, y á poco tiempo vi en la puerta del huerto de Santo Domingo á unas jóvenes labradoras que llevaban cintas azules en los collares, señal de que eran cristianas ó *liberalas*. «Entra—decía una á las otras riéndose—ya no hay frailes. ¡Ojalá nos dé la Reina lo que ellos tenían!» Aunque yo era niño, desde entonces he creído que la barriga influye en la política. Las mozas que así se expresaban las llamaban las Peladillas, hijas del tío Peladillo, que había sustituido en el cuidado de la huerta al colosal lego Fr. Frutos, que por lo atroz titulaban Fr. Brutos, y que hacía de cocinero y monaguillo. Contaban que al P. Prior le dijo el lego. «Cuando yo quiera le quitaré el mando.—¿Cómo? (le interrumpió indignado el prelado). Yéndome» —añadió el animal. Sólo había en el convento los dos mencionados religiosos.

La mejor alhaja de Borja era la custodia de oro del convento de San Francisco. La regaló en el siglo xvii un arzobispo de Méjico, en pago del aceite que siendo corista robaba á una lámpara de la iglesia para poder estudiar más tiempo de noche. La custodia se salvó el año 9 de la repacidad francesa, escondiéndola en el corral del convento. El 35 cayó entre las uñas de un hojalatero de Zaragoza. La convirtió en monedas. ¡Si sería liberal!

En aquella maldita época vivían frente á mi casa las Peladas, baturras muy habladoras. Cantaban patrióticas que se las pelaban. A pesar de ser *cuscas* ó cristinas, eran respetuosas con mi familia. En cambio, debajo de tales cotorras habían formado el nido la viuda de un escribano que llamaban la Paraisa y Justo el sacristán. La referida pareja desfogaba su bestial liberalismo insultando á mi pobre madre y á mis inocentes hermanas, llamándolas facciosas siempre que las veían. Nos rompieron varias veces á pedradas los cristales de los balcones. Las Peladas y las Peladillas eran más decentes y civilizadas que la sacristana. De seguro habrán entrado en el paraíso.

Siempre salen en los pueblos de los artesanos y mercachifles, clase entre la media y la canalla, los más intolerantes de los partidos políticos. Los labradores son más nobles y valientes.

A cada chico le guarda un ángel. Hay quien dice que el diablo, para que lleguen á grandes y poder llevárselos. De lo contrario, no quedaría un niño para muestra, y menos en Aragón: he observado son los más traviesos. Yo iba siempre por mi lugar con una *paniquesa* (comadreja) metida en el pecho, un cordero detrás, y delante un hermoso perro de aguas. El río Sorván, que se introduce en Borja por un canal abovedado, había crecido mucho. Arrojé un palo al río, y mandé á mi perro lo sacase. Se lanzó el animal al agua, y la rápida corriente lo metió por debajo del puente, donde comienza la bóveda. Muy pesaroso, fui adonde desemboca el río y esperé

angustioso á que saliese mi fiel perro Capitán. Como no lo verificó, calculé que, si el agua llegaba á la clave de la bóveda, perecería, y, afligido, manifesté á mi madre que se había ahogado el Capitán. No lo creas; nada muy bien; ya habrá salido. El cordero y yo echamos á correr. Pregunté á una lavandera por el perro, tan conocido en la ciudad como su amo, y la bruta contestó riéndose: «¡Miá llorar por eso! No lo he visto.» Regresé á casa, sin que las caricias de mi madre me consolara, hasta que supe gozoso por un muchacho que se oía el Capitán en el *arbellón de las monjas*. A los pocos minutos, palpítandome el corazón, tendido boca abajo sobre el puente, donde comienza la bóveda, grité más muerto que vivo: «¡Capitán! ¡pichín! ¡pobre Capitán!» Este, resguardado de la corriente en un ángulo que formaba el cañal, me respondió con un lastimero aullido. A escape busqué una cuerda, pedí auxilio á un labrador, que se sonrió incrédulo al decirle: «Mira, échale la soga al perro, le mandaré que se agarre, me obedecerá, y lo sacaremos.—¡Quia!» replicó el mozo. Pero ejecutó lo que yo deseaba. Se llevó el agua el extremo de la cuerda, y, flotando, la introdujo por la bóveda. ¡Cógela, Capitán! «Pues la ha *agarrado*, dijo el baturro.—¡Tira, tira fuerte!» añadí. El pobre animal, asido con los dientes á la cuerda, apareció luchando con la corriente en la boca del canal. «¡Saben los perros más que las presonas!» exclamó el mozo admirado, mientras el cordero, el Capitán y yo dábamos saltos de alegría. Sólo la comadreja, imagen del egoísmo que nada conmueve, permaneció dormida en mi pecho, sin tomar parte en tan interesante drama. Es difícilísimo domesticar tan feroz alimaña.

El río Sorván atraviesa á Borja, entrando en la ciudad por debajo del convento de la Concepción. Varios chicos, en la edad que comienza la malicia, nos propusimos llegar al sitio del convento, muy necesario, pero que no es para citado. Nuestro objeto era ver á las monjas lo que á las mujeres es muy difícil. Empresa digna de los descendientes de los almogávares, que vencieron á turcos y griegos en Oriente. De

aquellos muchachos, sólo yo llegué á saber que han existido tales guerreros. Los demás se dedicaron á la agricultura. Esperamos á que cortasen el río, para no ahogarnos; llevé una larga caña, encargué á todos los chicos la agarrasen con la mano derecha formando hilera, y que si yo, que iba delante, caía en un *pocico*, tirasen y me sacasen. Nos metimos en la oscuridad, apoyándonos con la mano izquierda en la pared; marchamos por debajo de la huerta, corrales y parte del convento. Con la alegría que experimentaría Vasco Núñez de Balboa al descubrir el mar del Sur, observamos que una fila de agujeros redondos, como otras tantas lunas con su claridad, indicaban habíamos llegado felizmente al término del viaje. No calculamos que entrando la luz por arriba, al colocarse en los círculos luminosos lo que tanto ansiábamos contemplar, nada veríamos, y lo que arrojasen, como á los que al cielo escupen, nos caería en la cara.

Sólo faltaba, para quedar en éxtasis ante el espectáculo imaginado, guardar silencio y esperar á que llegase alguna monja. Una oyó voces de chicos, y gritó indignada: «¡Pícaros, desvergonzados! ¡Voy á llamar al hortelano!» Nos entró el pánico, y huimos aterrados. Al aparecer por la boca de la bóveda, íbamos hechos una miseria de lodo nada aromático. Castigo merecido por querer ver nada menos que á una monja lo que de una seglar ni nombrar se puede. ¡Cuántos jefes militares habrán dado pomposos partes de hazañas tan útiles y limpias como la anterior, y por la cual recibirían ascensos!

Era yo chico, y sentía que la nación se dividiese en bandos irreconciliables. Las mujeres de mi lugar, con exaltación aragonesa, buena para emplearla contra el enemigo extranjero, se engalanaban, con cintas rojas las carlistas, y azules las cristinas, que para insultar á aquéllas se desgañitaban cantando:

De Nápoles ha venido
la gloria á los liberales,
el infierno á los facciosos,
y el purgatorio á los frailes.

La libertad es amada por todo corazón noble y generoso. Se nace liberal, como pintor ó poeta. La religión y la educación modifican los malos instintos. Si estos se desarrollan por falta de freno físico ó moral, los hombres se sublevan para encaramarse, y si lo consiguen se convierten en déspotas. Del mismo modo que los criados si llegan á ser amos tratan mal á los que tienen precisión de servirles, los que cacarean de liberalismo avasallan á cuantos tienen la desgracia de hallarse á sus órdenes.

Por lo que sucedía en una pequeña ciudad de Aragón durante la primera guerra civil, puede calcularse lo que acontecía en el resto de España.

La pasión política invadió hasta los niños. Los chicos de los liberales me impedían ver á los soldados formados en la plaza de Borja. Me extasiaba contemplando infantes y jinetes. Sobre todo, las *bándericas* de las lanzas me entusiasmaban; pasaba horas enteras aprendiendo los movimientos que la tropa ejecutaba. Sólo estuvieron en mi pueblo los carlistas, al mando de D. Basilio García, en 1836. Llevaba de segundo á D. Juan Manuel de Valmaseda, la mejor lanza del pretendiente. No temiendo á los hijos de los nacionales, llegué muy alegre á la plaza. Me vió el Moño, mozo de Ainzón, que se había incorporado á los carlistas, se creyó indigno de maltratar á un señorito como un alfeñique, y dijo señalándome á un muchacho que me llevaba media vara: ¡Dale á ese un *ñeque!* que canta patrióticas en mi lugar con su tío el *cusco*. Le miré con desprecio, escapé apesadumbrado de mi desventura, y pensé: «lo mismo sois todos». Después de medio siglo no he variado de opinión. Ni *cuscos* ni *facciosos* me dejaban ver la tropa.

Perseguido por carlista, sin serlo, no haría coro, como suponía el Moño á estrofas tan repugnantes como estas:

¿Qué es aquello que baja
por aquel cerro?
Las tripas de un faccioso
que lleva un perro.

Un carlista está malo
con calentura,
mátale una gallina;
dale la pluma.

En cambio, con la idea fija de ser militar, repetía á mi hermana:

Mañana me voy soldado
y no tengo escarapela,
dame una gota de sangre
de tu corazón, Manuela.

Los liberales, para insultar á los carlistas, les cantaban noche y día:

Digamos todos, con alegría,
viva la reina doña Cristina,
La que *rómpio* las cadenas
que oprimidos nos tenían.

En 1840 la echaron de España.

Los realistas de mi lugar, de 1823, repetían:

La niña bonita
que en Cádiz nació,
el aire de Francia
mala la *pusió*.

La copla da asco por antipatriótica. A blancos y negros se puede aplicar: Tan honrado es Martín como su rocín.

Un botiguero de Borja, usurero y liberal, palabras que riñen de verse juntas, no se atrevía á levantar el garrote á los labradores que iban á misa. Los insultaba cuando pasaban por la puerta de su tienda. Devanaba, arrimaba el ovillo á su único ojo y echaba el hilo á campás gritando:

Lo que Mina promete
lo sabe ejecutar,
y en su programa, dice,
Carlos no ha de reinar.

Infames, bribones,
Tunantes, malvados,
¿Queríais osados,
el trono usurpar?

El mercachifle fué á Zaragoza, los clerófobos, al ver su su cara afeitada, gran barriga, traje negro y facha, creyeron era fraile exclaustado y le arrimaron una paliza. Cuanto más gritaba, soy liberal, más fuerte le daban.

Mucho daño causaron lo que por antífrasis llamaban canciones patrióticas.

En Borja los liberales apalearon, hirieron ó mataron á más de doscientos que no lo eran.

Una noche llamaron á la puerta del cura de San Bartolomé. «¿Quién es?—preguntó la criada.—Que se asome el párroco y le diremos el nombre de un feligrés que se halla expirando», contestó uno, mientras otro apuntaba con una escopeta á la ventana. Apareció en ella la madre del sacerdote, la cual no permitió que éste lo verificase. El infame disparó al bulto. Vi el día siguiente el cadáver de la pobre anciana en la iglesia; se sacrificó por su hijo.

Muchos años después decía el cura de Magallón, ex capitán carlista: «Dios no permitió que ganáramos, porque los nuestros se hubieran vengado cometiendo tantos horrores como los liberales.»

Otros recuerdos tengo de chico relacionados con la milicia, á la cual profesaba afición decidida. Llegó á Borja una columna. El jefe de la caballería, alojado en mi casa, me enseñó fósforos que yo no había visto jamás. Quedé admirado de la invención y me dijo: «Al anochecer, antes que pongan la luz, te daré con ellos en la cara, y tus hermanos creerán que sales del infierno, que te vas quemando, y se asustarán.» Así sucedió.

Se reunieron en mi casa varios oficiales de un batallón de francos compuesto de la gente más perdida de Aragón. Uno de ellos recitó una composición romántica espeluznante,

muy de moda en aquella época. Nunca he olvidado la fisonomía asquerosa de un alférez. Sus compañeros contaban horrorizados que en el hospital de Cantavieja, cuya plaza carlista acababan de tomar, había degollado por su mano á una porción de enfermos y heridos partidarios del pretendiente después de tocarles las barbas y llamarles guapitos. Le volví á ver otra vez en Zaragoza. Se hallaba con un hierro de lanza en la mano cogido con un pañuelo de seda encarnada, gritando en la plaza de San Francisco. He muerto muchos facciosos; pero esta arma la guardo para acabar con los *estatutistas* ó partidarios del Estatuto real. A hiena tan infame la apellidaban Cortacabezas. De seguro era un cobarde. Lo raro es, y prueba la perversión moral del tiempo, que el general San Miguel no lo fusilara por la hazaña vil de Cantavieja.

Contaban que D. Evaristo San Miguel, exaltado liberal, muy instruido y humano, nunca tenía un cuarto. Su mayordomo y antiguo asistente le repitió tantas veces que era preciso disminuir los gastos, que, ya cargado le replicó el general: «Tienes razón. Comencemos: para hablar no se necesita luz.» Y apagó de un soplo la única vela que alumbraba la habitación.

Gran placer tenía yo en pasar á Ainzón, que era el pueblo de mi madre.

Llevaba la *paniquesa* en el pecho, me precedía el perro y me seguía el cordero. Me cogió en el camino una cuadrilla liberalesca de muchachos, me llamaron faccioso, me apalearon y lo mismo hicieron con el cordero, aunque yo les decía llorando: «Pegarme á mí, ¿qué culpa tiene el pobre animal? ¿Es también faccioso?» El perro escapó y me aguardó en un olivar de mi madre, término de Ainzón, frontera que mis enemigos, al perseguirme otras veces, no se atrevían á atravesar. Si se enteran que yo ocultaba en el pecho la *paniquesa*, hubieran tratado de matarla. La comadreja es un animal lindísimo y feroz. La mía bebía en mi vaso, comía en mi plato, dormía conmigo, se subía por el interior de mis pantalones y sacaba la cabecita

por la abertura de mi camisa. Yo llegué á ser conocido por el «chico de la paniquesa». Cuando quedé en un colegio de Zaragoza, la llevaron á Borja y desapareció. En Aragón, para manifestar la agudeza de alguno, dicen: «Es más vivo que una paniquesa».

Para regresar á mi lugar, un hermano de mi madre, jefe de los nacionales de la comarca, disponía me acompañara un criado famoso por lo bruto. Encendía fuego colocando yesca en los dientes superiores y frotando en ellos con fuerza la navaja. Para que lo verificase le decía yo: «Echa chispas, Bacarizo.» Más que los golpes sentía que me llamaran faccioso. «¿Soy yo faccioso?», preguntaba á mi buenísima madre. «No, respondía, jamás te has sublevado contra el gobierno, ni lo quiera Dios.»

Entre cuatro mozalvetes me agarraron por las piernas y los brazos para arrojarme al río Sorván si no gritaba ¡viva Isabel II! Me negué.

Unas lavanderas me salvaron de aquellos patrioterros en agraz, que después se declararon contra la reina cuando yo la defendía. Los vivas á personas y á sistemas políticos adulan ó hieren. Sólo debe gritarse ¡Viva España! La patria, que es inmortal. A los cincuenta y cinco años de este suceso, que prueba la intolerancia de aquella época, al pasar yo por la orilla del mencionado río, me preguntó una vieja:

—¿Se acuerda V. cuando la tía Coronela, mi madre, y otras mujeres, evitaron que lo tirasen al agua porque no quería V. decir ¡Viva la reina!

—Sí—la contesté sonriendo.

Ya que no puedo describir las escenas ridículas de los partidarios del rey absoluto, algunos le llamaban disoluto, y lo siento, pondré en solfa las de los liberales.

En Ainzón, situado á dos kilómetros de Borja, se celebraba la fiesta de San Sebastián, disparando brutalmente trabucazos desde el amanecer. Como gracia, quemaban la bandolera del santo que llevaban en procesión. A tales festejos se añadió en 1836 el inaugurar una lápida con la inscripción «Plaza de Isa-

bel II». Formaron cincuenta infantes de milicia nacional con pañuelo en la cabeza, faja ancha y calzones, más diez caballos que montaban los señores del pueblo vestidos de paisano. Entre estos, el albéitar, que por haber sido soldado, era el instructor. Un fraile, secularizado el año 20, predicó desde el balcón de la Casa Consistorial. Explicó la libertad, los oyentes no entendíamos gran cosa, y dió mueras á la tiranía. Los milicianos hicieron varias descargas al aire con gran disgusto de los gorriones, que habían regresado al pueblo creyendo no se repetiría el fuego graneado de por la mañana.

Después de tan solemne ceremonia, los peones se fueron á las tabernas, y los caballeros al bautizo del hijo de uno de los principales caciques. Al niño, que de hombre fué republicano, como todavía no habían echado de España á la reina gobernadora, le pusieron de nombre Cristino. Si naciera del 40 al 56 se habría llamado Baldomero, como Espartero. Adulaciones necio-políticas. Aquella tarde, en Ainzón, corrió el chocolate y el vino con más abundancia que el agua del río Luchán que rodea á villa tan pintoresca. Llegó la hora del baile. Damas, galanes, y algunos chicos, sufriendo el aire moncaíno que soplabá helándonos los huesos, esperábamos desesperados que abrieran la puerta del palacio municipal. El alcalde tenía la llave, no parecía, y lo pregonaron por todas las calles del lugar.

Comenzó el sarao, lo interrumpieron unos bárbaros en nombre de la libertad, querían tomar parte en la danza sin ser invitados, se asustaron las señoritas, fueron rechazados los salvajes, y cuando el baile se hallaba en su apogeo, un tío mío gritó exaltadísimo que el albéitar, resentido porque no le habían dejado penetrar en la sala, había montado en cólera y en su jamelgo, marchándose ¡qué horror! nada menos que á la facción. ¡Aquí fué Troya! Los nueve individuos restantes que componían la caballería de la Milicia nacional, ensillaron los jacos, y á escape, como estos eran mejores que el del veterinario, lo alcanzaron y trajeron amarrado. El profesor de táctica

no volvió á enseñarla á sus ingratos discípulos. Para lo que les hubiera servido...

Mi referido pariente, al contemplar extático la lápida de Isabel II, exclamó:

—¡Ojalá dure tanto como el escudo de armas sobre el que han esculpido el rótulo!

A los seis meses ocuparon por única vez los carlistas á Borja, y los pocos que había en Ainzón, rompieron la mencionada piedra. Lo mismo hubieran hecho con una estatua de Fidias. Nada hay más brutal que la guerra civil.

Un hecho horrible que oí por entonces, me impresionó fuertemente. Acusaron á unos señores de Calatayud de conspiradores carlistas. Eran inocentes, y la Audiencia de Zaragoza los absolvió. Se amotinó el populacho; los jueces, de miedo, los condenaron á muerte y los ahorcaron. Se lució la curia.

En Borja, desde que la conquistó Alfonso el Batallador, se celebra la fiesta de San Jorge, patrón de Aragón, comiendo la *culeca*, ó moña de pan de leche y huevos duros con ensalada de lechuga, en las orillas del Huecha ó en la ermita del Santo mártir. A cada niño le reparten su *culeca*, y á los que maman se la cuelgan de la faja que sujeta las mantillas.

Como los chicos imitan á los grandes, en mi lugar nos dividimos en partidos. Yo capitaneaba á los hijos de los que no eran liberales, ya que los de éstos me hacían la guerra injustamente. Enseñé cuanto sabía de milicia á los muchachos de mi barrio; los armé con fusiles de madera, y les hice gorras y cartucheras de papel. Un día de San Jorge, después de atracarnos de *culeca* y lechuga, formé mi infantil ejército. A su frente marché orgulloso al cabecico de la horca, así llamado desde que en él ejecutaban á los moriscos. En cuanto nuestros contrarios se apercibieron que tantos facciosos, según nos titulaban, seríamos media docena, se hallaban situados en tan formidable posición, se alarmaron, se reunieron y avanzaron resueltamente, con fuerzas muy superiores en número y calidad. Aunque en disciplina tirios y troyanos se llevaban poco,

los cristinos, como los antiguos baleares, iban armados de perigallos (hondas), de que carecíamos nosotros, y nos lanzaron una lluvia de piedras. Mis diminutos soldados, que lo eran más que los del bando opuesto, se mantuvieron firmes largo tiempo.

Para librarlos de una completa destrucción, simulé entrar en la ciudad por la calleja de Viñales, y burlé al audaz enemigo atravesando rápidamente el caudaloso Sorván por el cañico, con agua á la rodilla, sin perder un solo chico en tan famosa retirada, verificada con el orden más admirable. ¡Lástima que no haya tenido un historiador como Jenofonte!

Como los niños y los perros son más valientes al reñir cerca de donde habitan, introduje mis huestes á escape por el lavadero de una posada contigua á mi casa, deposité en mi huerto el armamento para defendernos mejor, y procuré valerme de los mismos proyectiles que usaban los liberales, parapetándome en el corral del referido mesón.

Los exploradores enemigos averiguaron la dirección que yo había tomado, reconocieron mi nueva posición, y el ejército de la libertad, aumentadas sus fuerzas con los que siempre se unen al que creen tiene más probabilidades de vencer, nos volvió á atacar con las mismas armas que al comenzar tan fiera batalla: á pedrada limpia. Los arrieros que había en la posada y algunos mozos de la ciudad, al vernos más débiles y en menor número, nos animaban; al observar que gente de pelo en pecho ayudaba á los contrarios, se pusieron de nuestra parte. Lo que al principio era parodia risible de lo que por desgracia sucedía en España, iba á terminar en tragedia y motín popular. A los gritos se asomó mi madre al balcón, se enteró, comprendió que quitando la causa desaparecería el efecto, acudió presurosa, me cogió prisionero agarrándome por un brazo, me dió varios pescozones y concluyó en el acto tan sangriento combate. Mis veteranos, sin jefe, algunos descalabrados, se dispersaron como bandada de pájaros.

Si María Cristina, con un decreto desarmó á quinientos mil

realistas, mi madre acabó una guerra civil liliputiense. Quemó, con hartó dolor de mi corazón, los fusiles de palo y las cartucheras de papel que encontró en el huerto. Hasta mi caballo de caña.

Lágrimas amargas derramé al perder la esperanza de reorganizar mis tropas y ver los objetos de mi entusiasmo convertidos en humo y ceniza. El 23 de Abril de 1836, fiesta del glorioso San Jorge, fué uno de los más funestos de mi vida. Ya no jugué más á los soldados.

A principios del siglo XIX era maestro de escuela en Borja el tío Bartos. Su hija, buena moza, se enamoró de un bobalicón aprendiz de barbero, raquítico y feo. Por robar habas en los huertos y metérselas en el pecho ó seno, le llamaban D. Babil Senadas. El maestro se pasaba de bárbaro; despreciaba tanto al pretendiente á yerno, que daba un cuarto, y no le sobraban, á los chicos de la escuela por que apedreasen al rapista. Si se negaban los azotaba. Tenían que elegir entre ser víctimas ó verdugos.

Al tío Bartos reemplazó el Sr. D. Claudio Ladrón de Guevara y Fuentes, como se titulaba pomposamente, aristócrata y liberal, lo cual prueba que, en política, la teoría suele andar reñida con la práctica. Hubiera arrimado un garrotazo al que le llamara tío Claudio: éste, inutilizado de ambas piernas, de muchacho hacía cuerda para alpargatas; su padre, contralto de la colegiata, le enseñó música. A Claudio, de la piel de Barrabás, le gustaban las hijas de Eva; no permitiéndole salir por la puerta para ir de rondalla, se arrojaba por la ventana, cayendo sobre la manta que cuatro mozos sostenían por las puntas. Lo sentaban en una espuerta que llevaban entre dos agarrada por las asas, y acompañaba con el violín á los que cantaban la jota. Si los mozos la emprendían á trabucazos con los de otra cuadrilla, y los miñones ó alguaciles del corregidor corrian tras los rondadores, quedaba abandonado el músico en la espuerta hasta que lo entregaban á su padre, que le daba una paliza inútil; jamás se enmendaba. Una mañana

de invierno le encontraron en un campo regado, sin más abrigo que el violín, y una noche, perseguidos los de la rondalla, lo escondieron debajo de un puente; pasaron por encima los fusileros, Claudio tocó la jota, volvieron atrás, nada vieron, y un inválido se burló impunemente de la fuerza militar, reclutada entre los jóvenes más robustos, altos, ágiles y valientes de Aragón. El cojo estudió para maestro de escuela, se hizo pedante, como les sucede á los pedagogos, aunque sean aragoneses, y, sin saberla, nos enseñaba la Gramática castellana: «Señores, nos decía con gran énfasis mirando al libro, se duplican las erres, en terra, terruño, terrenal, terrestre.» Tanta erre nos dejaba estupefactos.

Usaba gorra de castor en forma de mitra con larga visera, casaquilla de fricasiana, pantalón con estrecha portezuela, chaleco de colores muy vivos, y en el cuello pañuelo encarnado. De pequeña talla, corto el pescuezo, abultado vientre, pies y piernas disformes, tenía la cabeza hermosa, parecida á la de Nerón. Sus ojos eran grandes, el pelo negro, ensortijado, que recogía sobre la oreja izquierda, y en sus anchas patillas limpiaba el polvillo del tabaco que le quedaba en la mano después de picar y hacer el cigarrillo grave y pausadamente. Se daba tono para infundir respeto. Orgullosa, irascible y terco, se vengaba si podía de los bien formados seres, como hacen los que no lo son. A pesar de su soberbia, en Borja no le llamaban D. Claudio, sino el maestro cojo ó el cojo del contralto. Colgaba las disciplinas junto al sillón de moscovia, y azotaba brutalmente las desnudas carnes de los niños por el grave delito de distraerse al ver volar una mosca ó no responder acorde á una pregunta del catecismo del P. Ripalda. Otro instrumento de tortura nos causaba horror; la palmeta ó pala de madera. Temblábamos cuando el maestro se mordía los puños de rabia y nos miraba con los ojos inyectados en sangre. Al hijo de un molinero le llamó para pegarle; en lugar de acercarse, se arrojó por el balcón; mientras el cojo tomó las muletas y se asomó asustado, el chico había desaparecido. Los mu-

chachos de los labradores pocos llegaban á saber leer; comenzaban por hacer *fuina* (novillos) y concluían por no volver á la escuela. Los de los artesanos consideraban una felicidad que los pusiesen á oficio, y los de los señores el estudiar latín.

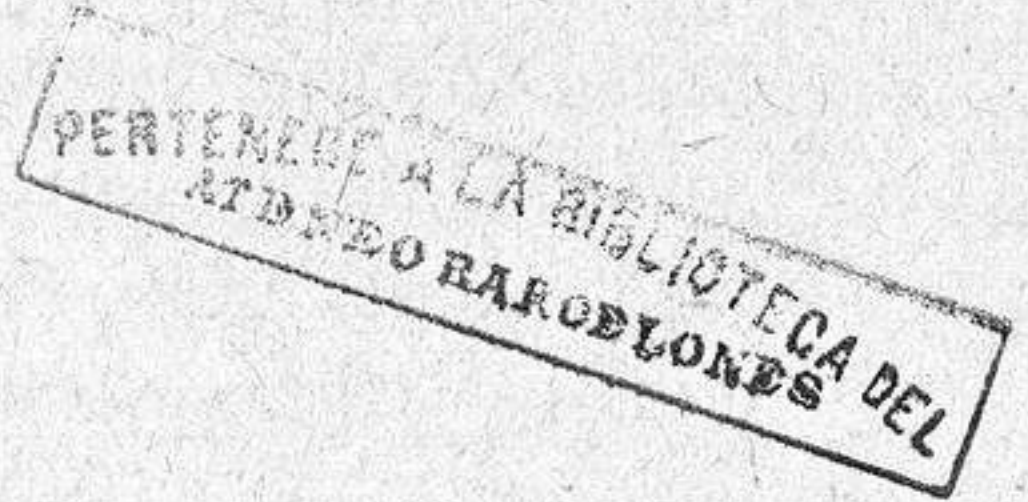
Solía tratar mejor que á los otros á un niño flaco, *esmirriado*, de escasos pulmones, que llamábamos «Vicio corrompido». Al leer en el Catón: «Hijo mío, hay en tu corazón una voz que te grita: ama á tus padres, y vivirás largos años sobre la tierra», se paraba á cada palabra y preguntaba: «Señor maestro, ¿descanso?» «Sí, descansa», respondía el tirano. No acostumbrados á tales dengues y embelecos, si al contraste de la voz hueca del maestro con la atiplada del discípulo, algún chico no podía contener la risa, la apagaba D. Claudio haciéndole bajar las bragas, que lo cogiesen á cuestras, lo acercasen al sillón, y levantándole el faldón de la camisa, lo azotaba con crueldad, sin conmoverle ayes ni lágrimas de la criatura. Ocurrían escenas cómicas. Si á una madre se le moría el hijo que amamantaba, de seguro en la escuela se sabría quién tenía un perrito para criarlo. El maestro nos permitía hablar cuando recibía visitas. Para imponer silencio, golpeaba la mesa con la temida palmeta, y preguntaba con voz estentórea: «Señores, ¿sabén Vds. dónde hay una perra parida? Señores, ¿han visto Vds. algún perrito? — La tía Pocapena tiene uno muy magico. Culinabo lo dice», respondía una vocecita. Ladrón de Guevara, dirigiéndose gravemente á la infeliz mujer, añadía: «Ya sabe V., la tía Pocapena, en Barrio Verde, posee lo que desea.»

Mientras vivió Fernando VII, el maestro nos llevó al sermón en cuaresma, los domingos á misa, y precedidos de un estandarte, en dos hileras, con los brazos cruzados, á la plaza, donde recitábamos la doctrina, que escuchaban con religiosa atención los labradores embobados de nuestra sabiduría, mientras sus hijos, huyendo de D. Claudio como del demonio, se entretenían en coger nidos, nadar en las albercas ó apedrearse. Vida deliciosa que los más civilizados envidiábamos.

Si al marchar por la calle recitando el Credo decíamos por casualidad: «Descendió á los infiernos», al mismo tiempo que el maestro añadía: «andar pronto», para que aligeráramos el paso, las baturras creían deseaba nos condenáramos, y exclamaban: «¡Si el cojo es mucho malo, mucho malo!»

En cuanto se oyó cantar en Borja:

Reina gobernadora,
Cristina de Borbón,
castiga á los *carlistas*
y tendremos unión,



desarmaron á los realistas; los sustituyó la milicia urbana, que en urbanidad y utilidad corría parejas con la anterior, y el feroz Ladrón, liberal ó cusco, puso en la escuela el retrato, en mala litografía iluminada, de Isabel II.

El nuevo régimen, afortunadamente, prohibió las disciplinas y palmeta, armas ofensivas del cojo. No vistió el uniforme de cristino, ni pudo jugar á los soldados por su completa inutilidad para la guerra; pero era tal su entusiasmo, que en cuanto había alarma en Borja, entre su mujer, otra de sus víctimas y un animal de sobrino que le servía de pasante y mozo de cuadra, lo montaban con gran fatiga en un mal penco.

El señor maestro empuñaba una muleta á guisa de lanza, llevaba el sobrino la otra al hombro como si fuera un fusil, y se refugiaban en el ex convento de capuchinos, fuerte que no llegó á utilizarse, porque la única vez que los carlistas entraron en Borja, los milicianos se salieron, subiéndose á Moncayo. Lo llamaban fuerte y era flojo. Trabajaron en él sin cesar los siete años que duró la guerra civil. Siempre que trataron de llenar el foso de agua se filtraba, y como las trompetas de Jericó, hacía caer las murallas. Al reconocer fortaleza tan inexpugnable, el coronel de Estado Mayor, D. José María Cistué, pariente mío, exclamó: «No lo tomarán..., si no lo atacan», guardándose de decirlo á los exaltados patriotas que por su brutal intolerancia consiguieron que cuatrocientos jóvenes sumisos al

gobierno, en una población de cuatro mil almas, se marchasen á morir por D. Carlos, que si venciera, les habría pagado como Fernando VII á sus padres. Casi todos lo verificaron al siguiente de un día de fiesta que los liberales santificaban manejando el garrote. Pasaban el Ebro por Cortes, en una yegua que después volvía sola. En la última guerra civil, que no apalearon á los de ideas religiosas, hasta salía el rosario de la aurora; había trescientos soldados de Borja en el ejército liberal y seis en el carlista. Dirigieron las obras del inacabable fuerte de Borja un capitán retirado y el jefe de la milicia, acérrimos partidarios de la Constitución del 12 y muy aficionados á las mozas de cántaro, que perseguían con más entusiasmo que á los facciosos. Ambos ignoraban que hubo un conde Pedro Navarro, célebre ingeniero, aunque el capitán tenía igual apellido. Como tela de Penélope, pasaron el tiempo haciendo y deshaciendo.

«Chochorro, preguntaba el paisano al albañil, ¿quién ha mandado abrir estas aspilleras?—D. Tadeo.—¡Qué bruto! Tápalas.» En seguida llegaba el militar, y decía: «¿Qué zopenco ha dispuesto eso?»—D. Juan.—¡Si sabrá de milicia, como yo! Cuando caí prisionero en 1811, en el asalto de Tarragona, repetía el veterano por la milésima vez, el mariscal Suchet nos gritó furioso, apuntándonos con el bastón: *Pum pum fusillé*. Que nos fusilaría si tratábamos de escapar. Fué lo único que entendimos al gabacho. Yo pronto me las guillé.—D. Tadeo (le interrumpía Chochorro): ¿ese franchute sería albéitar?—Bárbaro, general.—Como le llama V. *meniscal*...

En la escuela, cuando hacía calor, nos atormentaban las moscas y la sed. Si se volvieran pájaros ¡qué gusto!, las cazaríamos, pensaba yo mirándolas, y si saliese aquí en la pared junto á mí, un *chorrico* de agua, haría lo mismo que la mula blanca del santuario de la Misericordia, que para beber coge siempre con la boca el caño de la fuente.

El día más feliz para los chicos de la escuela, era cuando el aborrecido maestro celebraba su santo. A cada uno nos da-

ban una tajada de melón por la mañana, y no le veíamos la cara por la tarde. Había asueto.

En el convento de franciscanos de Borja comencé á estudiar latín con el P. Magallón, pobre de espíritu, lleno de escrúpulos. Castigaba porque creía en la máxima de entonces que la letra con sangre entra. Lo echaron del claustro, y quedó en la miseria. Después daba lección á sus antiguos discípulos; con dos pesetas que cada uno le abonábamos al mes, se mantenía el infeliz, y al verse solo en el mundo, sin amigos ni parientes, perseguido, lo mató la pena al poco tiempo. Fué víctima del triunfo de sus ideas. Era liberal.

Debieron disminuir el excesivo número de frailes, disponer se dedicasen á la beneficencia y enseñanza; nunca en nombre de la libertad asesinarlos civil ó materialmente, ni destruir los monasterios que encerraban preciosidades artísticas, orgullo de la patria. La expulsión de los monacales aumentó la guerra civil, que ya ardía, más por la religión que por la política. A los que se batían por D. Carlos, poco les importaba el gobierno absoluto ó representativo que los más no comprendían.

Pocos éramos los que en Borja estudiábamos latín, y menos los señoritos ó mainatillos, como nos llamaban por burla los demás.—Mamá, decía yo á la mía.—¿Por qué no me compran unas *alpargaticas* como llevan los otros chicos? Estos se hubieran avergonzado de vestir como yo.

En el reinado de Fernando VII se pagaba en Borja al maestro de escuela 90 duros al año y 60 al de latinidad. Los niños abonaban, si sus padres podían, una peseta mensual. Al presente cuestan los profesores 2.000 duros, y, según los liberales, se halla más atrasada la instrucción. En cambio se ha aumentado el orgullo de los pedagogos, que como sabios á medias son una calamidad. En 1868 la mayoría fueron revolucionarios y la república los dejó sin comer. Desde que asoma la punta de la oreja el partido anarquista, se nota la reacción hacia la enseñanza dada por los institutos religiosos.

UN SOLDADO VIEJO.

EL VIAJE POR ESPAÑA

En qué consiste el cosmopolitismo.—La imitación y la copia.—La fonda moderna en España.—Volvamos á la tradición.—La fonda-hospital.—Los ferrocarriles.—Concepto *penal* del viaje.—El cigarro.—El reservado de señoras.—El retraso.—Las aduanas.—Los billetes circulares.—Riqueza artística de España.—Las señoras que viajan.—Nuestra complejidad.—Atractivos del viaje.

SI se me ocurriese dedicar este estudio, lo dedicaría á los extranjeros que acometen la empresa de recorrer nuestra patria, sin arredrarse ante las contradictorias y tal vez alarmantes noticias esparcidas en los relatos de los exploradores que ya dieron felice cima á la hazaña, y sin preocuparse por la falta del indispensable *vademecum* del viajero moderno, la guía Bœdeker, que España no posee, ni lleva trazas de poseer nunca, como tampoco la poseen Portugal, Rumanía, Bosnia, Servia, Bulgaria, Montenegro, Grecia, ni Turquía... ¡Triste similitud!

No vacilo en afirmar que el viaje por España es tal vez el más deleitable que puede realizar una persona dotada de cultura y de conocimientos en arte y en historia, siempre que esta persona sea capaz de prescindir de ciertos hábitos que constituyen la rutina de la vida civilizada actual. El saber salir del camino trillado y el no atribuir excesiva importancia á tal sacrificio; diré más, el encontrar estímulo y goce en va-

riar temporalmente de costumbres ó en no tener ningunas, es, á mi ver, signo de vocación cosmopolítica y de superioridad. Siempre he entendido que la esencia del cosmopolitismo ilustrado no consiste en extender por todas partes una capa uniforme y antipática, á modo de baño de azúcar ó á guisa de enlucido que tapa las rudas esculturas de los templos viejos; por eso jamás hice coro á los que piden para España (pensando remediarlo todo con tan socorrida fórmula) «hoteles á la francesa ó á la inglesa...», á fin de que los extranjeros «no echen de menos perfil alguno».

No está el ideal, para un extranjero algo inteligente, en llegar á Madrid, y que un *garçon* idéntico al que le sirvió la última comida en el *Hotel du Louvre*, le presente una exacta reproducción de aquel *vol au vent*, cuya indigesta hojaldre aún le pesa en el estómago. Deben adecentarse, pulirse, arreglarse mucho—¡quién lo duda!—los mesones y posadas españolas; pero sin perder el aire de mesones y posadas; sin olvidar el tono castizo, rancio, cordial y abierto, que es nuestro sello nacional.

Es error suponer que en toda Europa hay un tipo común de hospedaje. Italia, por ejemplo, conserva el *albergo* y la *osteria*, que no se parecen al clásico hotel francés: en Francia misma abundan las *maisons de famille* y las *pensions bourgeoises*, no siempre tan misérrimas y angustiosas como la que describió Balzac en *Le Père Goriot*: los hoteles alemanes y suizos tienen su fisonomía propia, y lo mismo puede decirse de los austriacos; siendo de notar que los pueblos que propenden á aceptar la civilización definida y cerrada como un dogma—España, Portugal, Turquía—son los que á la letra *copian* el modelo francés, tomándolo por el límite de la perfección, y reconociendo humildemente el propio atraso, sin ver que para adelantar bastaría ir reformando con perseverancia y sensatez lo tradicional de cada país.

No hay nación alguna que, si busca bien, no encuentre en sí misma base y elementos para todas las formas de su

actividad. Se importa y se imita, por pereza de discurrir, de ahondar en nuestro terruño, en nuestra inagotable mina. Así se ha podido dar el caso de que en un país como España, donde existen tantos y tan bellos ejemplares de casas fuertes, de palacios, de castillos, de quintas, de alquerías, de patios, de claustros, de miradores, no sólo elegantes en su planta y adornos, sino adecuados á las condiciones del clima y á los materiales de construcción, haya podido llegar á ser frecuente, habitual casi, sobre todo en el campo y en balnearios y *villas*, la edificación al estilo suizo ó francés, abundando los *chalets* y los mezquinos castilletes *a pignons*, como si no fuese cien veces más lindo—bajo estos cielos y sobre el fondo de estos paisajes—la casa de arquería catalana y aragonesa ó el serio y familiar caserón del Norte y Noroeste, con sus graciosas paredes saledizas, sus pintorescas balconadas y sus robustos torreones cuadrangulares.

Es lo peor de las importaciones, que jamás son completas; pues la planta indígena, más vigorosa, si no ahoga enteramente á la planta importada, por lo menos la disputa siempre el derecho de vivir. Cultivar la indígena para que rindiese sazonado fruto, sería más fácil que aclimatar la forastera. Del hospedaje francés, lo que han podido asimilarse las fondas españolas se reduce á exterioridades y apariencias, sin resultado práctico para el bienestar de los huéspedes. En esto de hospedaje hay una *mentira convencional*, contra la cual debemos sublevarnos. La receta francesa mejor aprendida aquí, es la de cobrar aparte y por las setenas hasta el agua. Con esto; con vestir á los camareros un mugriento y desfigurado frac; con decorar exagerada y churriguerescamente comedores y salas de lectura; con un necio lujo en muebles inútiles; con meter por los ojos una cartulina llamada *Menu*, donde en nombres pomposos y estropeando la ortografía francesa se inventaría diariamente la comida, y otra cartulina un poco más larga que contiene el índice y precios de los vinos, y con un cocinero maleta que parodie los guisos traspirenaicos y no sepa freir

unas magras á la antigua española... cátrate el *gran hotel* hecho y derecho.

Para ejemplo, citaré, pues acabo de padecerlo, el aparatoso *Términus* de Bilbao, que pasa por el mejor hospedaje de una capital tan adelantada, rica y hermosa como la de Bizcaya. Al pronto, os seducirán quizás (á mí no) sus arrequives, sus anchas vidrieras, sus divanes de terciopelo, sus alfombras, tanta colgadura, tanto fleco y tanto moño. Fijaos y veréis que todo ello, lejos de contribuir á la comodidad del viajero, le perjudica y le molesta. Las alfombras, en tiempo de verano, abrasan los pies. Las colgaduras y muebles de terciopelo sofocan, impiden la ventilación, y además son depósito y arsenal de todos los gérmenes infecciosos que pueden haber dejado como huella de su paso los desconocidos que os precedieron. La pesada decoración del comedor contribuye á que se condense y perpetúe allí el repugnante olor á comida, inconveniente grande de tales sitios. Traer á nuestro clima templado estas espesuras de mobiliario que nacieron en Inglaterra, es errarla, pues en cada nación las fondas, si han de hacerse tolerables, no pueden ser otra cosa sino *la vivienda particular y peculiar del país, modificada con arreglo á las exigencias del hospedaje*.

Profundizad un poco en esas fondas de relumbrón como el *Términus*, y veréis que lo sólido, lo útil, lo *confortable* del trato extranjero falta absolutamente. Os servirán por la mañana el apetitoso desayuno á la francesa, el café con leche, manteca y pan, en sus relucientes jarrillas de Ruolz y tazas de loza blanquísima: pero el café y la leche vendrán fríos, el pan será ordinario y añejo, la manteca escasa y rancia, con lo cual el café indefectiblemente se os quedará sentado en la boca del estómago. Lo único que pertenece á Francia son las jarrillas y las tazas, el nombre ampuloso de *café complet*, y el cobrarlo á peseta. ¿No valdría más un chocolate á la española, y aunque fuesen unas sopas de ajo, *buenas en su género?*

En esos aposentos tan bien provistos de colgaduras y de

lavabos monumentales, faltan otros muebles indispensables para el aseo; no encontráis un espejo donde os veáis para haceros la *toilette*, os dan una sola toalla para cara, manos y cuerpo, y las perchas andan por las nubes. En ese hotel tan caro como los más caros de Alemania y de Suiza, es inútil que busquéis al inteligente funcionario, que, siempre en el *bureau*, se encarga de informar al viajero de cuanto puede interesarle, de ahorrarle molestias y de evitar que le exploten y engañen. Llega el viajero al *Términus* (sigo tomándolo para ejemplo, porque es fonda de grandes pretensiones), y se ve rodeado, en su misma habitación, de una especie de kábila aulladora de mozos que le exigen, por el transporte de su equipaje, fantásticas sumas. Reclama el asaltado la tarifa, y le responden que las tarifas son desconocidas en Bilbao: todo á presencia de los empleados del hotel, que se frotan las manos, sonrien y callan, aunque saben muy bien que la tarifa existe, y probablemente la tienen en la faltriquera. ¿No es cierto que en lugar de cortinas, molduras y demás perendengues, preferiría el viajero que no se le dejase ser víctima de la grosería y del abuso?

También han aprendido estas fondas de otras francesas—no de las más serias ciertamente—la maña de introducir *gazapos* ó *equivocaciones* en la cuenta, y resistirse á presentarla hasta última hora, cuando, tasado ya el tiempo para coger el tren, el viajero no puede rectificar. Nada de esto recuerda el carácter del antiguo hospedaje español, basado en una buena fe que á veces rayaba en desprendimiento hidalgo. A esas tradiciones tienen que volver la fonda, el parador y la casa de huéspedes en nuestro país, dejándose de imitaciones *manquéés*, y haciendo consistir el lujo en el buen trato. La manía de vestirse al último figurín francés ha de ceder el paso al convencimiento de que lo *nuestro* es excelente si se perfecciona, si toma de lo moderno lo que prescriben la conveniencia y la razón, el concepto general del progreso y las especiales exigencias del país.

En la cocina de las fondas amaga una revolución. Es fuer-

za reconocer que algo significa el hecho de que, á los pocos días de vivir en fonda, se note tal cansancio en el estómago y cause la pitanza tal repugnancia y hastío. Al parecer, no hay qué pedirle á la mesa de las fondas (hablo de las caras): la lista es completa y escogida como la de un banquete, los platos bien presentados, correctamente combinados, incitantes. Sin embargo, no tardarán en inspiraros tedio profundo. Pronto diréis que lo mismo sabe lo asado que lo frito, ó, por mejor decir, que nada sabe á nada. Un viajante ducho os revela el secreto: es que en esta pseudo-cocina francesa *no se guisa*: se cuece todo: hay preparadas unas salsas de diferentes colores que se reparten sobre los manjares, y al avío. Ignoro si cuenta verdad el viajante, pero lo seguro es que la comida actual de las fondas no se puede digerir. El remedio consistiría en aplicar el principio de que el *hospedaje* no es sino la extensión de la *casa particular*, y cuanto más se acerque á este tipo, más agradable será á los huéspedes. Den, pues, una comida sana, suficiente, y delicada, y hasta golosa si se quiere; pero, en España, no á la francesa, y mucho menos á la francesa echada á perder.

Acaso me van á motejar de que quiero restaurar la donosa venta del *Quijote*, ó las casas de pupilos con pupileras benéficas y sentimentales, de que tanto partido han sacado los autores cómicos: y digo que, mal por mal, tal vez éste sería menor. La irreflexión, la falta de sentido común, esteriliza recomendables esfuerzos que se han realizado para dotar á nuestro país de nidos donde el ave de paso descansa gustosa. Tentativa muy laudable me parece la del marqués de Castrillo al construir en Toledo un edificio *ad hoc* para fonda; Toledo era, al par que la ciudad más renombrada y visitada por su riqueza artística, la de peores y más fementidos hospedajes de toda España. Lo que ya no considero tan acertado es que al edificar el *hotel* se invirtiese un capital en una fachada de lujo, en un patio de estilo, en decoración de paredes, en techos artesonados, etc. A ese capital habrá que sacarle el interés, y

claro está que el interés lo pagará el viajero,—lo paga, mejor dicho, pues nada de barata tiene la fonda.—Ahora bien; el que visita á Toledo, no necesita zarandajas decorativas donde se hospeda: va á ver arte verdadero, antiguo, maravilloso, en cada templo, al revolver de cada esquina. Lo que le conviene á ese viajero, que lleva el tiempo tasado, es que no tarden dos horas—verbigracia—en servirle una comida. Un casón muy aseado; una pitanza sencilla y suficiente, servida en un decir Jesús: he aquí el ideal del viajero en Toledo.

Mi criterio en esta cuestión de hospedajes acaso es diametralmente opuesto á las corrientes del gusto actual. Me fastidian en las fondas los adornos, los dorados, los estucos, los similibronces; paredes rasas, pisos encerados, *frecuente desinfección*—tal sería mi sueño. Jamás he podido olvidar el triste fin del insigne actor, gloria de nuestra escena, á quien en una fonda dieron el lecho, tibio aún, de un varioloso, comunicándole así el horrible mal que en pocos días le arrebató de este mundo. Si por cierto estilo la fonda debe asemejarse á la *casa particular*, por otro debe tener algo, y aun algos, del *hospital*... la base aséptica... y no se rían ni se asombren los que lean esto: las fondas, por medida de buen gobierno y salubridad pública, convendría que fuesen reconocidas á menudo, oreadas, fumigadas, vueltas patas arriba, echadas en lejía, por decirlo así. El que crea que estos son melindres, dígame por su vida si ha reparado el tufillo de los comedores y cocinas, el ambiente peculiar de los dormitorios de fonda.

A fe que poco tengo de melindrosa, y no he de ponerme en contradicción conmigo misma, pues empecé diciendo que para viajar es inevitable prescindir de hábitos y sibaritismos. Significaba tal advertencia que sé preferir el placer y la enseñanza del viaje, al temor de las molestias que el estado actual de los hospedajes trae consigo; y repito que el goce del viaje por España—sabiendo paladearlo—recompensa con creces semejantes molestias y otras más insufribles. Lo que me mueve á borrar estas observaciones es el hallarme persua-

dida de que si España no es tan visitada como Alemania, Italia y Suiza, consiste en que nada ó casi nada se emprende para facilitar la venida y hacer agradable la estancia á los viajeros. Las colectividades más interesadas en ello ni aun dan muestra de que les preocupe el asunto.

Ahí están, sin ir más lejos, las empresas ferroviarias. No quisiera repetir por centésima vez eternas quejas ó acusaciones irreflexivas: no obstante, me sería difícil aprobar los procedimientos y la organización de nuestros ferrocarriles. También en esto erramos por ajustarnos servilmente al tipo francés. Hemos adoptado sin examen su absurdo sistema de factaje, su desconfianza injuriosa demostrada por los *andenes cerrados*, sus peligrosos estribos, sus incómodos vagones. Inglaterra y Alemania nos ofrecerían mejor modelo que imitar. Hoy, en algunas estaciones francesas, se permite pasar al andén á toda hora, y se anuncia en un gran cartel que la circulación es libre, á la vez que se ruega al viajero que tenga el mayor cuidado para no sufrir algún accidente á causa del frecuente tránsito de los trenes.

En España se cree, y se dice, sin reparo, que las compañías ferroviarias, eligiendo sus bien retribuidos consejeros entre los personajes políticos, han buscado un pararrayos, un antemural, un medio de tener siempre razón contra el público, y de sacarle todo el jugo. Como no estoy haciendo un estudio económico, no me corresponde indagar el por qué, á pesar del calor y del amparo que en las esferas oficiales hallan las empresas, casi todas se encuentran en nada próspera situación. No poseo datos en lo que se refiere al transporte de mercancías; pero limitándome á los viajeros, cabe asegurar que si en España se viaja tan poco, en gran parte se debe á que el viaje todavía no ha perdido aquí su carácter *penal*; á que aún es contrariedad y no recreo, y mucho menos hábito ó *necesidad de cultura*; á que los que viajamos *porque sí*, por ver un monumento, una ciudad arcáica, una región pintoresca y curiosa, somos una exigua minoría, tan exigua, que probable-

mente nos ganamos el dictado de caprichosos y extravagantes, sobre todo cuando para viajar así compramos en la taquilla nuestro billete.

A que el viaje sea mirado como adversidad contribuye la mala disposición, la poca comodidad y seguridad de nuestras vías férreas. Un día y otro clama la prensa contra la traza de los compartimientos, que se presta á los golpes de mano de los malhechores; contra la falta de timbres de alarma, que algo podrían evitar este inminente peligro: contra la carencia de frenos automáticos que está dispuesto lleven todos los trenes, y contra el descuido del servicio y la escasez de personal, obligado á trabajar más de lo que permiten sus fuerzas. El decreto de hace cuatro años, acerca de la seguridad de los ferrocarriles, sólo en mínima parte se ha cumplido. En las líneas más importantes, como la del Norte, el material está anticuado y en un abandono lamentable: sucios y recios de bajar y subir los vidrios, empolvado y asqueroso el forro de los departamentos, y la lámpara que se enciende para de noche y para los túneles, exhalando pestífero tufo. La diferencia de precio entre las tres clases no guarda relación con la diferencia de comodidades y ventajas: los vagones de primera carecen de lavabos y de *closets*: por eso son tan frecuentes los accidentes por caída al saltar del vagón, deprisa, en estaciones donde el tren apenas para, y por eso florece la modesta industria de las palanganas al aire libre, donde se lavan cara y manos, entre dos pitadas del tren, los cuitados que van hechos unos deshollinadores.

Al revés de Francia, en que hay un solo departamento para fumar, en España tenemos uno solo para no fumar, ó sea para que se acojan á él las personas á quienes mortifique ó dañe el humo del tabaco: lo cual habla poco en favor de la delicadeza de nuestros sentidos, pues en un espacio tan reducido como el de un compartimento, y cuando tan mal y tan de mogollón se come como se suele comer en las estaciones, increíble parece que soporte ningún estómago la atmósfera apestosa y densa

del cigarro, unida á la respiración y al agobio de la gente. Convendría que se aumentasen los departamentos de no fumadores, y que los hubiese en *segunda* y en *tercera*. La mala crianza está tan arraigada aquí, en lo tocante al cigarro, que en Madrid la acertada prohibición de que se fume en el interior de los tranvías ha encontrado más oposición que aplauso, y ¡quién lo dijera! ¡suele alborotar la bilis á las mismas mujeres, que no fuman y que son víctimas del sahumero!

Un compartimiento, de primera, se destina á reservado para señoras, y debo confesar que las preocupaciones de la mujer española son causa de que ese suela ir vacío, porque pocas se determinan á aprovecharlo, sobre todo si lo ven desocupado y temen ir enteramente solas. Siempre protestaré aunque se me diga que en el extranjero pasa lo mismo, de que sólo exista reservado de señoras en la clase de primera. Escatimad enhorabuena á los que pagan menos el aparato y hasta el regalo, y si queréis, aunque esto ya parece menos justo, la estricta comodidad; pero no hay derecho á establecer diferencias cuando se trata de la honra, del pudor y de la vida. Un pasajero de segunda y de tercera no por eso ha de ir más expuesto á descarrilar, ni á sufrir, si es mujer, ultrajes ó demasías. Razón de pie de banco se me figura la de que en otros países tampoco hay reservados sino en primera. En Francia ya he visto que hay en segunda reservados para señoras; pero supongamos que no los hubiese: lo que dictan la razón y la moral, no hay que preguntar si lo hace el vecino.—Es de advertir que en España, quien no viaja en primera de fijo es por absoluta imposibilidad, pues aquí apenas desciende á segunda nadie que pertenezca, no ciertamente á la aristocracia, sino á la llamada burguesía. La contribución impuesta por las tarifas de las empresas á la vanidad de los viajeros es de segura cobranza; y digo á la vanidad, porque en comodidad, sobre todo en verano y no teniendo que pasar la noche, poquísima ventaja lleva la primera á la segunda, y de seguro no compensa la crecida diferencia de precio en el billete.

Adolecen también los ferrocarriles españoles de lentitud en su marcha, y de no combinar jamás los itinerarios en favor del viajero, como si para nada hubiese que tener en cuenta esta consideración. Citaré, por ejemplo, la detención molestísima impuesta á los viajeros en Venta de Baños, cuando vienen por la línea de Miranda á León, Santander, Asturias y Galicia. Siete horas mortales, de las más intempestivas de la noche, tienen que aguardar en un fondín de estación, hasta enlazar con el tren que baja de Madrid. Es inverosímil que no pueda arreglarse de manera que la parada se evite, ó, al menos, que sea en una población, verbigracia, en Palencia. Estas detenciones en tales sitios y á tales horas, prolongan el viaje, recargan su coste y duplican sus inconvenientes: además irritan, pues se diría que obedecen al prurito de hacer el caldo gordo á un fonducho cualquiera, proporcionándole clientela segura y forzosa.

Como modelo de desconcierto y acumulación de dificultades buscadas á mano, también debo citar el viaje, tan sencillo y rápido si hubiese un adarme de buena voluntad en las empresas, de los pueblos de la frontera española á los de la frontera de Francia. Están los trenes embrollados de tal modo, que se invierten más de cinco horas en trayectos como el de San Sebastián á Biarritz, factible en hora y media; y á no morir de hambre ó llevar la meriendita, hay que rendir tributo á los *buffets* de Irún y de Hendaya. Se me dirá que Francia es cómplice de tal desbarajuste. Ya he dicho que mal de muchos, consuelo de bobos; que no me gusta tomar el brazo del vecino si puedo ir derecha yo sola; que en muchísimas cosas encuentro á Francia estacionaria y hasta opuesta al progreso, y que, por otra parte, Francia ni es, ni ha sido nunca, nación amiga de viajar y entendida en como se viaja bien.

A los ferrocarriles hay que exigirles perfección, por ser invento moderno, hijo de nuestro siglo, y en el cual la lógica no tiene que combatir ilogismos tradicionales. Si los ferrocarriles dan carta de ciudadanía á ciertos abusos y se estancan en pro-

cedimientos defectuosos y se empeñan en perpetuar malas mañas, no podrán alegar que es porque *siempre fué así*. ¿Qué razón hay, por ejemplo, para que con tiempo hermoso y sin encontrar obstáculos en el camino, los trenes españoles (especialmente el llamado *gallego*) anden retrasados? ¿No ha de suceder nunca el milagro de que sean puntuales? He visto á este tren gallego retrasarse más de dos horas sin pretexto ni excusa alguna, para mermar después los minutos concedidos en las estaciones donde hay fonda, y recuperar lo perdido dando velocidad en las pendientes y exponiendo la vida de los viajeros, por ahorrar un poco de carbón.

Hoy también importuna á los viajeros la recrudescencia de las precauciones contra el fraude en aduanas. No soy libre-cambista, pero esto del registro conozco que es malo de sufrir algunas veces. El viajero que sale de Madrid y en Zaragoza le someten á registro; continúa de Zaragoza á Barcelona, y se repite el registro más minucioso y más impertinente; va de Zaragoza á San Sebastián, y otra vez es registrado; sigue á Hendaya, y vuelta á registrarle, esta vez con más misterio... no es mucho que se dé á Barrabás. Sobre todo, el registro empalmado de San Sebastián y de Irún, á sesenta minutos de distancia dentro de una nación misma... es para sacar de quicio al mismísimo San Cayetano, abogado de la paciencia. ¿Por qué un sello aplicado á la cubierta de los baules, y si se quiere el pago de una módica suma en cualquiera de las dos aduanas, no había de evitar la repetición del registro al infeliz que va rendido, ansioso de descansar, y tiene que exhibir segunda vez hasta el saco de la ropa menos limpia y sostener polémica por si está usado ó nuevo un par de botas?... Acrecienta y agrava la contrariedad que ocasionan tales expurgos la idea de que, mientras zarandean así á los que no tenemos por costumbre contrabandear, burlan la vigilancia los que más pecado habían, y se oyen historias reideras, buenas para que las ponga en música Chapí...

En esto de no importunar á los que por su cara, porte y

volúmen de equipaje dicen á las claras que no son contrabandistas, puede hacer mucho, y reconozco que hace bastante, la experiencia y la buena intención de los empleados de la aduana, siendo preciso confesar—y es confesión gustosa—que si su discreción no mitigara algo los rigores de las disposiciones vigentes, el paso de la aduana equivaldría á verdadero martirio. No pueden, sin embargo, evitar los empleados, por más excelentes que sean sus propósitos, que el tren que viene de Francia y sigue á España eche á andar apenas comienza el registro, y se queden los míseros viajeros detenidos nada menos que tres ó cuatro horas, y obligados—¿será lo que se trataba de demostrar?—á comer en el *buffet* de Irún.

Por lo que voy diciendo, se comprenderá que los ferrocarriles españoles no están precisamente consagrados á facilitar los viajes, y que si al natural de esta tierra le esperan desazones cuando viaja por ellos, mayores las ha de arrostrar el extranjero. Podrían ser auxiliar inestimable del *turista* por España unos billetes circulares, como esos de incitante itinerario y notable baratura, que se expenden para recorrer Alemania, Italia, Austria y Suiza. Hace pocos años, no más que dos ó tres, se anunciaban en las *Guías* españolas de ferrocarriles billetes de este género, bastante completos y económicos (nunca tanto como los de Alemania é Italia), pero sin duda la innovación no dió resultado, pues los billetes circulares se han ido reduciendo, y ya quedan poquíssimos, de los menos atractivos quizá, y acaso el año que viene se suprimirán también. Tienen los viajes circulares españoles el defecto de partir de la frontera ó de la capital limitando así el número de las personas que puedan aprovecharse de las ventajas.

Estas variaciones desventajosas, me traen á la cuestión del por qué no se publica para España la utilísima *Guía Baedeker*. Los editores de tan servicial libro, he oído decir que no creen que en España haya nada estable y duradero, ni precios que no se alteren, ni combinaciones que se sostengan; y en la imposibilidad de ofrecer al viajero informes de total exactitud,

renuncian á la publicación de ese tomo de la *Guía*, que había de ser menos formal que sus hermanos.

Realmente, en España los ferrocarriles no prestan gran servicio al viajero artista y curioso, en quien pienso al escribir estas páginas. Nuestra *red* es de mallas clarísimas y por muchos puntos hállase interrumpida y rota; son bastantes las ciudades de primera importancia artística — verbigracia, Santiago de Compostela—á las cuales no se llega sólo por ferrocarril; y los ramales escasean de tal modo donde no los crearon apremiantes necesidades de la industria, que comarcas de las más encantadoras no escucharon todavía el silbido de la locomotora ni el traqueteo del tren en marcha. Es preciso tener en cuenta que en España existe un caudal de arte imposible de calcular, imposible de agotar, y que el pueblecillo más olvidado, más arrinconado, más apartado del movimiento civilizador, encierra á veces preciosidades ó conserva recuerdos históricos muy altos. Cuesta trabajo convencerse de que, —después de tantas y tan asoladoras guerras, de tan incesantes disturbios; después de la rapacidad sistemática de los invasores franceses; después de la oleada de la barbarie exclaustradora, de los incendios y saqueos que la acompañaron; después de los destrozos causados por la ignorancia del mismo clero, que enajenó y enajena prodigios; después de las incautaciones y derribos que sugirió el vandalismo revolucionario; después de las continuas y fructuosas *tournées* de los anticuarios que compran aquí y revenden en el extranjero y todo lo escudriñan y apandan,—queda aún gran cantidad de riqueza en la iglesuela más humilde, en el lugarejo más oscuro y pobre. Claro indicio de cuál fué nuestra grandeza, cuán intensa y ardiente nuestra vida histórica y su revelación en los dominios del arte.

Cuando en Madrid se registran y curiosean las numerosas y bien surtidas tiendas de antigüedades, empezando por la muy notable del israelita Salcedo; cuando se admiran las sorprendentes colecciones de muchos insignes aficionados; cuando

en cualquier morada aristocrática nos deslumbran lienzos y tapices magistrales y auténticos, dan ganas de creer que en el resto de España apenas quedará cosa digna de verse, y todo ha de estar ya apurado, escatimado y explotado en provecho de la capital. Raro es el diplomático que no se lleva, al salir de España, buena carga de curiosidades: mi amigo el príncipe Gortchakoff aquí formó su colección de bacías; aquí el barón Stumm, Layard, Maffei y cien más recogieron primores. Apenas se advierte el hueco que dejan tantas manos golosas: España sigue siendo el museo de Europa; y bastaría para convencer al que lo dudase una visita á la asombrosa Exposición Histórico-retrospectiva abierta durante el Centenario de Colón, Exposición á la cual no habían concurrido ni las dos terceras partes de las catedrales españolas, y el lugar concedido á las ausentes lo señalaban tarjetones con su nombre; pues es de advertir que las catedrales sólo enseñan lo que no pueden recatar, y lo mismo hacen santuarios como el de Montserrat, donde es voz pública que hay unas alhajas falsas de la Virgen para mostrar como gran favor, pero que las verdaderas y opulentas no las ve nadie.

A pesar de despojos y ocultaciones, España es un relicario, un cofre cincelado lleno de perlas. Esparcidos por la Península, en derruidos conventos, en trasconejadas iglesias, en desmantelados castillos, en casas solariegas, en museos provinciales, existen tesoros, sorpresas deliciosas. No se entienda que el objeto de arte se aparece en tales sitios como fenómeno aislado, flotando á manera de gracioso islote en el ancho mar uniforme de la civilización,—lo cual parecería hartamente inverosímil á quien conozca las leyes según las cuales el arte cristaliza.—El elemento pintoresco y artístico de España es armónico; por eso yo vacilaría siempre antes de trasladar á las capitales las obras maestras que enorgullecen á un villorrio. El retablo flamenco, el ahumado cuadro, la tallada sillería, el azulejo, el guadamecí, los alicatados moriscos, las caprichosas torres mudéjares, el esmalte bizantino, el tapiz de Goya,

la portada de Churriguera, aparecen en su marco natural, sobre el fondo que más les conviene, y en su derredor muévense las figuras adecuadas á tal decoración, y se ven tipos de raza, y se paladean costumbres impregnadas todavía del poético perfume tradicional, y todo ello coopera al efecto producido en la imaginación y en el alma del que sabe apreciar y gozar estas bellezas. Hay ciudades que permanecen cual podría desearlas el más refinado *esteticista* y el romántico más empedernido, sin cambio ni alteración en su fisonomía medioeval ó renaciente. Hay regiones enteras donde los viejos usos y hasta los sentimientos arcáicos se conservan lo mismo que en armario de cedro la ropa blanca. Nada de esto verá el viajero, si no prescinde del ferrocarril y no aprovecha los medios de locomoción propios de cada tierra: la diligencia vetusta, el trasijado rocín, la dura tartana, la poderosa y segura mula, — si es preciso, la carreta ó el humilde *coche de San Francisco*, propio de todos los tiempos y latitudes.

Una vez resuelto el viajero á tamaña heroicidad, hallará la recompensa, no sólo por la instrucción y diversión que tomará de sus correrías, sino por el placer de descubrir — á guisa del que practicá excavaciones en Pompeya ó Tebas y saca á luz testas de dioses y armaduras de héroes — lo más íntimo, delicado y hermoso, la fisonomía verdadera de España, lo simpático y original de nuestro modo de ser. La seguridad personal, si no absoluta, es al menos suficiente hoy en España: pasó la era de los *trabucaires*: parece ya caso inaudito el de que sea asaltada por malhechores (como lo fué hace pocos días) una diligencia, y transcurren años sin que el viajero que se interna sufra ataque á su persona ni á su propiedad, siendo tal vez en las grandes capitales, y no en los caminos, donde pudieran menudear los robos. Sin riesgo logrará recorrer las comarcas menos pasajeras, más frescas y vírgenes de España; y el que lo verifique, tendrá ocasión de reconocer que aquí la civilización que hemos comprado hecha vale mucho menos que lo castizo y tradicional. No encon-

trará el viajero que recorra palmo á palmo ciertas regiones españolas los perendengues que en un *gran hotel* se deben exigir; necesitará ser muy espartano, nada regalón en la comida y en el lecho; pero sepa de fijo que de diez casos, en nueve hallará cordial acogida, atractiva franqueza, rústico aseo y lugareña abundancia... ¡y quién sabe si hasta algunos goces y refinamientos de los que ha enseñado la experiencia, y que, realzados por la fatiga y por lo inesperado del hallazgo, parecerán más deleitosos! Recuerdo que en el lugarejo de Baños, un día de temperatura desapacible, me sorprendió el grato temple de la casa del párroco, temple obtenido, no por medio de chimeneas ni de caloríferos modernos, sino por el sencillo, ingenioso y barato sistema que en Castilla llaman *gloria*. Tampoco he olvidado un refresco sin par que me ofreció en Manises, cierta mañana asfixiante, una de esas mujeres de la huerta de Valencia, que se diría que salen, pomposas, almidonadas y blancas, de un taller de planchado. Mal año para los cafés, mal año para los más hábiles *glaciers* de París. No sustituirá nunca la importación lo que la naturaleza, la observación y el instinto elaboran en cada comarca. Si queréis viajar con gusto y con las menores privaciones posibles, adaptaos á la tierra que pisáis; entrad en ella hasta el cuello, despojándoos de la piel del *hombre viejo* civilizado, naciendo tantas veces como regiones distintas hayáis de atravesar.

He dicho que la seguridad personal es hoy general en España (sin exceptuar las provincias del Mediodía), y he de añadir que la mujer que viaje, aun cuando vaya sola, no debe temer ser ofendida, á no ser que carezca enteramente de cordura y dignidad. En las grandes capitales, donde el pueblo está asaz picardeado por el malsano espectáculo de goces que excitan su concupiscencia y por roces dañinos y contagios funestos, el respeto á la mujer no existe, y la chanza brutal, el insulto, la acción indecorosa, son brote espontáneo de la grosería, hermana mayor de la maldad. No sucede así en el

campo ni en los pueblecillos. Una señora, aunque sea joven y llena de encantos, debe temer menos por su decoro y su tranquilidad en diligencia que en ferrocarril, y menos que en diligencia, en carreta ó á lomos de la paciente mula y escoltada por los honrados y á su manera, nadie se burle, *hidalgos* arrieros. Esta aseveración la escuché mil veces de labios de la distinguida dama y escritora Gabriela Cunninghame Graham, que ha recorrido toda España escudriñando rincones desconocidos para los mismos españoles, como el valle de las Urdes, y durmiendo al raso varias noches en sus expediciones atrevidas. Esta señora no tiene palabras con que alabar el espíritu hospitalario, el desprendimiento cortés, la humanidad y la probidad que ha encontrado en sitios donde, como suele decirse, Cristo dió las tres voces. Mi experiencia propia, —pues si no he peregrinado tanto ni por lugares tan recónditos como la señora Graham, también gusto de visitar la España vieja, confirma las aseveraciones de la bizarra escocesa, que puntualmente siguió el itinerario de las correrías de Santa Teresa de Jesús.

No se ha hecho nunca leyenda de la hospitalidad española, como se hizo de la árabe, ni se ha pensado en disponer este país para recibir huéspedes, como está dispuesta Suiza; aquí no rodeamos de nimbo poético la figura del guía, que adicto y leal acompaña al turista, le enseña á practicar las escabrosidades alpestres, y aunque sepa que la repleta cartera del acáudalado inglés guarda una fortuna, no tiene un pensamiento de codicia, y está dispuesto á arriesgar su vida en el desolado ventisquero por salvar la del hombre que, mediante escasa retribución, dispone de toda la fuerza, toda la experiencia y toda la destreza del montañés. Y, sin embargo, en España, si la topografía no se presta á tales actos de romántica abnegación, el alma del pueblo contiene el germen de las virtudes hospitalarias. He observado constantemente el fenómeno de que, mientras los viajeros que vienen á España sin salir de la civilización moderna, haciendo uso exclusivamente de los

caminos de hierro y parando en las grandes capitales y en los hoteles caros, apenas logran encubrir bajo eufemismos corteses la mala impresión que se llevan, en cambio los que se tomaron el trabajo de *internarse*, los que buscan el corazón de España, los que recorren sus vetustas ciudades, sus rancias villas, sus pintorescas aldeas, sus montañas y sus divinas costas, salen de aquí con la simpatía en el alma, el ditirambo en la boca, la poesía en la pluma y el agradecimiento en la voluntad.

Una noción que quisiera inculcar profundamente á los extranjeros que se propongan visitarnos, es que no deben formarse de España un concepto unitario, porque no la comprenderían bien. España es múltiple, compleja, y sus regiones contrastan violentamente las unas con las otras; y el que llegue aquí persuadido de que va á encontrar una nota esencial y saliente que ella sola resuma el carácter de España, se equivoca, porque España, para el viajero algo entendido y sagaz, nunca revestirá un solo color, sino todos los del arco iris, con la caprichosa variedad del rico mosaico. De España se tiene en el extranjero cierta noción idealista, y no niego que existe *una España* correspondiente á esa noción, como existe una Italia semejante á la de los cromos con *lazzaroni*, *pifferari*, *ciocciare* y *briganti*; pero esa España—lo hemos dicho mil veces al indignarnos con los viajeros que la describen á su modo recargando la nota, y transformándonos en personajes de la célebre ópera de Bizet—no es sino un matiz, no ya de nuestra patria, sino de uno de sus coloridos característicos. Todas las provincias de España (no lo olviden los que hagan rumbo hacia acá) ostentan su sello peculiar y propio, y el sello meridional, ó, por mejor decir, el andaluz, no es probablemente el que expresa nuestra esencia íntima. A poco que se estudie nuestra psicología nacional, se echa de ver que de nuestras varias almas, el alma semítica es la que menos nos linsojea. Lejos de ser la región andaluza signo representativo de España, diríase que España, ó al menos la

España que reflexiona, eleva una protesta incesante y pide que no la identifiquen con ese elemento allegadizo, que viene de otro continente, de otra parte del antiguo mundo, y contra el cual hemos luchado siete siglos. Cuando España recuenta sus cualidades y sus defectos, propende (¿quién sabe si con entera justicia?) á atribuir las primeras á la sangre ibera y eúskara, y los segundos á la semítica y bereber. Y me detengo, porque pegarían mal en este artículo disertaciones sobre las razas que nos poblaron.

Lo que intenté significar es que el viajero no ha de venir aquí buscando sólo ese asendereado *color local*, y menos buscándolo con preferencia en una región, como si ella resumiese á España. El viaje por España es, ante todo, viaje de estudio y de cultura, aunque también de recreo en muchos sentidos; y no es conocer á España verla al través de una corrida de toros (no obstante la indiscutible hermosura de este espectáculo), ni de una *juerga* flamenca en las ventas de Eritaña, ni siquiera de una catedral romántica y gótica, de sombrías naves, con *ex votos* y cuadros de martirios. Méditenlo los extranjeros que, como mi ingenioso amigo Mauricio Barrés, propenden á hacer creer á sus lectores que España es *eso*. El arte español, lejos de ser únicamente un *modo de expresión*, de una raza indómita y fogosa, es una serie bien graduada de desarrollos lógicos, un orden de fenómenos correlativos que se deriva de nuestra historia. Nuestro bizantino visigótico, nuestro románico, nuestro gótico de las tres épocas, nuestro árabe, nuestro mudejar, nuestro plateresco, nuestro barroco, nuestro neo-griego, hacen de la arquitectura española la más rica y variada de Europa: no hablemos de la pintura, de las tallas, del mobiliario, de la orfebrería, de la cerámica: pues bien, así y todo, al viajero que diga que viene á España atraído por el arte, cabe responderle que con tanta razón podría atraerle la naturaleza, y este es punto en el cual España se ha descuidado, permitiendo que la echen mala fama y que se desconozcan sus méritos; pues con ser tierra

de verjeles y de umbrias, pasa por una especie de Sahara ardoroso, mocho y polvoriento. Consideradas en general Castilla y Andalucía como regiones representativas de España, sus calvicies y sus arideces se tomaron por aspecto genuino del paisaje español, y su clima, frío en invierno y tórrido en verano, por el clima común de la Península, en la cual existen países de tan dulce y mediana temperatura como Galicia, Asturias y Santander, é *invernaderos* tan deliciosos como Málaga, Alicante, Murcia, las cercanías de Barcelona y parte de las islas Baleares. Si aquí se preparase la invernada al estilo de Niza, tal vez los tísicos ricachones de Inglaterra se vendrían á respirar el perfume de nuestros azahares.

También es error, que ya debe combatirse protestando con energía, el afirmar que al dirigirse á España se abandona del todo la atmósfera europea, y se renuncia á la vida del progreso material, al movimiento industrial y manufacturero, á la vibración de la actividad y del trabajo humano. Puédese decir esto de bastantes provincias españolas, y no se incurrirá en injusticia alguna; pero cuanto más verdad sea que gran parte de España es solamente agrícola, más sorprendente y vivo parecerá el contraste entre países dormidos y estacionarios, y regiones que, como Cataluña y Bizcaya, se encuentran á la altura de las más ricas comarcas fabriles y productoras del extranjero. Para que estas regiones reúnan todos los elementos de fascinación y de belleza que la fantasía y el deseo pueden soñar, obsérvese que son provincias donde la tradición y la historia imprimieron huellas no menos durables y hondas que, verbigracia, en Castilla y Aragón, donde el arte cautiva por su abundancia y originalidad, y donde el suelo es feraz y el paisaje soberano. Como diría un versificador de la escuela clásica, * Pomona y Flora repartieron en ellas sus dones, pero á la vez el genio de nuestro siglo, con su diadema de focos eléctricos y su aureola de vapor, no tiene en ningún país más bella estatua que la que le alzó la laboriosidad y perseverancia de catalanes y biz-

cainos. El viajero que recorra estas comarcas privilegiadas con la antigua idea de la España tradicional, fantaseando nuestra representación alegórica en un gitano que duerme cara al sol, rodeado de cáscaras de naranja y al lado la guitarra y la faca entreabierta, ¡qué sorpresa experimentará al ver esa España joven, musculosa, sudorosa, de blusa azul, ennegrecido el rostro por el humo y la escoria de las forjas ardientes!

A los españoles nos conviene mucho salir de nuestra casa para rectificar prejuicios, para adquirir tolerancia, amplitud de miras y bien entendido espíritu moderno; pero séame lícita la arrogante afirmación de que si efectos educadores surtirá en el español la *vuelta* por Europa, iguales ó mayores puede causar en el europeo la *tournée* por España. Quiera Dios que este viaje se facilite, se *humanice*, digámoslo así, y llegue á ser tolerable en cuanto á medios de comunicación, alojamientos, precios, etc.,—aunque mi egoísmo preferiría tal vez que, continuando el actual estado de cosas, el conocer á España fuese patrimonio de unos cuantos apasionados y fanáticos del arte, contándome, por supuesto, en el número.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA AUTONOMÍA DEL CANADA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS I

Es ya cosa corriente entre los teóricos de la sociología que las instituciones políticas de cada pueblo son el resultado de una porción de condiciones y de circunstancias particulares que en junto constituyen el fondo activo de su propia personalidad. El precedente histórico, el medio geográfico, la indole de la raza, el ambiente social... son otros tantos elementos, ó mejor factores, que, combinados en cada momento de un modo dado, determinan casi por completo la manera de ser y de vivir las instituciones políticas de las sociedades humanas. No es de ahora sin duda esta creencia. En la historia de la filosofía política se registran numerosas opiniones é ideas, conformes con eso que pudiéramos llamar un principio de biología social; mas bien puede decirse que nunca como en nuestros tiempos se ha sustentado y afirmado, merced en parte al influjo de la escuela histórica, y sobre todo al positivismo sociológico y á las grandes corrientes *realistas* que en todas las ciencias dominan.

Ahora bien; una de las consecuencias prácticas del indicado principio es la condenación de todo un procedimiento político, muy admitido aún hoy, é imperante durante el período

moderno, que se caracteriza por la expansión del régimen constitucional; ese procedimiento consistió y consiste en la adaptación precipitada é irreflexiva de las instituciones políticas de un Estado á otro; naturalmente, de las instituciones tomadas muy por encima, en su mera estructura mecánica, tal como después de todo puede comprenderlas el espíritu que suele dominar en los políticos prácticos. No hay duda que algo se ha desacreditado el procedimiento; pero á pesar del desdén con que los indicados políticos suelen hablar de los teóricos de la política, lo cierto es que aquéllos, menos prudentes y reflexivos que la mayoría de estos, aún persisten en creer que los males y desórdenes sociales que su impericia no vence ó que su mala fe suscita y agrava, pueden ser curados con aplicar, á guisa de panacea, tal ó cual forma de organización gubernamental que, allá en el país de origen, y por una porción de complejos motivos, da al parecer excelentes resultados.

Hoy mismo, tenemos ante nosotros un ejemplo que puede llegar á ser típico. La difícil situación de la isla de Cuba, en la cual tanta parte tienen nuestros tradicionales errores y nuestro gran atraso, ha despertado de un modo natural el deseo de buscarle un remedio, una solución. Desde luego se ha visto que las circunstancias (esas circunstancias que imponen la ley) exigen un cambio radical de postura social, y por ende de postura política. El cambio de postura social, todos estamos conformes en que ha de ser obra de mucho tiempo. Los cambios sociales no se decretan desde la *Gaceta*. Pero el cambio de postura política se admite, y es preciso admitirlo así en parte, que puede ser hasta cierto punto obra del momento, de la reflexión traducida en forma de leyes. ¿Qué hacer, se dice, para que Cuba viva una vida política normal y próspera? ¿Qué régimen adoptar para que las instituciones políticas, en vez de ser un obstáculo al desarrollo ordenado de su progreso general, sean una condición entre otras de una paz efectiva?

Parece que las gentes van estando poco á poco conformes en una cosa : y es que Cuba debe regularse en lo por venir

según un régimen de prudente *autonomía*; esto es, según un régimen más ó menos libre. Mas, con pedir para Cuba la autonomía, no se ha pedido nada positivo y definido. La idea de la autonomía es, sin duda, una idea muy fácil de concebir, y aun de formular, tal cual la explica allá en su lenguaje sencillo y llano, con su dogmatismo bonachón, por ejemplo, el señor Pi y Margall; pero es más difícil de lo que se cree, cuando es necesario concretarla y hacerla vivir bajo fórmulas legislativas, en condiciones dadas de lugar y de tiempo.

La autonomía política, como principio, entraña la idea que tan exactamente expresa el *selfgovernment* inglés; implica la existencia autárquica de una entidad social, que puede además vivir dentro de una organización más amplia, y en ciertos respectos superior. Ahora bien; prácticamente, en el desarrollo de este principio de la autonomía caben multitud de grados; cabe una acentuación en sentidos radicalmente opuestos; caben, en suma, ó por lo menos se dice que caben, desde el grado que supone el proyecto de ley del Sr. Maura, tal y como aquella transición patriótica lo dejó salir del Parlamento, hasta una autonomía vecina de la soberanía.

En la natural confusión de opiniones que en todo lo referente á Cuba existe, se han propuesto numerosas organizaciones, más ó menos sensatas y posibles, hablándose por algunos de la necesidad y conveniencia de dar á la Gran Antilla un régimen igual al del Canadá. Esta idea, buena ó mala, es de las que pueden tomar vuelo con rapidez y llegar á constituir bandera, arraigando en el ánimo de las gentes. Hay en su favor todas las apariencias seductoras que han sido la base de aquel procedimiento de la imitación precipitada, de la adaptación irreflexiva, á que poco ha nos referíamos. Puede decirse que el régimen colonial del Canadá está en situación muy propicia para ser, respecto de las colonias mal administradas y dirigidas, lo que á fines del siglo pasado y en casi todo el presente fué la Constitución inglesa para todos los pueblos europeos, americanos..., para todos los pueblos civilizados en

suma. El Canadá, sin duda, es un gran argumento en pro de las excelencias del régimen de la autonomía, es un hermoso caso de política práctica, muy ocasionado á despertar el deseo de la imitación. En efecto, el Canadá, después de crisis terribles, de luchas intestinas, de sublevaciones sangrientas, de épocas precarias peligrosísimas para su existencia política, ha logrado afirmarse como un verdadero Estado de Estados, como una potencia casi nacional, próspera, fuerte, progresiva, escuela quizá de costumbres parlamentarias. ¿Cómo? bajo un régimen de autonomía.

La vida de la colonia inglesa antes de 1837 (fecha de su primera redención) se diferencia de un modo radical de la que se ha desarrollado desde 1841 á 1867, y especialmente desde 1867, en que el Canadá se organiza como un verdadero Estado federal autónomo. Los resultados progresivos del Canadá en este período, como advierte un articulista de la *Edinburgh Review* (1), se manifiestan en su gran expansión territorial, en el aumento de su población y de su riqueza, en su desenvolvimiento político, en su progreso social é intelectual y en la tendencia innegable á la formación de su unidad nacional. Claro es que no todo se deberá á las reformas realizadas en la organización política; mucha parte tendrá en ello el valor particular de la raza para la formación de los grandes imperios, mucho se deberá á la situación geográfica y al progreso general del mundo; pero no debe desconocerse que un gobierno de opinión, un gobierno aceptado por el pueblo, como expresión de su ideal y satisfacción circunstancial de sus aspiraciones, un gobierno que no es un obstáculo á la expansión general de la actividad humana, y cuyo establecimiento entraña la conclusión de un período de luchas y la inauguración de un régimen de armonía y de paz, es una condición muy favorable para que el progreso social se realice más fácilmente. Sobre todo, en la manera de argumentar tan común en la vida polí-

(1) V. la *Revue Britannique* de Julio último.

tica de los pueblos, especialmente en la manera de razonar sus soluciones los partidos, un gobierno como el del Canadá es una tentación, ejerce un poderosísimo atractivo. Nada de extraño tiene, en verdad, que al ver un pueblo, antes deshecho por luchas intestinas, por oposiciones de raza, bajo instituciones absorbentes y más ó menos contrarias al principio del *selfgovernment*, y al verlo luego próspero y engrandecido bajo instituciones expansivas, liberales, bajo el régimen, en suma, de la autonomía, nada de particular tiene, repito, que ante tal contraste, las gentes que no tienen motivos para juzgar con demasiada prudencia, atribuyan las excelencias de los resultados al cambio del régimen gubernamental.

II

Ahora bien; sin ánimo de argumentar ni en pro ni en contra de ninguna de las soluciones que para el régimen de nuestra desgraciada isla de Cuba se proponen, sino simplemente con un propósito, por decirlo así, *profesional*, y creyendo que es de oportunidad el estudio y que conviene á todos vulgarizar este género de conocimientos, voy á exponer en breves términos en qué consiste en la actualidad el régimen político autónomo del Canadá. Las aplicaciones, si cabe hacerlas, las hará cada cual según su leal saber y entender.

El Canadá, como todas las grandes organizaciones políticas de la raza anglo sajona, es una obra histórica, de gran complejidad; al modo que la constitución inglesa y que la constitución norteamericana, la constitución canadiense es la expresión formal de un equilibrio de fuerzas opuestas, obtenido merced al certero espíritu político, al gran sentido práctico de los hombres de Estado. Todo el misterio de las excelencias de esta constitución está en el respeto obtenido por los diversos

elementos activos del organismo social, en la consagración hecha, sobre todo, por la unión federal de 1867, del principio del *selfgovernment* arriba y abajo, lo mismo en la ordenación de los poderes de la metrópoli respecto de los de la colonia, en la de las instituciones federales de ésta y en la de las provincias federadas, que en la mutua expansión de los factores sociales internos. En suma: lo capital en esta constitución es la manera habilidosa con que, después de mil y mil luchas, se ha adaptado á las condiciones del país el principio del gobierno del Estado por la opinión.

Según he indicado antes, la constitución actual del Canadá no fué obra de un momento. El Canadá pasó, antes de alcanzar las instituciones autónomas por que hoy se rige, por otros períodos muy interesantes. De 1763 á 1774, primeros años después de la conquista inglesa, la provincia del Canadá estuvo sometida á un régimen puramente militar. Ya en 1774 se promulgó el acta de Quebec, por la cual se garantiza la libertad religiosa, instituyéndose un consejo legislativo de nombramiento real. En 1791, á fin de evitar el choque de las dos razas (franceses é ingleses), dióse el acta constitucional de Pitt, la cual dividía la colonia en dos provincias, el Alto y el Bajo Canadá. Imitando la constitución inglesa, la Carta canadiense se componía de tres elementos: una asamblea electiva, un consejo legislativo nombrado por el rey, y el gobernador general, representante directo del poder real. En sus apariencias, este régimen era un régimen libre; prácticamente, no resultó así. Bajo él, sobre todo en el Canadá francés, se extremó la lucha entre el principio democrático y el oligárquico. En 1837, estalló una fuerte insurrección, en virtud de la cual quedó en suspenso en 1838 la constitución del Bajo Canadá. Después de varias revueltas y vicisitudes, propuso lord Durham, en 1839, la creación de un gobierno responsable; y el 23 de Julio de 1840 se sancionó el acta del Parlamento británico, en que se contenían las nuevas bases de la constitución de todo el Canadá. En este acta, las dos provincias, antes separadas, for-

maban una sola, con un poder legislativo confiado á un consejo legislativo de veinte miembros vitalicios, y á una Cámara electiva compuesta de ochenta y cuatro miembros, elegidos por partes iguales en las dos antiguas provincias. El consejo legislativo se hizo electivo en 1854. La constitución resultante de todas estas disposiciones dió cierta prosperidad al Canadá, pero no fué capaz de procurarle la paz y el orden interiores. Bajo las instituciones organizadas, quizá con cierto espíritu dominante y egoísta por parte del elemento inglés, latía una lucha y una oposición de razas, una rivalidad fortísima entre el Alto y el Bajo Canadá. Esta lucha y esta rivalidad, en vez de resolverse por una separación y por una guerra, se resolvieron bajo el influjo imitativo de los Estados Unidos norteamericanos, y acaso también merced á la prudencia política, tan previsorá siempre, de los ingleses, por la iniciación de un movimiento federalista, que tendía á adaptar á la vida interior de las provincias del Canadá el principio mismo de la autonomía y del *selfgovernment*. Los ingleses, que parecen aplicar tan al vivo en las relaciones sociales el criterio de la lucha por la existencia, suelen resolver sus oposiciones políticas con el criterio contrario de la cooperación expansiva.

El indicado movimiento federalista del Canadá recorrió una corta etapa preparatoria. Tuvo naturalmente que vencer ciertas repugnancias provenientes de algunas provincias. Sin embargo, el 10 de Octubre de 1864 reuniéronse ya en Quebec los delegados del gobierno canadiense y los de las provincias marítimas. En esta reunión se discutió un proyecto de federación, el cual, una vez formulado, pasó á las Cámaras del Canadá, que lo aprobaron al fin, después de largo debate. Nueva Brunswick y Nueva Escocia lo rechazaron en un principio; mas posteriormente lo aceptaron, cosa que no se logró de la isla del Príncipe Eduardo (hasta 1873), ni de la de Terranova. En virtud de todo esto, constituyóse la Unión (una verdadera unión federal) entre las provincias del Ontario, Quebec, Nueva Brunswick y Nueva Escocia, bajo el nombre de *Dominion of Canada*.

El 29 de Marzo de 1867 sancionó el Parlamento británico esta Unión (*Unión act.* 31, Vict., c. III), y el documento que la contiene es lo que debe considerarse como la *Carta Constitucional del Canadá* (vigente á partir del 1.º de Julio del mismo año).

III

Hecha esta rapidísima reseña de las vicisitudes por que ha pasado la organización política de la colonia, es ya ocasión de indicar cómo se halla hoy constituida.

El Canadá, actualmente, es, desde el punto de vista internacional, una gran dependencia inglesa; desde el punto de vista político estricto, una federación. Como cuerpo político unido y considerado en conjunto, el Canadá es un miembro libre y autónomo del imperio británico. Considerado en su composición interior, es una unión federal; las provincias que lo constituyen existían como tales antes de la confederación, no siendo ésta más que un pacto aceptado por ellas; como en todo Estado federativo, cada parte política autónoma conserva su propia y peculiar existencia; el gobierno central (bajo la acción del poder británico) tiene poderes generales, y cada provincia una jurisdicción privativa reconocida en el pacto fundamental. El Canadá tiene como soberano, en el sentido monárquico de la palabra, á la reina de Inglaterra; el gobierno del Canadá, pues, es un gobierno monárquico, por delegación, en cuanto que el gobernador general no es más que mandatario y depositario temporal de la autoridad de la reina. Ese soberano es el que lleva en la vida internacional la representación del Canadá. Así dice con razón un publicista canadiense, que «el Canadá, como tal, y por sí mismo, no tiene vida internacional». «Nosotros, añade, no podemos estipular tratados, ni declarar la guerra, ni hacer la paz. No tenemos embajadores, ó encargados de ne-

gocios que nos representen cerca de los gobiernos extranjeros; lo más que podríamos hacer es acreditar un agente que se ocupase en el fondo de los intereses del comercio y de la emigración. Si Inglaterra declarase la guerra á otra potencia, por ejemplo, á Francia, nos encontraríamos forzosamente mezclados en la lucha que puede acaso estallar lejos de nosotros. La metrópoli, ciertamente, no nos obligará á alistarnos en los ejércitos, derecho que al fin y al cabo sólo rara vez ejerce respecto de sus mismos súbditos directos. Pero no por eso dejaríamos de estar en estado de guerra, y llegado el caso, seríamos tratados como enemigos (1).» Por su parte, Inglaterra tiene la obligación de ayudar á la colonia, en caso de peligro, con todo el poder de su ejército y de su marina.

Prescindiendo de estos puntos de vista generales y entrando en el detalle de la constitución del Canadá, nos encontramos con un sistema político que entraña diversos grados, á partir del local más inferior, pasando por el provincial, hasta llegar á la organización federal bajo la tutela del poder británico. La organización política bajo la cual están hoy ordenadas las provincias en su interior, está, en opinión del articulista de la *Edinburgh Review*, perfectamente adaptado á las circunstancias del país en general. Existe el *selfgovernment* en el sentido más completo de la palabra. Como cimiento del edificio político están las instituciones municipales, cuyo carácter completo no se da en parte alguna de una manera más perfecta, sobre todo en la provincia del Ontario. Cada aldea, cada circunscripción parroquial, cada ciudad, cada condado, tiene su consejo, compuesto por miembros elegidos por el pueblo, con atribuciones sobre todos los asuntos de impuestos locales y mejoras materiales y morales. Bajo la paternal dirección de esos consejos, el progreso de la vida municipal es un hecho, por lo visto, tangible.

Subiendo un peldaño en esta organización política, tenemos

(1) V. P. B. Mignault: *Droit parlementaire*, páginas 215-216.

por encima de la vida municipal las formaciones autónomas provinciales, según queda ya indicado. Las provincias están gobernadas por un lugarteniente del gobernador, nombrado y revocable por el gobierno de *Dominion* y rodeado de un consejo responsable frente los representantes del pueblo, con una asamblea legislativa, compuesta en dos de las provincias sólo por dos cámaras: un consejo nombrado por la corona y una asamblea electiva: en las demás provincias hay una asamblea elegida por el pueblo, según un procedimiento electoral muy liberal. Las atribuciones de los gobernadores arrancan de la ley fundamental (de 1867): refiérense á la instrucción provincial, obras públicas, beneficencia, administración de justicia (salvo los asuntos criminales), vida municipal, etc., etc. En los territorios aún no constituidos en provincias funciona un mecanismo más sencillo, con su gobernador y un pequeño cuerpo legislativo elegido por el pueblo. Estos territorios, no comprendidos en la primitiva unión de 1867, están hoy representados en las dos cámaras centrales del Canadá.

Y llegamos al gobierno central ó general del *Dominion of Canada*, esto es, al de la *Unión*, tal cual fué sancionado por la *British North America Act*. (1867). Considerada en conjunto la constitución central, es muy análoga á la constitución inglesa... si se hubiera escrito. Tiene sus diferencias naturalmente; es, sobre todo, más ordenada y sistemática; pero esto no importa. En el Canadá, como en Inglaterra, la organización política reconoce la existencia oficial de un poder llamado... ejecutivo y de un poder parlamentario. Según el artículo 9 del *Acta*, se atribuye á la reina el *gobierno* y el *poder ejecutivo* del Canadá. Por supuesto, no se puede hablar en modo alguno de la intervención directa de la reina. La reina obra en el Canadá por medio de un representante, que es el gobernador general (art. 10). Este gobernador general goza de todos los privilegios que puedan referirse al gobierno federal conferidos por las leyes, ya de las antiguas Cámaras de las provincias del Alto y del Bajo Canadá, ya del poder legis-

lativo del Canadá Unido, ya, en fin, del Parlamento imperial (británico). Puede, además, designar delegados de su autoridad con atribuciones en cualquier sitio del territorio del *Dominion* (artículos 12 y 13).

Esta forma representativa del ejercicio del poder real en el Canadá, determina una de las características más especiales de este régimen autonómico colonial. En efecto, la reina, como es sabido, es irresponsable; la reina, además, no ejerce en Inglaterra el poder ejecutivo, que de hecho lo ejerce el Gabinete. Ahora bien; el gobernador general es un funcionario imperial dependiente de la reina por el conducto del secretario de las Colonias, y en su virtud responsable ante ella. Obra, además, según instrucciones para él indiscutibles, y formuladas de un modo general en Octubre de 1878. Viene á ser, pues, en primer término, un órgano de comunicación entre la colonia y la metrópoli.

Pero no es esto sólo. Como tal gobernador general al frente del gobierno del Canadá, es el jefe inmediato de este gobierno. En este concepto, es decir, desligado del carácter de delegado real, el gobernador es como un jefe del Estado al modo monárquico, ya que como tal es verdaderamente irresponsable. En el Canadá, se reproduce, respecto de este gobernador, al cual imprime carácter su representación monárquica, el principio base del régimen de Gabinete; en su virtud, la irresponsabilidad del gobernador general se halla condicionada por la responsabilidad ministerial. Según el art. 11 del Acta constitucional: «Para auxiliar la administración del gobierno del Canadá habrá un consejo, denominado Consejo privado de la reina para el Canadá: sus miembros serán elegidos temporalmente por el gobernador general, quien podrá separarlos.» Combinada la acción propia de este consejo con las funciones del gobernador general, el poder gubernativo del Canadá, dentro de su peculiar jurisdicción, es como el de la metrópoli. El Canadá está, en verdad, regido por ese gobernador general *irresponsable* ante el... Canadá, el cual no obra sino por

medio de sus ministros, y que conforma su conducta política á las inspiraciones de éstos; responsables en su caso ante los representantes del pueblo de la conducta que inspiran al gobernador. Todos los principios y prácticas del régimen parlamentario tienen, pues, su aplicación aquí.

Deben, sin embargo, señalarse aun dentro ya de la vida política del régimen gubernativo del Canadá ciertas diferencias interesantes, comparado con el de la Metrópoli. Hay en primer término la necesidad de acudir al ministerio del Canadá y á su Parlamento cuando se trata de la rectificación de un tratado que afecta al Canadá (art. 132). Por otra parte, difieren ambos sistemas de gobierno en cuanto al modo de ejercer la prerrogativa del indulto. Pero sobre todo, la diferencia más importante nacida de la condición particular del régimen colonial, es la relativa al *veto*, ó prerrogativa propia del jefe del Estado. El gobernador del Canadá tiene la facultad de sancionar los *bills* provenientes de las Cámaras: trátase de una función real que en la metrópoli ha caído en desuso. Pero como el gobernador no tiene esa función por derecho propio, puede ejercerla, ya directamente dando su aprobación al *bill* sometido á su sanción, ya oponiendo su *veto*, ó mejor, pues no se trata de un verdadero veto, puede reservar á Su Majestad la aprobación del *bill* en cuestión. En este caso, si ha obrado independientemente del consejo de sus ministros, éstos no responden de nada. Sólo responden en el supuesto de que hubieran aconsejado al gobernador el ejercicio de semejante facultad.

Por este lado del *veto* reservado á la corona es por donde se ve la posible intervención más directa del gobierno imperial en los asuntos de la colonia. En efecto; si el gobernador reserva un *bill* á la buena voluntad de S. M., la reina interviene directamente en los negocios del Canadá. De su decisión, la reina, naturalmente, no responde: responden los ministros de la metrópoli, los cuales á su vez no son responsables ante ninguna representación del Canadá, sino ante el Parlamento

inglés. Lo que hay es que este veto... imperial es más *imponente* que otra cosa. De todas suertes, el principio de la sujeción colonial se halla así consagrado de una manera terminante.

El gobernador general tiene, además, según resulta del artículo 90 del acta citada, la facultad de desaprobado las decisiones de las asambleas legislativas provinciales. La reina, por fin, se ha reservado el mando supremo de las milicias todas de tierra y mar y de todas las fuerzas militares y navales del Canadá.

El poder legislativo se ejerce en el Canadá, como en Inglaterra, por el Parlamento. Según el art. 17 de la constitución canadiense, el Parlamento está compuesto por tres brazos, á saber: la reina, una cámara alta, llamada Senado, y la Cámara de los Comunes. Este Parlamento (las Cámaras) debía reunirse en sesión una vez por año cuando menos (art. 20). La intervención de la reina en el poder legislativo se desprende fácilmente de lo que queda dicho respecto del papel y funciones del gobernador. Las Cámaras ocupan, en el sistema parlamentario del Canadá, un lugar análogo á las Cámaras del régimen inglés. El Senado viene á ser la Cámara de los Lores... sin Lores, por supuesto, pues sus miembros no son hereditarios, sino designados por la corona de por vida y en número fijo. Además, el Senado refleja, en su composición ó distribución, el carácter federal de la Unión. Para ser senador se requiere reunir ciertas cualidades eminentes. Aunque el cargo es vitalicio, puede perderse en ciertos casos. La función del Senado es esencialmente moderadora: sin embargo, tiene más poder que la Cámara de los Lores; pues como consta de un número fijo invariable de miembros, cuando rechaza una medida propuesta por la Cámara de los Comunes, no cabe el recurso, aplicable en Inglaterra, de aumentar el número de los Lores hasta formar una mayoría favorable al criterio de la otra Cámara.

La Cámara baja ó de los Comunes representa la población

del Canadá según su composición numérica principalmente, si bien un tanto atenuado el criterio aritmético para dejar á salvo los intereses de la población del Bajo Canadá, y á fin de que éste no fuese absorbido por el resto. La base electoral de esta Cámara se apoya en un censo muy cercano al sufragio universal. La Cámara de los Comunes ejerce las mismas funciones en el Canadá que la del mismo nombre en Inglaterra.

Este poder legislativo así constituido, con la participación efectiva de la representación popular del Canadá y de la representación de los elementos constitutivos de la Unión, tiene una amplísima esfera de acción, en cuanto se extiende á todo lo legible dentro del terreno reservado á los poderes federales. Por otra parte, las Cámaras ejercen, en el mecanismo especial de las instituciones del gobierno parlamentario, las funciones propias de los Parlamentos de corte británico.

IV

Tal es, en brevísimos términos, la organización política del régimen autonómico desenvuelto en el Canadá. Claro es que no se ha indicado todo lo que sería preciso para dar una idea acabada y completa de un instrumento de gobierno tan complicado. Mas con lo expuesto creo basta para el propósito limitadísimo de este trabajo. La Constitución política del Canadá, copia en su parte formal de la Constitución británica y de la Constitución de los Estados Unidos, en lo que tiene de original ha sido obra de una lenta y trabajosa elaboración. Téngase en cuenta que cuando los ciudadanos de la gran colonia británica vivían en lucha y como desorientados, buscaban un equilibrio difícilísimo de obtener y más difícil de concretar en una fórmula escrita constitucional: equilibrio de razas, equilibrio de intereses, armonía del principio de auto-

nomía tan caro á los ingleses de todas las latitudes con el principio del patronato efectivo de la madre patria. Y encontraron al fin ese equilibrio, reflejándolo en instituciones defectuosas sin duda, pero no tanto que no se las considere como un verdadero progreso en la evolución general de las formas políticas. Pero, ¿cómo las encontraron? ¿Mirando á cualquier lado, buscando por cualquier parte? No. Los canadienses se atuvieron á sus tradiciones, atendieron á sus circunstancias y se inspiraron, sobre todo, en los grandes modelos políticos realizados por los grandes pueblos de su misma raza. «Durante largos años, dice elocuentemente el articulista de la *Edinburgh Review*, ya citado, esos valientes trabajadores llevaron una vida penosa de soledad en medio de las grandes selvas que cubrían el país entero; pero, de año en año, la oscuridad de sus bosques se iluminaba con luz radiante, á medida que el hacha abría amplios caminos á la colonización... Años enteros de duras labores y de luchas han seguido continuamente, á las que se juntaron además grandes dificultades políticas; pero la población era valiente y laboriosa, y venció muy pronto todos los obstáculos. El desenvolvimiento material iba á la par con el progreso político del país. La magnífica herencia que el pueblo canadiense posee hoy es el resultado de un trabajo incesante, de una paciencia infatigable... Ahora bien; considerando la grande obra del pasado, puede mirarse el porvenir tranquilamente, lleno el corazón de firme confianza.»

A. POSADA,

Profesor en la Universidad de Oviedo.

RECUERDOS

Ya no voy á dictar el presente artículo con aquella libertad de espíritu, con aquel agradabilísimo desorden con que he dictado los artículos precedentes. Algo me liga y me compromete, por haberme comprometido yo mismo en un momento de imprevisión.

Al buey por el asta y al hombre por la palabra, dice el refrán;—y otro refrán dice, que por la boca muere el pez: todo lo cual significa, que en el artículo anterior di el programa á que había de sujetarme en este.

Nada más molesto, que el recuerdo de un compromiso, único caso en que los recuerdos estorban y en que, al recuerdo vivo, resurrección de un mundo muerto, sería preferible el total olvido, que es, en suma, la muerte de lo que fué. Y aún son más molestos tales recuerdos, cuando nos obligan á seguir una senda seca y estéril, en que no ha de recogerse ni una flor, ni ha de acariciarnos la más ligera brisa, ni ha de subir al cerebro ningún aroma. Al menos estos son mis temores: veremos lo que resulta.

Dije que hablaría de una expedición marítima y *costanera*, que hice de Almería á Cádiz, para ir luego á Sevilla, previa

licencia del Jefe del distrito; porque yo fui siempre modelo de subordinación y no di un solo paso sin estar autorizado por mis jefes.

Ya quisieran todos los conservadores habidos y por haber profesar el respeto que yo, el demócrata empedernido, he profesado siempre al principio de autoridad; y ya quisieran observar la disciplina á que toda ley sujeta, con la escrupulosa conciencia con que yo siempre la he observado y obedecido.

Respeto absoluto á mis jefes mientras servi en el cuerpo de Caminos; respeto al Director de la Escuela cuando fui profesor en ella; respeto á los jefes de mi partido y á las decisiones de éste mientras anduve por los revueltos é indisciplinados campos de la política, que aunque ocasiones no me faltaron, jamás quise capitanear grupos ni grupitos levantiscos; subordinación absoluta ante la disciplina teatral, sin que jamás me haya rebelado contra las decisiones del público ni contra sus fallos soberanos.

Con el pensamiento soy el hombre más aventurero que existe, y el más subordinado, por conciencia del deber, en la realidad de la vida.

Obtuve, pues, el permiso de mi jefe para visitar Málaga, Cádiz y Sevilla; y una vez obtenido, tomé billete de primera clase ó de primera cámara en uno de los vaporcillos destinados al servicio público de aquella costa.

Pero no fui solo, que en la expedición me acompañó un ingeniero de minas, á quien llamaré A. y que era un tipo extraordinariamente curioso.

Quizá mis instintos de autor dramático, entonces aparentemente dormidos, se revelaban de un modo indirecto en el ansia que siempre tuve por observar tipos, costumbres y caracteres; y puede decirse que ni antes ni ahora ni nunca he cesado de tomar *instantáneas* en mi cerebro, cuando algo que sale de la esfera común se me presenta en mi camino ó me cruza el paso.

Al ingeniero A. me parece que lo tengo ante mí. Si supiera

pintar, lo pintaría con extraordinario parecido, porque mi memoria es, más que todo, memoria que pudiéramos llamar geométrica.

Vuelvo á repetir, que ahora mismo me parece que lo estoy viendo, con su cuerpo flaco y desmedrado; con su cuello largo, inclinado hacia adelante; con su prolongada cara un poco encendida por lo que se llama vulgarmente «calor de hígado»; con su corva nariz de cartulina, que parecía seguir el movimiento general del cuello; con su pelo espeso, mal peinado y caído hacia adelante; con sus bigotes jamás levantados con insolencia, sino antes bien, doblados hacia abajo con fatiga; y en toda su persona con un no sé qué de bondad humilde, de inclinación respetuosa y de honrada dulzura, si se me permite este maridaje extraño de palabras, para expresar lo que no es fácil expresar de otro modo.

Con todo esto, el ingeniero A. era hombre de buen talento; escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes; honrado á carta cabal; y como ninguno, y aún más que yo, respetuoso y subordinado.

Su nota dominante, ya lo dije antes, era la timidez; y á fe que no tenía edad para ser tímido, porque iba caminando hacia los treinta, y aun representaba algunos años más.

Timido, modesto y viejo antes de tiempo: tal fué mi compañero de viaje en aquella expedición costanera, que yo emprendí con tan profunda emoción como si se tratara de dar la vuelta al mundo.

Llegó el día de la marcha, y en la lancha del puerto, de la cual era yo capitán y timonel, fuimos los dos desde la escalinata del muelle á la escalera del vapor, cruzando sobre las azules olas del mar de Almería en una espléndida tarde de la anticipada primavera.

Subimos al vapor ambos, y sospecho que con tanto encogimiento el uno como el otro; porque á decir verdad distábamos mucho de ser dos intrépidos navegantes, á pesar de ser descendientes acaso de aquellos que descubrieron y exploraron y con-

quistaron un nuevo mundo. ¡Cómo cambian las razas y cómo degeneran!

En la cubierta nos quedamos largo rato sin saber qué hacer de nuestras personas.

Al fin, yo, como el más intrépido, formulé esta atrevida pregunta: «Me parece amigo A. que debemos preguntar por nuestros camarotes.» Y él, moviendo la cabeza de arriba abajo, después de haber abierto mucho los ojos, para penetrarse sin duda de la grandeza del problema por mí planteado, contestó con su voz apacible y un tanto cascada: «Me parece que sí.»

«Pero ¿á quién hacemos la pregunta?» dije yo: y él replicó con tristeza: «¡No lo sé!»

Al fin nos lanzamos, siempre juntos, como soldados en fila, á buscar alguien que nos diera razón de nuestros respectivos camarotes; y el resultado fué, que aunque los habíamos pagado, no los teníamos, porque el vapor venía lleno desde Valencia y Cartagena.

El capitán se excusó como pudo y nosotros nos quedamos en pie sobre cubierta y unidos por la común desgracia, mientras los marineros levaban ancla, el buque se ponía en movimiento, y un enjambre de pasajeros bullían sobre cubierta, buscando asientos, bancos y butacas en que sentarse para presenciar las maniobras y gozar de las hermosuras de aquel ancho y despejado horizonte en que por línea imperceptible se fundían el rizado azul del mar y el terso azul del cielo.

Al fin le dije yo á mi compañero: «Me parece que debemos pasearnos»; y él asintió con su bondad de siempre y su carencia absoluta de iniciativa.

Y, en efecto, empezamos á pasearnos por la cubierta; pero ni él ni yo pronunciamos una palabra: sin duda meditábamos ambos en lo difícil de nuestra situación y en lo peligroso de la empresa con tan mala fortuna acometida.

Al fin le dije yo con cierta energía:

—Amigo A., lo que hacen con nosotros es una infamia.

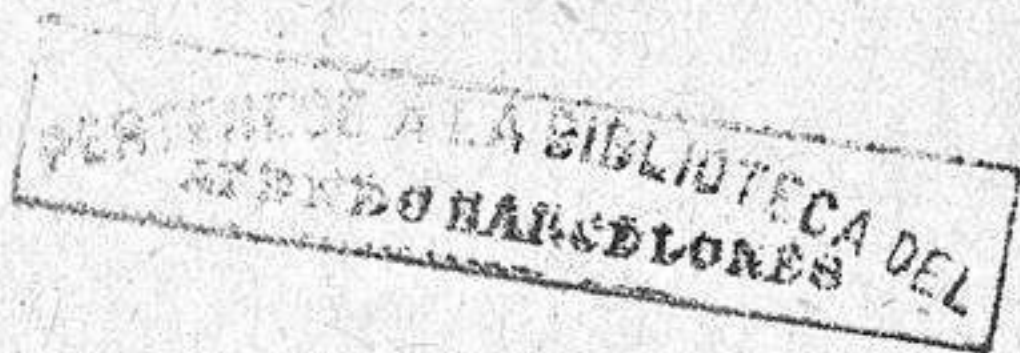
—Una infamia:—repitió él, abriendo otra vez los ojos y moviendo de arriba abajo la cabeza varias veces.

—Hemos pagado camarote de primera—seguí diciendo—y no tenemos camarote.

—No: no lo tenemos—repitió él.

—Deberíamos protestar—agregué yo.

—Eso es: protestar—dijo él.



Y otra vez nos quedamos en silencio, porque ni sabíamos ante quién protestar, ni la protesta nos hubiera proporcionado los dos camarotes que necesitábamos.

De este modo, unidos por un estrecho tacto de codos, pronunciando yo de cuando en cuando alguna frase y repitiéndola él como un eco, estuvimos paseándonos sobre cubierta toda la tarde, con pequeños descansos, cuando por azar quedaban desocupados dos asientos.

Y llegó la hora de comer, y empezaron á bajar pasajeros al comedor, sin que nosotros nos atreviésemos á imitarlos: los dos, tímidos en exceso y hasta con ridículos excesos, y unidos tácitamente en la misma cobarde inexperiencia, más propia de niños de cinco años que de dos ingenieros de veintiuno y veintiocho respectivamente, seguíamos dando vueltas por el puente y mirando con envidia, por las claraboyas ó tejadillos de cristales de la cubierta, á los demás pasajeros que, sentados intrépidamente alrededor de la mesa, esperaban que empezase el servicio.

Valerosos éramos ante la ciencia: yo me atrevía con cualquiera integral; con cualquier análisis químico se atrevía mi compañero, que era hombre de saber y de práctica. Y, sin embargo no nos atrevíamos á bajar á la cámara, ni, por lo tanto, á tomar asiento en la mesa, que ya estaba casi completamente llena; sólo faltaban algunas señoras que, por estar mareadas, ó se habían quedado sobre cubierta ó se habían encerrado en sus camarotes.

Yo, sin embargo, tenía conciencia de que aquella timidez nuestra era absurda y era ridícula. En cuanto á mi compa-

ñero no sé lo que pensaría; pero su aspecto revelaba una gran conformidad cristiana y una gran resignación.

Estaba visto: habíase resignado el buen hombre á no comer, á no dormir y á seguir á mi lado paseándose indefinidamente, en tanto que yo no tomase la iniciativa para alguna resolución desesperada.

Al fin rompí el silencio de este modo: «Me parece que, ya que no nos den camarotes, al menos para bajar y sentarnos á la mesa tenemos pleno derecho.»

Y él, con sus afirmativos movimientos de cabeza, me dió á entender que era de la misma opinión.

Estábamos, pues, conformes.

Y yo callé, y él nada dijo, y seguimos paseando.

Por último, por repentina y heroica resolución, le interpele de este modo:

«¿Quiere V. que bajemos? Porque tengo hambre.»

Y él, estirando y encorvando el cuello más que de costumbre, me contestó con su acento bondadoso: «Como V. quiera.»

«Pues adelante.» Y llegamos resueltamente al primer escalón de la escalera, que á la cámara conducía.

«Pase V.», le dije yo.

Pero mi buen amigo, demostrando energía por vez primera en su vida, se echó hacia atrás, diciendo resueltamente: «No, eso no; pase V. primero.» Fué la única ocasión en que le vi mover la cabeza transversalmente para decir: «no». Le miré, y leí este pensamiento en su frente ancha y un tanto arrugada: «buen egoísta estás, que quieres echarme delante y bajar á mi amparo aprovechándote de mi peligrosa iniciativa.»

Con que así quedamos un rato, con más vergüenza que si se tratara de bajar al antro más vergonzoso; con más miedo, que hubiéramos tenido para trepar por una brecha.

¡Bajar él primero por aquellos escalones de madera, pulimentados y brillantes, y con adornos de luciente cobre! ¡Penetrar él primero, repito, en aquella cámara tan llena de gente, que, á no dudarlo, hubiera fijado en nosotros sus

miradas! ¡Pasar, por detrás de los que ya estaban sentados á la mesa, entre los balances del vapor, y expuestos á caer sobre cualquiera de ellos, ó acaso sobre una señora! ¡Escoger entre los asientos vacíos dos que estuviesen juntos, y tener que decir en voz alta: «que nos sirvan la comida!» Empresa tal era superior á nuestros alientos; y estoy seguro que los dos pensábamos á la vez: «no, es preferible no comer.»

Estas timideces ridículas, absurdas é inverosímiles, fueron sin embargo reales, y tal como yo las pinto. No exagero, no recargo; digo con toda verdad lo que yo sentía y lo que sentía mi compañero, y muchas veces he pensado después: ¡qué distancia entre cualquiera de nosotros dos y un yankee, ponga por ejemplo! Si nos fijamos en las condiciones de carácter, en esas condiciones de intrepidez, osadía y poca aprensión, que tan decisivas son para las luchas de la vida, ¡qué diferencia tan inmensa entre el joven, que se ha educado en la atmósfera sublime pero abstracta de la ciencia, y el que se ha educado bregando con la realidad, y abriéndose paso, no por entre fantasmas divinos de leyes geométricas ó analíticas, sino por entre los hechos brutales, por entre la materia palpitante, por entre otras vidas activas ó agresoras, dirigiéndose siempre, no hacia una abstracción científica, sino hacia un objeto real y positivo!

Pues en lo alto de la escalera estuvimos un buen rato contemplando el lustre de la madera y el brillo de los adornos é incrustaciones de metal, como si nos interesasen mucho.

De pronto sonó detrás de nosotros una voz: «¿Permiten ustedes?» Y un caballero, que se había retrasado, pasó por delante y empezó á bajar la escalera de la cámara.

El mismo pensamiento nos asaltó á la vez á mi compañero y á mí. En las grandes situaciones, el instinto de conservación es prodigioso; y los dos pensamos: «ese hombre baja á comer, luego yendo detrás de él podemos también bajar nosotros: él nos guía, él nos abre camino, él nos ampara, para él son todas las responsabilidades y todos los peligros: es, como si di-

jéramos, cabeza de columna; pues tras él y adelante, es decir, hacia abajo:» y tras él nos precipitamos resueltamente. Él, el primero; yo, el segundo; y mi amigo, el de la cara triste, el último, buscando siempre la posición más estratégica.

De este modo llegamos á sentarnos á la mesa aquella tarde memorable tan llena de sobresaltos estúpidos y emociones insípidas.

Y una vez en la mesa, comimos sin ningún linaje de timidez y con bastante buen apetito.

*
* *

Y ¿de dónde procedían mis timideces?

¿De la raza y de la sangre? Imposible.

Mi madre era de las Provincias Vascongadas; y sus padres y sus abuelos y todas sus ramas ascendentes, en aquella región del Pirineo, que nunca ha criado seres tímidos, habían echado constantemente sus raíces. En cuanto la memoria de mi madre y sus tradiciones de familia alcanzaban, no podían encontrarse más que vizcainos ó guipuzcoanos. Familia vasca con sus pergaminos, sus genealogías y sus pujos de nobles ó de hidalgos, y por lo tanto su serena altivez. Así, mi madre, que era buena con la bondad de un ángel, era valerosa y enérgica; y jamás tuvo miedo ni se asustó por nada.

Mis timideces para el mundo, mi cortedad ante las gentes, mi repugnancia á rozarme con personas desconocidas, como si cada una de ellas fuese un problema temeroso para mí, nunca pudieron proceder de la *rama materna*. Quizá de ella procedieron—como explicaré más adelante—mis aficiones desenfrenadas por la literatura dramática y por la poesía.

Pues si no pude ser tímido, en estos primeros roces de la

vida social, por herencias de madre, por herencias paternas menos, mucho menos lo pude ser todavía.

Con decir que mi padre era *aragonés*, con decir que nació en *Zaragoza* y en aquellos tiempos tan próximos á la guerra de la Independencia, que parecían empapados de sus energías y fierezas, está dicho todo.

Muchas veces me contaba mi padre, que revolviendo escombros, que aun quedaban de los pasados sitios, él y otros compañeros solían encontrar cajas y montones de balines ó de metralla: nobles proyectiles que sustituían gozosos al puro canto ó al grosero cascote, en sus guerras y pedreas.

Y era de ver—según él decía—la cara de su padrastro al verle entrar en casa con la cabeza rota y ensangrentada.

¿Quién te ha hecho esa *gusanera*?—le preguntaba con semblante severo.—«Otro chico;»—decía él.—«¿Y tú qué le has hecho?»—continuaba preguntando el que hacía veces de padre, y aun siéndolo de veras hubiera preguntado lo mismo.

Y si el mío contestaba que no había podido hacerle nada, porque había tenido que retirarse del campo de batalla, eran de oír las indignaciones del padrastro.

Pero si contestaba, que le había dejado tendido en tierra con otra *gusanera* mayor que la suya, el padrastro se convertía en padre, que le agasajaba amoroso.

Con tal sistema y en tal tierra, manejando desde los ocho años cascotes de las ruinas, balines de los sitiados, ó metralla de los sitiadores para simular guerras, en que nunca faltaba sangre no fingida, no era fácil que se criasen los chicos con timideces de monja ó de educanda de colegio.

No; no era yo tímido por ser hijo de mi padre.

*
* *

Mi padre siempre tuvo una gran ternura en el alma: lloraba en el teatro como un niño, y toda acción noble le conmovía profundamente; pero su carácter, por ser de la tierra que era, fué siempre enérgico y valeroso hasta lo inconcebible: no con energías de un primer arranque transitorio, sino con energías tenaces, superiores al tiempo, y á los años, y á las contrariedades, obstáculos y miserias de la vida, como lo prueba su historia, que tantas veces me refirió cuando yo era niño, que sus amigos de aquella época me completaron en más de una ocasión, y que como título de gloria he de referir en esta serie de recuerdos, uniendo en piadoso tributo sus recuerdos á los míos.

Lea estos nuevos recuerdos el lector, y dígame si hay nadie, ni francés emprendedor, ni vigoroso inglés, ni voluntarioso yankee, capaz de hacer más, ni mejor, que lo que hizo mi padre en los comienzos de su juventud, en su niñez casi.

*
* *

Quince años tenía mi padre, cuando su familia quiso resueltamente, que siguiera la carrera eclesiástica. Un tío suyo era, si mal no recuerdo, canónigo, y administrador de muchos de los bienes de la Virgen del Pilar, es decir, un personaje en las entonces esferas poderosísimas del clero.

Su madre, quiero decir, mi abuela paterna, era mujer muy devota; devotísima toda la familia; y las inclinaciones religiosas de todos y las altas influencias del tío canónigo, se empeñaban en preparar y hubieran preparado de este modo un porvenir brillante para mi padre, si mi padre, obedeciendo los superiores mandatos de la familia, hubiese entrado en el Seminario.

Pero no quiso: su voluntad enérgica hizo frente á todas

aquellas voluntades durante algunos meses; y en el último trance, cuando vió que á la fuerza le iban á encerrar, en lo que él consideraba como cárcel y los suyos como camino del cielo y escalón de la fortuna, tomó una resolución desesperada. Dejó á su familia, se escapó de Zaragoza y se lanzó por el mundo, solo, sin dinero, sin amigos, sin protectores, sin más que una idea: voy á Madrid, á seguir la carrera de medicina.

Tenía quince años. Once años después supo de él por primera vez su familia, cuando les participó, que acababa de obtener el título de Doctor en Medicina y Cirugía, que había ganado una cátedra de Agricultura por oposición y que se había casado.

Ya no corria peligro de que le obligaran á ser canónigo. Muchas veces me refirió su viaje de Zaragoza á Madrid. A pie casi siempre, á ratos montado en los lomos del macho de algún arriero, cuando encontraba arrieros compasivos; más de una vez pidiendo pan de limosna. Y de esta suerte entró en Madrid, sin otros recursos ni elementos de lucha, que sus quince años, su energía aragonesa, la idea de ser médico á todo trance y siete cuartos en el bolsillo, ó resto de los pocos reales que sacó de Zaragoza, ó don piadoso de algunos viajeros caritativos.

Pero traía en el bolsillo, además de los siete cuartos, una carta de recomendación de un profesor de Zaragoza, que estaba en el secreto de la escapatoria, para otro profesor ó jefe ó alto empleado del Hospital general de Madrid.

Única protección, único amparo y única esperanza del pobre niño en su desesperada y para él y para cualquiera titánica empresa.

Muchos chicos se habrán escapado de casa de sus padres, y se habrán ido á correr solos por el mundo; y no está el mérito en los atrevimientos de la fuga.

El mérito está en no haber caído, por la miseria y el abandono, en esas últimas capas sociales, en cuyo barro y cieno se

hunden y desaparecen tantas criaturas desamparadas, convirtiéndose en barro y cieno también.

El mérito está en haber resistido todas las tentaciones del vicio, en haber tenido voluntad indomable para todos los desfallecimientos y energía sublime contra todas las desesperaciones.

El mérito está, repito todavía, en haber puesto ante sí un norte, y en haber caminado hacia él durante once años, sin desviarse jamás, ni hacia la derecha, ni hacia la izquierda; trabajando siempre para vivir, estudiando siempre para aprender.

El mérito está, repito por último, en haber llegado al fin, creándose, como él decía, «con su energía aragonesa, y con la ayuda de Dios, una posición digna y honrada».

A mí todo el mundo me ha ayudado en esta vida: padres y amigos; compañeros y profesores; admiradores bondadosos y entusiastas partidarios. A él no le ayudó nadie más que sus internas energías, en ese Hospital general, donde hizo su carrera, desde criado de los mozos, hasta doctor y catedrático.

Para mí los cariños, los mimos, el desahogo, la comodidad en la casa paterna. Para él, durante once años, los pasillos, los patios y las salas del Hospital general.

¡Cuántas veces pensaba yo, al oír sus relaciones y memorias, en que hay contrastes singulares y dramáticos en la vida de unas y otras criaturas!

Mi madre, cuando yo era estudiante, todas las noches antes de acostarse me apagaba la luz, para que no leyese ni estudiase más. Mi padre, cuando tenía que velar en el Hospital general, hacía rayas en la vela que le dejaban, porque á veces el cansancio y el sueño le rendían; y si entraba de pronto un ayudante, y le preguntaba, para ver si se había dormido, *qué hora era*, por las rayas de la vela calculaba la hora que podría ser.

* * *

Entrar mi padre en Madrid con sus siete cuartos y su carta de recomendación y dirigirse directamente al Hospital general en busca del profesor á quien la carta iba dirigida, fué todo uno. En verdad que no había tiempo que perder; porque con sus siete cuartos por todo caudal no era fácil que hubiera encontrado posada.

Afortunadamente la carta era eficaz. El profesor era buena persona; le hizo gracia la energía del chiquillo y su intención recta; y consiguió que entrase en el Hospital general, no sé cómo, ni en qué concepto: vino á ser algo así como un chico que se toma para ayudar á los mozos; un niño á quien se da de comer por lástima, se le deja dormir en un rincón, se le encomiendan algunos recados, y se le permite asistir á las clases.

¿Cómo pudo seguir en estas condiciones la carrera? Ni él mismo se daba cuenta de cómo se operó el milagro, ni de cómo pudo resistir su salud—que tampoco era muy buena—tanto estudio, tanto trabajo y tantas soledades del alma.

Y ello es, que no se contentaba con seguir la carrera de medicina y cirugía, sino que perfeccionó el griego y el latín, en cuyos dos idiomas clásicos llegó á ser profesor eminente. En latín sostuvo muchas oposiciones, hablando la lengua de Ciceron con tanta soltura casi como la lengua propia. En el griego llegó á tal punto, que muchas veces me leía cantos enteros de la *Iliada* y de la *Odisea* de repente, sin vacilar, sin acudir nunca al diccionario, como si fuera leyendo en una traducción castellana.

A la vez, estudiaba Agricultura y Botánica, y en la primera de estas ciencias siempre estuvo á la altura de los trabajos más modernos: por lo que después he visto, en el admirable curso que explicaba en Murcia, se anticipaba á muchas de las ideas y teorías que han venido más tarde.

Pero la Botánica era su ciencia de predilección. El herbórizo con verdadero frenesí una gran parte de la provincia de Murcia; y yo recuerdo haber visto en su despacho muchos estantes de pino, atestados todos ellos de enormes montañas de

papel de estraza entre cuyas hojas dormían disecadas, con su perfecta clasificación y otros muchos detalles técnicos que nunca comprendí, todas las especies de la flora murciana.

¿Qué se hicieron aquellas verdaderas riquezas de su ciencia predilecta, acumuladas durante doce años? Cuando yo salí de Murcia, pilas enteras de papel eran polvo y polvo son hoy aquellas venerables montañas de florecillas secas, de hierbas aplastadas y de papel áspero y oscuro, que en mis primeros años yo contemplaba con tan infantil curiosidad y tan temeroso respeto.

Pero nunca me interesó gran cosa la Botánica, al menos en su parte descriptiva y en sus laboriosas clasificaciones. Siempre acompañaba yo á mi padre; pero mientras él buscaba hierbas y flores, yo me entretenía ó mirando aquellos hermosos horizontes de luz ó resolviendo problemas de geometría.

Mi padre y yo, en nuestra esfera propia, representábamos la desviación de toda una sociedad, al menos por lo que se refiere al orden del pensamiento.

Él, latino; él, helenista; él, naturalista; él, médico y cirujano con la escuela práctica del Hospital general. Yo, matemático; yo, ingeniero; yo, aficionado á la estética; yo, apasionado por lo moderno; yo, aprendiz sin consecuencia de las lenguas sabias, que abandoné totalmente por unas cuantas de las lenguas vivas.

Pero aún me queda mucho por decir y el artículo va siendo excesivamente largo.

Dejemos el resto para otro día.

José ECHEGARAY.

CRONICA LITERARIA

La apertura del curso en la Universidad Central.—Discurso de D. Mariano Antón.—Cuestiones de Etnología moderna.—La controversia aria.—Las razas de Europa.

El comienzo de la *season* madrileña—que diría un cronista de salones,—ó en términos más llanos, la temporada de otoño, en que vuelve á reanudarse la actividad de la vida cortesana, se señala con todo género de aperturas: apertura de los tribunales, apertura del curso universitario, apertura de los teatros, y semiapertura de la plaza de toros: sucesos de diferente importancia, sin duda, pero entre los cuales es posible que aquellos que parecen menos graves y trascendentales, sean los que tengan mayor número de devotos.

Siempre me ha interesado, entre estas aperturas, la del curso académico. El acto en sí tiene poco de particular. Se reduce, como saben cuantos han concurrido á él, á la lectura de un discurso por el catedrático designado por el claustro, y á la entrega de los diplomas correspondientes á los alumnos premiados por las Facultades é Institutos. Alguna vez el ministro de Fomento, ó quien preside el acto, pronuncia unas cuantas frases de cajón sobre los beneficios de la cultura, etc., etc.; mas por lo común, se limita á declarar abierto el curso académico. Las togas, mucetas y birretes de catedráticos y doctores dan

una arcáica nota de color al acto. El público compónese, en su mayoría, de las familias de los estudiantes aplicados, las cuales acuden á presenciar el triunfo del futuro médico ó el futuro legista, y por lo común escuchan el discurso con respetuoso aburrimiento, esperando que, llegado el instante de repartir los premios, avance Fulanito hacia la mesa presidencial en busca de sus diplomas.

La solemnidad, mirada fríamente, apenas ofrece otro interés que el que tener pueda el discurso, y el de ser aquélla uno de los pocos restos que van quedando del antiguo ceremonial universitario. Antes, las investiduras de los grados de licenciado y de doctor celebrábanse también en forma parecida, mas sea por razones económicas, ó por la poca afición á estas pompas que hay entre nosotros (lo mismo pasa con las condecoraciones, que casi nadie usa fuera de los actos oficiales), el hecho es que ha caído en desuso aquella costumbre.

Esto mismo, ó sea la carencia de esa afición al aparato y al ceremonial, que tan viva se conserva en otros países, se nota en el reparto de los premios. Y hay que convenir en que esta parte del acto está dispuesta de la manera más prosaica y menos estética posible. Se va llamando por lista á los alumnos premiados, y uno á uno avanzan desde el lugar que les está adscrito hasta la mesa presidencial, recorriendo la no corta distancia que media entre ambos lugares, por el paso que dejan los asientos del claustro, y regresando después por el mismo camino con sus diplomas en la mano.

Pocos son los que muestran cortedad ó encogimiento. Casi todos hacen su peregrinación hacia la presidencia, por en medio de los señores de las mucetas rojas, azules, amarillas y de todos colores, caminando con el mayor desembarazo. Es probable, por no decir seguro, que allá en el fondo íntimo de la conciencia, que es el reino de la sinceridad, porque allí no se finge ni se aparenta nada, ni hay para qué, les halaga el premio que van á recibir. Mas se guardan bien de manifestarlo. Huyen de la prosopopeya, de la *pose*, hasta el extremo de que se

podría apostar algo á que, al hablar con sus compañeros de la distinción conseguida, no le dan otra importancia que la consiguiente á la exención del pago de los derechos de matrícula que proporcionan los premios. ¿Es que la juventud se ha materializado hasta el punto de no ver en los triunfos universitarios más que el medio de ahorrar un puñado de pesetas? Nada de eso. Obedece al mismo sentimiento, por virtud del cual hasta los que han bebido los vientos por una cruz, y han hecho por ella antesalas, y hasta la hubieran pagado bien, de venderse, no se atreven á ostentar en el ojal la codiciada roseta.



Aunque en general la inauguración del curso académico, dista bastante de ser una solemnidad dispuesta artísticamente, en forma propia para excitar la fantasía, dudo que la presencién con indiferencia los que pisaron tiempos atrás las aulas.

Entre nosotros apenas se hace vida universitaria. El trato y comunicación entre maestros y discípulos suele estar limitado á lo puramente oficial. La Universidad no constituye una corporación viva á la manera de las antiguas. Año tras año las generaciones de estudiantes cruzan por sus aulas de paso, en busca del título y sin hallar más de lo que buscan. Tiene algo de oficina administrativa. ¿Es que la estrecha red de las reglamentaciones, planes estáticos (por decirlo así), de estudios, programas, sistemas prescritos de enseñanza medidos por horas, la ahoga y la hace infecunda? Tal vez; pero hay que confesar que la común flaqueza de iniciativas se acomoda gustosa al molde y á las trabas.

En general (hay naturalmente excepciones) se tiene un concepto mecánico y poco elevado de la función universitaria. Y

el ánimo se aparta de la común propensión á atribuir todos los males á las leyes y á los poderes públicos cuando considera que no es á los ministros de Fomento, ni al profesorado, á quienes cabe la mayor culpa de lo que ocurre; que hay algo más desconsolador: la falta absoluta de opinión en el país sobre materias de enseñanza, si por opinión no ha de entenderse lo que piensa un gran número de padres de familia, cuyo ideal en materia de instrucción pública se reduce á que haya pocas asignaturas, libros de texto á peseta, é indulgencia plenaria en los exámenes.

Es triste, pero hay que reconocer que el país no *opina* en estas cuestiones, que no le interesan, y apenas existen para él como problemas científicos y de cultura nacional. Para muchos, una persona que se consagra á la ciencia sin otro fin, es un ser incompleto, un maniático tranquilo, un *chiflado*, en suma. Al observar estas y otras señales de indiferencia tan notorias se siente el observador muy inclinado á la benevolencia con todas las rutinas de la cátedra y todas las reglamentaciones de los planes de estudios. No hay ambiente para otra cosa. La enseñanza, reglamentada como lo está, es lo que todos sabemos; mas no cabe preguntarse sin alarma qué sería, en tales condiciones de medio, la enseñanza libre.

Pero, aun estando la Universidad tan decaída, se ama, sin embargo, aquella casa, ó, por lo menos, suelen amarla los que por ella han pasado. Y se la ama un poco á la manera que se sigue amando á las mujeres que nos han burlado. Porque, por unas ú otras causas, la Universidad ha llegado á ser una de las más calificadas fábricas nacionales de desengaños. De ahí que los estudiantes de ayer miren melancólicamente á los estudiantes de hoy, en estas solemnidades universitarias de apertura del curso, como un reflejo y una evocación de su pasado, de aquellos días hermosos en que la fuerza de las ilusiones juveniles así se cuidaba de la realidad, como se curaba Don Quijote de averiguar si eran molinos de viento los gigantes que su imaginación fingía. En esa edad de fe y entusiasmo en

que se pasa comúnmente por las aulas, la ciencia parece próxima, el camino llano, la verdad triunfante y soberana, y hasta la conquista de la posición, de la personalidad social, segura.

¡Qué inmensa suma de energías, de savia generosa, de fe en la vida no se seca y malogra antes de tiempo, antes de la época natural de los desengaños, cuando la realidad, con sus rudas y ásperas lecciones, sustituye aquella deliciosa embriaguez con el sabor amargo que dejan las esperanzas perdidas, y muestra que la ciencia está lejos, que la verdad cuenta pocos partidarios y que nuestra organización social tiene más parecido con la clientela antigua que con el mandarinato chino de *letrados*.

*
* *

He dejado correr la pluma demasiado, y ya es tiempo de que, volviendo al punto de partida, diga algo del discurso que leyó en la apertura de los estudios el Sr. Antón, catedrático de Antropología.

Es curioso, y hasta puede decirse significativo, que en estos discursos sólo por excepción se traten cuestiones de enseñanza, temas relacionados directamente con la función que á la Universidad toca ejercer, y que serían tan propios de una solemnidad de esta clase. Por lo común, los profesores eligen, dentro de su especialidad, un asunto científico ó literario, y dicho se está con esto cuánta variedad no habrá en la materia de las oraciones de apertura de curso, entre las cuales figurarán trabajos muy notables.

El Sr. Antón, siguiendo esta costumbre, que tiene de bueno la libertad en que deja al disertante, aunque hace que los discursos suelen ser para el claustro y no para todo el público en

general, había elegido como tema el siguiente : *Razas y naciones de Europa*.

En el discurso del Sr. Antón las razas ocupan mucho más espacio que las naciones, de las cuales se habla muy de pasada. Y es natural que sea así, dado el punto de vista del autor, que es el de la ciencia que profesa. Las razas corresponden más directamente que las naciones al campo de la antropología, siquiera ésta, tomándola en su acepción más amplia, abarque todo lo humano. Una raza puede en cierto modo determinarse con los datos estrictamente antropológicos, ó sea con caracteres anatómicos y fisiológicos, como otra cualquier variedad de una especie; una nación nunca. Lo que á la nación caracteriza es el espíritu ó la conciencia nacional, que se sobrepone á los elementos antropológicos no menos que en un individuo civilizado predomina la actividad psíquica sobre todas las otras, determinando la dirección de su vida. Así se observa que las naciones, y en mayor escala las que han pasado por muchas transformaciones históricas, presentan un agregado de muy varios elementos étnicos, que, aunque conserven sus caracteres materiales distintivos, han llegado á fundirse en una cierta entidad social que constituye la personalidad de la nación. ¿Quién puede dudar que la nacionalidad francesa, tan esencialmente unitaria y centralizadora, es una de las más acentuadas de Europa? Y sin embargo, en Francia pueden señalarse, como lo hace M. Alfredo Fouillée en su reciente estudio *Degenerescence?* (1), tres razas: una la celta, morena, braquicéfala, otra germana, rubia, dollicocéfala, otra la ibérica ó mediterránea, y aun podría añadirse quizá á éstas, si se le otorga existencia aparte, el reducido grupo turanio de los bascos de allende el Pirineo. Entre nosotros, que sin tener un sentido unitario tan marcado como el de nuestros vecinos, constituimos una nacionalidad bien caracterizada, podría señalarse acaso mayor variedad de

(1) *Revue des Deux Mondes* del 15 de Octubre de 1895.

elementos étnicos, por haber sido más considerable y prolongada aquí la comunicación con los semitas.

No digo esto en son de censura, pues, aparte de que reconozco que me faltaría competencia para ello, el discurso del Sr. Antón me parece un trabajo notable y por demás interesante. Mi propósito al hacer notar esta circunstancia se reduce á señalar cuál es la índole del estudio del distinguido profesor de Antropología.

Es muy erudito este discurso, pero más que en las numerosas citas y referencias que contiene, se puede apreciar el conocimiento claro y profundo que posee el Sr. Antón de la materia, en la facilidad con que concreta y condensa las cuestiones en fórmulas precisas y breves. Cualidad ésta eminentemente didáctica y que no se logra con la mucha lectura, sino que requiere la asimilación de los trabajos ajenos incorporados así al pensamiento propio, y más aún el ejercicio de éste, supuestas las dotes de perspicacia y laboriosidad, sin las cuales no puede el investigador dar un paso.

El autor del discurso acredita en él que posee esa facultad de exposición, á cuyo desarrollo contribuye sin duda el ejercicio de la cátedra, y por virtud de la cual su trabajo puede dar una idea clara de las cuestiones que allí se tratan, aun á personas ignorantes ó poco enteradas de los estudios y polémicas de la Etnología moderna. El orden que sigue el señor Antón en su discurso contribuye mucho á la claridad de este. Primero expone las fases por que ha pasado la Antropología moderna hasta llegar á su actual estado de desarrollo; hace después un resumen muy completo de la llamada «Controversia aria», ó sea de la cuestión sobre el origen de los arios ó indo-germanos, y su representación más pura en las actuales razas, cuestión en la cual va incluida en parte la de la procedencia de las poblaciones europeas, y por último, pasa á determinar los grandes grupos étnicos de nuestro continente, señalando muy de pasada sus tendencias sociológicas y dedicando al final algunos interesantes párrafos al origen de los ibero-

libios, y al papel que desempeñó esta raza, según el catedrático de Antropología de la Central, en la formación de los dos grandes pueblos de la antigüedad clásica, el griego y el romano, y del Egipto faraónico.

Esta gradación de cuestiones me parece lógica, y dudo que en un trabajo de vulgarización (difícil tratándose de materias tan complejas y que en mucha parte no han salido aún del estado hipotético) pudiera adoptarse otra más sencilla y que más ayudara á la total inteligencia del asunto. La primera parte, ó sea la exposición de los diversos períodos por que ha pasado en su proceso de formación la Antropología moderna, es antecedente necesario de las cuestiones acerca de las razas, por cuanto muestra el sentido que las da la ciencia contemporánea y explica cómo se ha llegado al criterio reinante hoy entre los antropólogos. Del problema ario, aparte de su peculiar interés, puede decirse que por la generalidad é importancia que tiene se relaciona en algún modo con todos los concernientes á las actuales razas europeas y entra como factor necesario en la mayoría de ellos. Tratadas previamente estas cuestiones, la última parte del discurso, que es la de mayor novedad, y está consagrada á explicar la distribución y caracteres de los principales tipos étnicos europeos, el celta eslavo, el teuto-escandinavo y los dos mediterráneos libio-ibérico y semita ó syro-árabe, encuentra allanadas muchas de las dificultades con que el expositor tropezaría en otro caso. Si el Sr. Antón, apartándose de la tendencia que suele dominar en este género de escritos, ha querido hacer un discurso para todo el público ilustrado y no tan sólo para el claustro, ha seguido el mejor camino para alcanzar su fin.

A primera vista parece que un discurso sobre Antropología está muy expuesto á la aridez, que ahuyenta á los profanos y sólo es tolerada pacientemente por eruditos y sabios. No sucede esto con el trabajo del Sr. Antón. Y aunque contribuye á tan laudable resultado el arte con que está expuesto el tema, hay otra circunstancia más objetiva, que presta interés al

asunto y á la disertación. Como indicaba antes, la mayor parte de las cuestiones que se tratan en este estudio se hallan en ese estado de indecisión y vaguedad en que la hipótesis ocupa mucho mayor espacio que las conclusiones demostradas. Y así como en la vida la aspiración y el deseo es lo que da á las cosas estima y no la posesión de ellas cuando al cabo se alcanza, parece que en la ciencia el período de investigación y de conquista de la verdad oculta, es el que mayor interés inspira, aquel en que se despliegan toda la energía de las facultades intelectuales en los mil ensayos y tanteos anteriores al descubrimiento que se persigue. Realizado este, la cuestión pasa al archivo, y todo aquel cúmulo de esfuerzos del pensamiento se concreta en una fórmula, en un hecho, en un dato, como la verde lozanía de la planta y la hermosura de la flor tienen por término el fruto, que es á veces un microscópico granillo. Será una herejía desde el punto de vista científico, pero los resultados adquiridos por el conocimiento parece que lo que ganan en valor positivo lo pierden en valor ideal. Siendo nuestra vida acción y esfuerzo, quizá esa acción y ese esfuerzo signifiquen más para nosotros que la meta á que los enderezamos y que, alcanzada, se trueca en un jalón, en nuevo punto de partida. Nunca parecen tan atractivos los objetos del pensamiento, como si á ellos se mezcla algun misterio. De ahí que los problemas metafísicos y religiosos ocupen el lugar preeminente en los espíritus superiores: en ellos el misterio es perdurable y la meta se aleja, á medida que avanzamos ansiosos en su demanda. Así también, en las ciencias históricas, las cuestiones de orígenes, que se pierden en la lejanía de los tiempos, allá en esa indecisa frontera que separa el campo de las tradiciones y las fábulas del terreno que al conocimiento de los historiadores pertenece, son de las que mayor interés inspiran á los espíritus investigadores y curiosos.

Una de ellas es esa cuestión aria sobre la cual se ha escrito tanto y aún queda mucho por indagar y por escribir para que su solución aparezca clara. La teoría que presentaba á la Eu-

ropa protohistórica poblada por una raza braquicéfala, que se hallaba aún en la Edad de piedra, cuando vinieron del Oriente las emigraciones de los arios dolicocefalos, en posesión ya de útiles y armas de bronce, con las cuales vencieron á los aborígenes, dominó mucho tiempo, no sólo por ajustarse á la general creencia de que la civilización ha partido de Asia, caminando de Oriente á Occidente, sino porque resolvía muchas dificultades, como observa el Sr. Antón. Ha habido después un movimiento de reacción en la Etnología, y á partir de Omalius d'Halloy aparece una copiosa serie de estudios é investigaciones encaminados en sentido contrario y dirigidos á acopiar datos y materiales para la tesis opuesta á la del origen asiático de los arios. La cuna del Aria se ha trasladado desde las mesetas del Pamir á los territorios situados entre el Danubio y el Caspio, y se han aducido razones de indole y valor tan diferentes como la de existir en Europa rastros de la existencia de una raza dolicocefala contemporánea y aun anterior á los braquicéfalos; la ausencia de nombres de especies animales y vegetales de Asia en el primitivo lenguaje de los arios; el ser tan constante el movimiento de los pueblos europeos hacia Asia, y el no haber hecho apenas, en los tiempos históricos, establecimientos ni conquistas permanentes en Europa, los asiáticos (hecho cuya generalidad podría tal vez impugnarse) y hasta el dato de ser más numerosos en las tierras europeas los arios que en la de Asia, argumento que, aplicado á otros países, podrían invocar los etnólogos del porvenir, si se borra la memoria de la colonización europea en el Nuevo Mundo, para sostener, por ejemplo, que los sajones de América fueron los que poblaron las Islas Británicas y no los de éstas los que dieron origen á la población de los Estados Unidos, supuesta la eficacia de la comparación cuantitativa.

Y no se ha limitado á esto la controversia. Los partidarios del origen europeo de los arios se disputan unos á otros, animados por el espíritu de nacionalidad, que en parte alguna está menos justificado que en el terreno científico, el honor de

la descendencia y la representación de aquella noble raza que comparte con los semitas el primado en la historia conocida del mundo, y para unos los arios son los germanos; para otros, los escandinavos; para otros, los celtas ó los lituanos.

En problemas como éste, que permanece dudoso y opinable, cabe la posibilidad de que la antigua teoría sea la verdadera ó la que más se aproxime á la verdad, no obstante los datos en contra de ella aducidos. Nuevos descubrimientos y nuevas observaciones pueden inclinar la balanza en favor de la teoría oriental, mas aunque así sucediera, no sería perdido el tiempo ni el esfuerzo que los modernos investigadores han empleado en fundamentar la tesis contraria. Siempre quedaría de estos trabajos un caudal de datos, de observaciones y de estudios cuyo valor intrínseco no se perdería en el fracaso de la doctrina á cuya erección colaboraron. La investigación científica, aunque equivoque el camino (y no se sabe si en esta cuestión lo ha equivocado) deja tras sí algo fecundo y positivo, resultados parciales, perspectivas nuevas, revelación de sendas ignoradas y de horizontes desconocidos.

Sería excesivo pedir á un discurso tan abundante en datos como el del Sr. Antón, mayor riqueza de contenido, y más si se consideran los límites impuestos á un trabajo destinado á la lectura. Mas al fijar la atención en los últimos párrafos del discurso, que son de los más sugestivos, y en los cuales hace el autor algunas rápidas consideraciones sobre la constitución de los que llama pueblos clásicos de la civilización, egipcios, griegos y romanos, y sobre las tendencias sociales de las tres razas europeas celto ó liguro-eslava, teuto-escandinava y libio-ibérica, se advierte que hay allí grandes objetos de estudio ligeramente esbozados. Determinadas las razas europeas, se ofrece al historiador y al antropólogo un inmenso campo que explorar, señalando la influencia de cada grupo étnico en las instituciones y en la manera de ser de los pueblos, mostrando, en fin, la acción de la raza en la vida de las naciones. Se abre así camino á una nueva interpretación de la Historia,

que por las incesantes aportaciones de las ciencias auxiliares adquiere cada día carácter más científico. La Antropología, que, según el Sr. Antón, se siente con elementos suficientes para buscar la constitución de las razas históricas en la evolución de las prehistóricas; que ha descubierto ya relaciones entre los bascos y la raza de Cromagnon, y entre los germanos y la de Neanderthal, y que, como dice el autor del discurso, encuentra datos para suponer que los helenos y los egipcios surgieron de la mezcla de libio-iberos y syro-árabes, y que los romanos nacieron del encuentro de la corriente céltica y la corriente líbica que vinieron á fundirse en Italia; la Antropología, digo, aun sin necesidad de remontarse tan lejos, puede pretender hoy lugar igual, si no preferente, al que en la enciclopedia de los conocimientos auxiliares de la Historia corresponde á la Geografía y á la Cronología, consideradas como los ojos de Clío.

En cuanto á la forma, el discurso del Sr. Antón tiene cualidades tan estimables de suyo, y aun necesarias en este género de trabajos, como la claridad y la concisión. Quizá un poco de lima hubiera hecho desaparecer algunos ligeros defectos. El uso del artículo en *la Francia* (pág. 9) es un galicismo, y figura, por cierto, entre los ejemplos que de este vicio de dicción pone la gramática de la Academia. *Perdurar poco* (pág. 13) es lo que Schopenhauer llamaría un *sideroxylun*, un contrasentido evidente. Si, como reconoce el Sr. Antón, al adoptar el nombre de *dravirico* y no dravidico ó dravidiano, para la antigua población de la India sojuzgada por los arios, se deben adaptar á las formas de nuestra lengua las denominaciones extranjeras, en vez de tomar las adaptaciones francesas, alemanas ó británicas, parece que no debe llamarse al profeta Mahomet (pág. 18), sino Mahoma, como es uso entre nosotros, ó Mahomed si se quiere conservar más la forma arábica. La frase «La teoría *está* (estaba) completa, y como firmamento sin nubes cubrió é iluminó por muchos años los *ideales* de la Historia», me parece poco feliz. Si el firmamento

iluminase y no los astros, que son los verdaderos luminares, lo que alumbraría sería la historia, mejor que sus ideales.

Pero sea cualesquiera el luminar y lo iluminado, estas ligeras imperfecciones de un trabajo tan meritorio, y que no creo yo que haya sido escrito con el propósito de que figure en colección alguna de trozos literarios escogidos, no pueden quitarle la importancia que tiene, y que yo, muy gustoso, reconozco.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

CRONICA INTERNACIONAL

Consecuencias del frustrado viaje de D. Carlos de Portugal á Roma.—
La ley de garantías.—La muerte de Bonghi.—Crisis ministerial francesa. — Necesidad de definir y concretar la República, siquier sea en sentido radical.—Política de Inglaterra y Rusia en el extremo Oriente.—Los nuevos ministros franceses.—Reflexiones políticas. — Conclusión.

BIBLIOTECA DEL
ATZENO BARCELONA DEL

I

Pueden estar satisfechos de su obra los políticos portugueses. Cuando el bien público europeo pedía un amansamiento de las inoportunas arqueológicas cóleras entre güelfos y gibelinos en Italia, redespertadas y recrudescidas por las incidencias del último centenario, la fidelísima lusitana majestad echa en sus llamas aceite para que ardan más y todo lo devoren. Nunca se trató con acerbidad tan cruel, nunca, el problema de relaciones entre Italia y el Papa, como en este momento supremo, á causa de la humillación infligida por el rey portugués á la diplomacia italiana y del triunfo granjeado á la diplomacia del Vaticano. Ha tenido este triunfo tanta resonancia en el mundo y pueden traer sus incidentes cola tan larga en el tiempo, que se atribuía el regio viaje, no á espontánea voluntad del joven y aturdido monarca, no; á sabias combinaciones maquiavélicas, ya del Quirinal, ya del Vaticano. Y

como el mayormente sospechado y sospechoso entre los sendos enemigos palacios fuese aquel más próximo políticamente al rey, el Quirinal, creíase á éste motor primero y capitalísimo de la increíble aventura. Pero Crispi, con violentísima franqueza, resto de sus antiguas campañas revolucionarias, y resultado de su complexión política esencialmente batalladora y radical, dice á quien desea oirlo que no le había pasado por las mientes la persona y figura del monarca portugués cuando le anunció el embajador suyo en la corte italiana, que deseaba su buen señor y rey hacer una visita solemne á su tío carnal, Humberto de Saboya, en la Ciudad Eterna y en el palacio perteneciente antaño á los Papas. Dice nuestro refrán que pintan calva la ocasión. Un rey católico en Roma después de haber todos los embajadores católicos, y hasta el mismo luterano alemán, por el crecido número de razas correligionarias nuestras en su imperio, abstenídose de asistencia y cooperación á la fiesta nacional última, y dejado el asta de sus banderas desnuda ; un rey católico en estas circunstancias venia como enviado del cielo para desconcertar el concierto mostrado el 20 de Setiembre y sancionar de un modo indirecto la presencia del rey saboyano en los antiguos dominios pontificios. Así la Consulta, ó ministerio de Negocios extranjeros italiano, se mostró muy agradada del acto, casi tanto como se mostró de malherida y desagradada la cancillería del Pontífice. ¡Incomprensible proceder el seguido por los gobernantes portugueses ! No podía ocultárseles que un emperador como el de Austria, con súbditos pertenecientes á varias religiones, no sólo de rito y dogma cristianos, de dogma, y rito musulmanes, nunca se atrevió á pagar en Roma la visita que le hiciera el rey Humberto en Viena; tampoco podía ocultárseles que la ilustre reina Pía no consiguió ver al Papa Pío IX, á pesar de haber ido á Roma con ocasión de la muerte del Rey Víctor Manuel, su augusto padre; no podía ocultárseles que mientras dure la tirantez entre ambas potestades, el rey católico que, quiera en la Ciudad Eterna

ver al monarca Humberto, no puede ver al Papa León; é imposible aguardar derogaciones ó excepción á este código consuetudinario de proceder en la Santa Sede, ahora menos que nunca conforme con la ruina de su poder temporal, tomado por ella, en mi sentir, sin razón, como esencialísimo al poder dogmático y religioso ejercido sobre la Iglesia romana. Y como el no haber ido á Roma D. Carlos de Portugal, después de un compromiso tan serio y de una palabra tan solemne haya disgustado mucho á los gibelinos y exaltado á los güelfos, el gobierno italiano ha dirigido al gobierno portugués un verdadero insulto en la hora de romper con él toda relación diplomática, y amenazado con suspender la ley de garantías, ya que no cesa el combate pontificio á la nación italiana.

II

En tales circunstancias expira y acaba quien redactó el código de relaciones entre la nación itálica y la Santa Sede, Rugiero Bonghi. A la verdad, lo primero que siente uno escribiendo este nombre glorioso, expresivo de un alma privilegiada, es la tristeza consiguiente á la oscuridad extendida en los cielos del tiempo eterno por la extinción de semejantes astros espirituales, que derramaran luz vivificadora y radiante. Catedrático, periodista, historiador, tribuno, filósofo, en todas las ramas del saber sociológico se posó el espíritu de tan eximio maestro; y desde todas dejó caer su privilegiado entendimiento alguna idea, como que llevaba lengua de fuego espiritual en la frente y divino verbo en los labios, cual todos los grandes pensadores á quienes ilumina la idea y sirve la palabra. Bonghi entró desde su niñez en las escuelas idealistas, se

gún se demuestra por su traducción de Plotino. Toda filosofía es una dialéctica, una cosmología, una psicología, una teodicea. Las *Eneadas* de Plotino en verdad no son metódicas, aunque sean sistemáticas. Su principal instrumento no es el raciocinio, es la inspiración; y la inspiración, como su hija la poesía, es más hermosa que ordenada y metódica. Plotino escribía sobre las rodillas, agitado por numen celeste, lleno de Dios, arrojando sin orden sus pensamientos á un mundo devorado por la sed insaciable de lo infinito. Su principal propósito fué reconciliar á Platón y Aristóteles, el Oriente y Grecia. En verdad hacía bien. El Universo no podía salir del pensamiento capital de ambos filósofos, quienes, pareciendo en su forma y dirección enemigos, eran en su esencia uno y solo. Aristóteles y Platón se identifican en el espíritu y en los fines; se diferencian en el procedimiento y en el método. Platón escoge la inducción, Aristóteles la deducción; Platón procede, baja, de lo general á lo particular; Aristóteles procede, sube, de lo particular á lo general; Platón mira el cielo y desde el cielo la tierra, mira la tierra y desde la tierra el cielo Aristóteles; Platón quiere vagar en lo vagoroso, en los vientos, en lo abstracto, Aristóteles quiere posesionarse de lo positivo, de lo temporal, de lo concreto; aquel hace descender los seres como una inmensa catarata, y las ideas con los seres, desde Dios al espacio y al tiempo; levanta éste como una pirámide los seres y las ideas á Dios; Platón pretende construir *a priori* la ciencia, Aristóteles *a posteriori*; Platón busca el ser absoluto y encuentra desde sus senos el individuo, mientras desde la noción del individuo se yergue Aristóteles para buscar y encontrar el ser absoluto; Platón desdeña la hermosura real, jamás la ideal, Aristóteles requiere la hermosura de la naturaleza, de la Historia, de la experiencia; Platón sueña con modelar la sociedad en su pensamiento, Aristóteles piensa modelar la sociedad en las leyes de su propia éntima naturaleza; Platón es socialista y Aristóteles individualista; Platón es más poeta que Aristóteles y Aristóteles más

lógico que Platón; éste se hallará siempre cerca de lo sublime y aquel cerca de lo real; el uno será como la idealidad abstracta y el otro como la verdad positiva; ó, mejor dicho, Aristóteles y Platón serán siempre las dos caras del espíritu, los dos términos de la idea, los dos aspectos ó formas del ser; y si Platón influye, durante la Edad Media, en el Patriarcado, en Constantinopla, en la Iglesia de Oriente, mientras Aristóteles influye á su vez en el Pontificado, en Roma, en la Iglesia de Occidente; cuando llegan tiempos más científicos, sus dos almas, confundiéndose, penetrándose, como en las armonías los sonidos diferentes, como en el aire los aromas diversos, como en las síntesis los términos contradictorios, entran y se pierden juntas en el seno de la filosofía moderna. Rafael, con las intuiciones del genio, ha pintado sobre las paredes cíclicas de sus Estancias celestiales á Aristóteles, robusto y fuerte, con el dedo índice vuelto á la tierra, y Platón, lleno de majestad hierática, con el dedo índice vuelto al cielo, expresando por medio de estos dos sencillos símbolos pictóricos las dos ideas características de tan grandes sistemas filosóficos. Pues al sistema de Alejandría, que uniera los dos genios, perteneció en su carácter el filósofo Bonghi.

III

Por su pensamiento, por sus obras, por sus historias, así de Grecia como de Roma, ejerció Bonghi un grande influjo científico en la juventud italiana y alcanzó renombre universal en Europa entera. Este influjo y este renombre se aumentaron durante los dos años que desempeñó el ministerio de Instrucción pública, bajo la presidencia de Min-

ghethi. Pero si hay que reconocer su influjo literario y su mérito personal, no hay que desconocer su escaso influjo político, y esta desgracia irremediable no fué inmerecida. Con todos sus méritos, que no eran pocos, y todas sus virtudes, que sobrepujaban á sus méritos, adoleció el gran escritor de ondulación é inconsistencia en la voluntad, y en los propósitos, de esta voluntad impulsores. Llamóse conservador á boca llena; perteneció á un ministerio presidido por el jefe ilustre de los conservadores italianos; y unas veces llevó su intimidad con la corte hasta pertenecer á la tertulia privada de aquella hermosa reina, y otras veces su hostilidad hasta sobre su propia monárquica frente atraer el rayo de las indignaciones regias, teniendo que ausentarse, como un privado en desgracia, del consejo de la corona, bien diverso del Consejo de ministros, y muy parecido al Consejo privado de Inglaterra. Yo le conocí en casa del buen amigo Giacometti. Francés por su nacimiento y por su ingenio, al par que italiano por las propensiones de su corazón y por su larga residencia en Italia, como latino por la extensión de su espíritu; Giacometti, gran conocedor de los hechos políticos y de los hombres públicos; tan hospitalario, y en su hospitalidad tan pródigo de atenciones y cuidados, que, vuelto de Roma yo, en mi último viaje, de aquella Roma, donde todo aviva un recuerdo é infunde una emoción, y donde hallé tantas distinciones y obsequios de mis buenos amigos, los coloquios peripatéticos con él entre tantas grandezas y las sendas reflexiones sobre historia moderna y antigua con él dialogadas, quedan, cual riquísimo tesoro, en el corazón agradecido y en la memoria encantada. Allí, casa de Giacometti, en cena donde se reunieron ilustres artistas, italianos, españoles, franceses, una especie de asamblea latina, yo hablé con Bonghi por última y primera vez en mi vida. Verdadero filántropo, amén de verdadero publicista, me había invitado á una fiesta que daba en Agnani, la célebre ciudad romana donde los Colonnas abofetearon al Papa Bonifacio VIII con un guantelete de hierro, fiesta cele-

brada merced á los exámenes de un asilo fundado por su beneficencia personal, y asistido por algunos socorros del Estado. Departimos sobre todo y sobre todos. En estas largas conversaciones, advertí que su temperamento y su carácter de conservador flaqueaban por su base, por la base religiosa. Como en Francia no habrá república segura, sino después que los franceses hayan fundado un partido conservador, donde penetren los antiguos monárquicos, á las instituciones republicanas llevadas por los impulsos y los consejos del Papa, no habrá partido conservador en Italia, no, hasta que se llegue á una reconciliación con la Iglesia, en que, conformándose, no ya de palabra, de hecho, ésta con la pérdida de su poder temporal, institución imposible ya en nuestros días, tan imposible en Italia como la monarquía en Francia, reciba del poder civil aquellas concesiones indispensables al ejercicio de su grande autoridad, cuya virtud prestó al pueblo italiano, y con especialidad á Roma, una supremacía incontestable sobre todos los estados y sobre todas las gentes de nuestra raza latina. Sostuvimos esta conversación pocos días después del célebre discurso de mi amigo, el gran estadista Crispi, discurso pronunciado en Nápoles, y cuyas invocaciones al Dios de los cristianos, habían aparecido como una especie de llamamiento, hecho á sabiendas y á conciencia, después de maduras deliberaciones, para una concordia entre el Quirinal y el Vaticano. Pues bien; debo decirlo sin reserva: en las varias conversaciones con Crispi, el radical, encuentrele más penetrado de la necesidad de una inteligencia entre la unidad italiana y la Iglesia católica, que en esta única conversación larguísima con el conservador Bonghi, ministro de Instrucción Pública, perteneciente á los mantenedores de la estabilidad, antiguo platónico, antiguo deísta, cristiano verdadero y muy devoto de las glorias y de las grandezas nacionales que se identifican de antiguo con el Pontificado y con la Iglesia.

IV

Yo le mencioné sus obras, y se maravilló mucho de que las hubiese leído con atención y le trajese á las mientes ideas y conceptos caídos de su propia memoria y olvidados. La conmemoración del opúsculo escrito por él en los días últimos del Pontificado de Pío IX acerca del Papa futuro, llevó el diálogo al punto magno de las relaciones entre nuestro amado pueblo itálico y la venerable Sede Apostólica. Se mostró, reconociendo su alta superioridad intelectual y moral, airadísimo é implacable con el Papa. Escritor, y gran escritor el jefe de la Iglesia, doñale á Bonghi en el alma no poder conversar con tan eminente colega, y le tenía inquina por no haber levantado para él sólo aquellos anatemas caídos sobre todos los representantes de Italia en las dos Cámaras y no haber hecho singular excepción para él, que había formulado, propuesto, mantenido una ley de garantías, cuyas disposiciones reconocían al Papa todos los derechos y privilegios del poder supremo y soberano, reconocidos á sus correspondientes jefes por todos los pueblos del mundo. Y muy predispuesto al combate bajo la consideración del poco resultado conseguido por su estudiada ley en el ánimo de la Curia romana, y más predispuesto aún por no haber podido mostrar en el Vaticano las cualidades múltiples de grande conversador exhibidas en el Quirinal, desataba su lengua contra la política de León XIII juzgándola peor que la política de Pío IX. Según él, Pío IX era un enemigo de Italia franco, mientras León XIII, pérfido. Y no rechazaba solamente la política, rechazaba también la teología. Desde sus ideas platónicas parecíanle reprobables las preferencias de León XIII

por la Suma, traducción bárbara, según él, de Avicena y Averroes, al eclesiástico latín de la Edad Media, hecha por un hombre, como Santo Tomás, no de genio y de inspiración cual Dante ó Giotto, de paciencia, compilador testarudo y tenaz; muy por bajo de todos los grandes Padres que han servido las Iglesias griegas y romana; comentarista y no inventor; sin elocuencia y sin estro. Después de haber descargado golpes tremendos sobre la cabeza del Doctor Angélico, tan sólo por alcanzar éste las preferencias del Papa, emprendiala otra vez con León XIII, imputándole verdadera estrechez de inteligencia y espíritu por su combate al grande pensador italiano Rosmini, un Hegel católico, sabio y santo al mismo tiempo, fundador de Ordenes religiosas como cualquier gran místico de la Edad Media; primer ontólogo de nuestra edad; salvador contra Kant de las demostraciones que comprueban el ser y existencia de Dios; enemigo de los conceptos kantistas del tiempo y del espacio; quien había sumergido el alma en el ser absoluto y perfecto sin tropezar con el panteísmo, llevando la juventud al seno de la Iglesia, tal como dicen la entiende León XIII, reconciliada con la democracia y con el progreso. Bonghi concibe el despego de Pío IX á Rosmini, por haberse á él acercado el gran filósofo místico, como embajador de la revolución italiana y sus guerras, á la suprema hora en que huía el Papa de la revolución italiana, y se iba expulso de la Ciudad Eterna, como un Papa del tiempo de Avignón ó como un Papa del tiempo de los cismas, á refugiarse maltrecho y desesperado en Gaeta. Pero haber continuado el odio á Rosmini, después que Rosmini está muerto y enterrado, pareciale una horrible crueldad imperdonable. Con tal estado de ánimo ya puede comprenderse cuanto ha dicho y hecho después el escritor ilustre contra León XIII, así en las columnas de autorizada Revista como en las sesiones de populares *meetings*. Sus artículos han ido poniendo de relieve todos los desengaños sugeridos á sus fundadores por la unidad y la independendencia italianas, é imputándoselos al Pontífice por su abstención, y en

las reuniones ha reeditado á grito herido cuantos conceptos me dijo del Pontífice, palabra por palabra, calificándole de peor que Pío IX, y llegando en las consiguientes á un grande amor propio, aporreado y magulladísimo, hasta decir que debía revocarse la ley de garantías, dándole al Vaticano el principal fundamento para no aceptar la ley, su carácter de revocable.

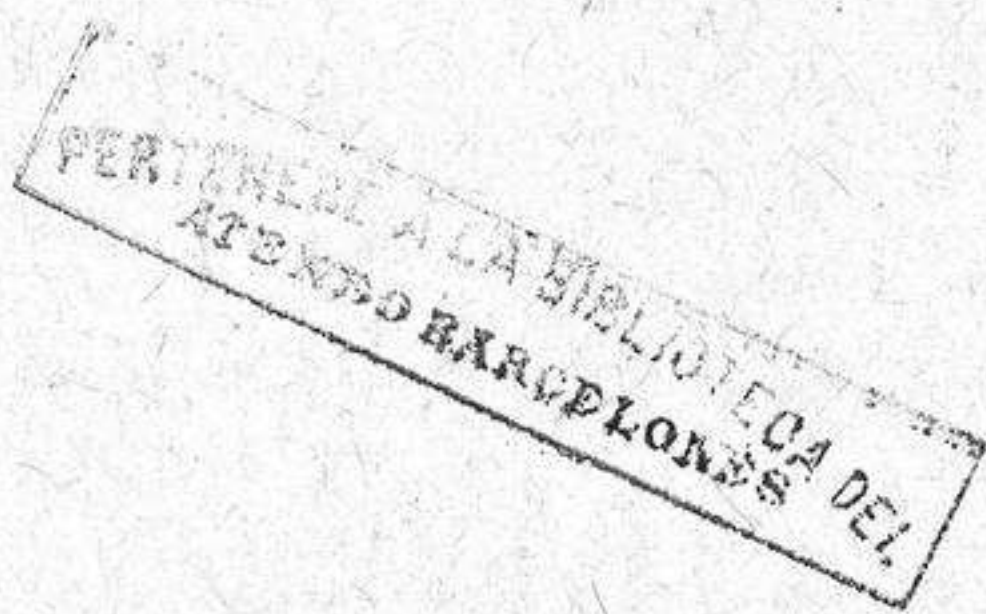
V

Yo defendí al Papa contra Bonghi. Empecé por decir á éste que no había renegado yo de ningún principio fundamental en mi credo político, pues hoy, como ayer, me siento liberal, demócrata, republicano; resuelto á no servir en cargo propio de mi categoría y mi tradición un instituto como el monárquico, aunque también resuelto á no entender y combatir en la política parlamentaria y gobernante, velando sólo por la totalidad de los derechos conquistados y por el desarrollo de las instituciones democráticas, excepción hecha de la institución republicana, imposible hoy en España por inadaptable á nuestras costumbres y por carecer de un partido republicano conservador, pues en el republicanismo español no hay más que sectas y sectarios. Y le añadía yo: desde la hora, en que han arribado á España la democracia y la libertad, á Francia la libertad y la república, como á Italia la independencia y la unidad; cuantos hemos contribuido á traerlas, no tenemos más remedio que conservarlas: único papel restante ya en el mundo á nuestra vida cerca de su ocaso. Y como en Italia, en España, en Francia, el triunfo de las democracias significa el triunfo de los pueblos, y estos pueblos

sean católicos, no tienen más remedio los jefes y guías de las tres democracias que acercarse al Papa y con el Papa entenderse. Para iniciar una idea, para extenderla, para difundirla, necesitase del apóstol y del héroe y del mártir, de una minoría; para conservarla, necesitase, sobre todo en las democracias, de todo el mundo, por lo menos de una mayoría. Y no tendrá mayoría la República francesa, estando siempre á merced y arbitrio de la minoría radical y socialista, como no se ajunte al factor católico que le aportara el Papa; y no tendrá mayoría el partido conservador de la unidad italiana, como el Papa no saque de su abstención á las grandes huestes católicas y no las incite al reconocimiento de la unidad. Yo no sé cómo se hace esto; no me hallo en los secretos, ni del Vaticano ni del Quirinal; pero sé que no se hace mientras estadistas como V., querido Bonghi, ayuden á los radicales y á los exagerados contra el Papa. Yo comprendo y excuso que riña con la Iglesia y el Papa mi amado amigo, el gran poeta y gran orador, Cavallotti, un inspirado periodista y elocuentísimo tribuno de combate, cuya tradición es puramente mazziniana y garibaldina, dos tradiciones que se han juntado en la muerte de sus fundadores, aunque no pudieran verse ni pintados en vida éstos; pero usted, amigo de Gioberti, amigo de Cavour, amigo y adorador de Rosmini, ministro de Minghetti, redactor en Florencia de la *Nazione* y en Milán de la *Perseveranza*, usted no puede acusar al Papa León XIII de más reaccionario que Pío IX, sin falsear como escritor la verdad histórica y sin deservirse como político á sí propio y á su propia historia. ¿Dónde hallará usted un Papa como León XIII para la libertad? El, y sólo él, hubiese impelido la iglesia de los franceses á entenderse con la ingrata República, magüer las supersticiones ateas de los radicales y socialistas, quienes, si no mandan y gobiernan siempre, dominan y reinan. El, sólo él, hubiese resucitado la gran teoría tomista respecto del poder público, entregando al último presidente de República el derecho y potestad venido de los cielos. El, y sólo él, hubiera pro-

mulgado la Encíclica sobre las cuestiones sociales, donde, con sus tres coronas y su tiara en la frente, rey de los reyes y señor de los señores, llega en favor de la plebe hasta lanzar aseveraciones que no admito yo, que combato yo, que repruebo yo, tribuno de la plebe. Su grande inteligencia, su verbo inagotable, su espíritu divino alientan y sostienen á ese gran episcopado de América, quien hoy realiza un milagro tan extraordinario, como la unión más estrecha entre los Evangelios del cielo y las Repúblicas del mundo. Los sitios de Roma se hallan henchidas por todas partes de prelados orientales, venidos al reclamo del Pontífice para entenderse con él en los preparativos de una obra tan sublime como la reconciliación entre la Iglesia de Pedro y la iglesia de Focio, formando en esta suma una iglesia nueva, de verdadera síntesis y por ende universal, que regocije, merced á su carácter sincrético, los huesos de aquel sublime filósofo Plotino, trasladado por usted á lengua italiana, y merced á su carácter progresivo los huesos de este Rosmini, cuya ciencia tanto á V. le maravilla, con todo lo cual obtendrán las democracias una idealidad de que ahora carecen, y podrán los poderes laicos y civiles ponerles frenos morales que reemplacen á los frenos coercitivos, dañosos siempre á las libertades modernas y á los derechos humanos. Binghisio se convenció.

VI



La necesidad imprescindible de fundar los partidos conservadores destinados al mantenimiento de las instituciones democráticas, en parte alguna se conoce como en Francia. Por más esfuerzos que allí se han hecho para encerrar dentro

de sus límites propios el poder parlamentario, éste se ha empeñado en traspasar las fronteras que le separan del poder judicial y del poder administrativo. Por el concepto que formó la Cámara de un acuerdo del Consejo de Estado relativo á subvenciones de ferrocarriles, cayó el presidente Carnot y se disolvió el ministerio Dupuy. Una diferencia entre cierto industrial en cristales de Carmaux y sus jornaleros, diferencia en la cual el poder ejecutivo no tiene más ministerio que mantener por las calles el orden y la facultad en los ciudadanos de contratar libremente, ha engendrado discusiones y más discusiones, que no se acaban nunca, pues los discursos duran dos y aun tres días en debates tan interminables como pesados. Se conoce por los tribunales ó poder judicial, dentro de su jurisdicción, el asunto de los ferrocarriles del Mediodía; se condena, en virtud y ejercicio de atribuciones indudables, á un senador; y la Cámara se emperra en que haya más delinquentes, arrancando así al ministro de Justicia recuerdos personales, convertidos por la maledicencia y la sospecha en terribles acusaciones contra diputados, compañeros suyos, y proponiendo medidas para coartar la libertad de trabajo á los mismos representantes del pueblo. Así, M. Ribot, jefe del ministerio, ha debido levantarse á censurar todos estos procedimientos, y la Cámara, ufanísima con esta mansa, pero terrible anarquía, que devora hoy á los franceses; deseosa de continuar metiéndose donde no le llaman, ha fulminado un voto de censura sobre la cabeza del ministerio; y el ministerio ha caído. Una proposición de M. Rouanet pidiendo la prohibición á los diputados de administrar en las grandes compañías cargos, determinó la caída. No me duele nada esta desgracia de M. Ribot. Originario de las escuelas y fracciones monárquicas; amigo y discípulo de aquel enérgico Dufaure, á quien le pareció muy bien la república y muy mal el predominio de los republicanos puros y netos, yéndose para siempre del gobierno, en cuanto, por los respectivos errores del mariscal Mac-Mahón y de Gambetta, se rompió el verdadero lazo de unión entre las clases

conservadoras y las instituciones republicanas; educado políticamente á la inglesa y debiendo en tal educación haber aprendido que no podrá el régimen parlamentario subsistir mientras carezca de compensación en un poder ejecutivo fuerte; no ha debido prestarse á esa política de concentración, que admite contra la mayoría del país y contra la mayoría del Parlamento un factor muy radical, quien llama una utopía tan temible como el socialismo á las alturas del gobierno, y unos partidos tan poco ministeriales como las fracciones socialistas, á formar parte de una mayoría indócil é indisciplinada, peor cien veces que las oposiciones facciosas. Tiene gracia que, después de haber condenado el poder judicial á un senador en las cuestiones del ferrocarril, aún se pidan más reos por quien carece de todo poder y autoridad para ello, demostrando así que, entre los franceses, revisten los poderes parlamentarias la forma de convención y el poder supremo la forma de cesarismo. Así pasan de las Asambleas omnipotentes á los omnipotentes dictadores, teniendo esta ley tanta confirmación como los caracteres que á los galos prestaban César y Estrabón, llamándoles ingeniosos, administrativos, elocuentes, héroes en el ataque, fáciles al pánico, interruptores en sus asambleas, poco políticos por muy dados á los extremos, prontos á pasar con suma presteza desde la mayor libertad á la mayor servidumbre. En este momento, después que ha quedado Ribot poco más ó menos como quedara Dupuy; después de no haber ni mayoría disciplinada continua, ni presidente ninguno enérgico; después de haber el Senado permanecido siempre como figura decorativa y el derecho de disolución del Parlamento y de consulta solemne á los electores baldío por completo; no queda otro remedio sino concretar y definir la república, si quier sea en sentido radical y salga el sol por Antequera, pues el pueblo francés ha llegado en sus desvarios al extremo triste aquel definido en las historias de Tácito, capítulos referentes á Galba, con dos palabras, al extremo de no tolerar ningún gobierno, como no sea

despótico, ni ejercer ninguna libertad, como no sea desordenada y extraña. Trabajo le doy á M. Bourgeois, encargado de formar ministerio, si ha de hacer un gobierno y ha de hallar una mayoría.

VII

Grandísima emoción se ha despertado en Inglaterra y una polémica terrible prendido en sus periódicos respecto del convenio supuesto entre China y Rusia, para entregar á ésta una parte de Mandchuria, y hasta un puerto en el golfo de Petchile que le diera fácil paso hacia Pekín, y le procurase medios de predominar en el celeste Imperio y someterle, siempre que vuelvan á subvertirse antiguos vasallos, tan indóciles de suyo, como los inquietos japoneses. A mí ningún afecto colectivo de los reinantes me asombra y xetraña, cual el asombro y extrañeza de los ingleses. En el conflicto entre China y Japón precisaba tomar, no cobardes neutralidades para divertirse del cuidado y del apremio, intervenciones directas, por pedirlo así tierras que se hallan en el período de fetichismo para todo cuanto á la religión y á la moral concierne, como en el período de conquista y de feudalidad para todo lo que concierne á las sociedades políticas y á sus respectivos Estados. El derecho de gobernarse por sí los pueblos, como el proceder de diplomacia establecido entre los Estados cultos, ni reza, ni puede rezar con quien se halla en una situación extrema tan fuera del derecho de gentes, como la situación de guerra perdurable. Desde que los rusos pusieron un veto al Japón para que no fuese á Mukden y á Pekín; desde que le obligaron á dejar sus conquistas en la Mandchuria y reducirse al dominio

de Formosa y Pescadores, tan disputado por las diversas bandas feudales de aquellas regiones indómitas; desde que emprestaron dinero á diestro y siniestro para el rescate de los territorios continentales chinos ocupados por los vencedores; era sabido por todo el mundo que asumían una tutela, para cuyo aquistamiento y ejercicio se habían ellos, con grande habilidad, granjeado el concurso de Alemania y Francia, quienes, por captarse á Rusia, en cuyas manos está hoy la hegemonía europea, le dieron carta blanca en China. Para contrastar estos entrometimientos de Rusia en las razas amarillas, no quedaba otro recurso á Inglaterra sino sostener al Japón resueltamente contra China, y derribar en Pekín, por medio de Tokio, todo cuanto levantaban los rusos. No se hizo esto en oportuna sazón; y ahora expían los ingleses el entuerto hecho á su propio interés con su indiferencia y su descuido en los espacios del extremo Oriente. No puedo comprender cómo el *Times* dejó pasar las intimaciones de los rusos á los vencedores; dejó sustituir la tutela de Corea por los japoneses con la tutela de Corea por los rusos; dejó á Rusia pagar el rescate de Liao-tung por medio de operaciones hechas en los mercados moscovitas; dejó que se firmara el convenio, raíz de otros futuros, mediante cuyos cánones el czar interviene las aduanas por donde percibe sus rentas mayores el emperador celeste; y ahora se indigna porque un corresponsal asiático le notifica las consecuencias de todo cuanto ha dejado pasar sin fuerte protesta: la futuro tratado entre ambas potestades, mediante el cual quede impuesta Rusia sobre China recortada, con grave detrimento del nombre y del influjo británicos en toda el Asia. Y ahora desea el *Times* que le saquen otros las castañas del fuego. Y, en vez de mirar á sus propios medios y recursos para impedir los incrementos del poder eslavo en China, supone ya hecho el tratado, mediante cuyos cánones Rusia podrá unir á la bahía de Pedro el Grande la bahía de Puerto Arturo, extendiendo un ferrocarril suyo por Mandchuria y contando con una estación naval en

aguas no tan glaciales como las riberas; y se dirige á Francia y Alemania preguntándoles si podrán soportar un atentado, cuyos desarrollos podrán interesarles á estas potencias en segundo término, más no en primero, como le sucede á la poderosa Inglaterra. Y no debe, no, ésta olvidar ahora en sus angustias, que cuando se trata de repartir en el mundo, y no existe respeto alguno á los dominios ajenos; y unos se alzan á su sabor y gusto con Chipre ó Egipto, acaso con los dos; y otros reducen á su tutela desde los sultanes de Túnez hasta las reinas de Madagascar; y éstos se entran por Abisinia como Pedro por su casa, llevando el Nego ceñido al carro de sus triunfos; y los de más allá se van extendiendo por la Mongolia y la Tartaria poco á poco, mientras los de más acá bombardean las costas de Persia y desembarcan en ellas para quedarse con cualquier trozo; no hay más derecho que la fuerza, ni más legitimidad para los acaparamientos y conquistas que la sanción de una buena fortuna.

VIII

Mientras iba yo trazando estas líneas, caían sobre la mesa los telegramas anunciándome cómo, al cabo, constituye M. Bourgeois su ministerio. En hora buena sea. Mas no me permite mi vieja experiencia de político y cronista machucho acariciar ilusiones ó esperanzas. Todo ministerio radical debe propender á la izquierda del Parlamento, donde sólo hay abismos; y reclutar su mayoría de apoyo y de duración entre los socialistas, que saben todos combatir á los gobiernos, pero que no saben apoyarlos. El ministerio tiene una ventaja, es radical, no es de concentración, la cual concentración solamente ha dado en Francia el malestar consiguiente á toda inestabilidad y á todo desequilibrio. Si ahora se desvanece aquel sofisma odio-

so, que pretende cosa tan increíble, como que todo gobierno republicano deba tener una mayoría republicana también, podrá formarse con los demócratas conservadores y los monárquicos á la república convertidos y aquellos otros monárquicos liberales aun resistentes á la República, si quier estén penetrados de su perennidad, mayoría fuerte, compacta, disciplinadísima, la cual mayoría genere un ministerio estable y duradero, tan opuesto á las vaguedades radicales como á las utopías comunistas. Mas dejemos los comentarios y vamos á la historia. Así, veamos la lista de ministros comunicada por el telégrafo. Bourgeois, el primero, como llaman los ingleses á quien preside un ministerio, está inscrito en la escuela radical, aunque su radicalismo no sea extremo como el representado y mantenido por Goblet. Pero con la propensión basta y sobra para que se halle á merced por completo de los socialistas esta nueva combinación ministerial, y muy pronto zozobre, por estar en minoría dentro de la Cámara, y mucho más que dentro de la Cámara, dentro del país. Después de Bourgeois, quien más caracteriza el nuevo ministerio es M. de Cavaignac. Yo, que sigo, por mi oficio y cargo, á todos estos estadistas, jamás he podido compaginar la mitad del pensamiento de Cavaignac con la otra mitad. Quiere mucho ejército y mucha marina; hoy mismo pretende, no el protectorado sobre Madagascar convenido por sus predecesores, la simple anexión á Francia de Madagascar, muy costosa; y para ocurrir á tales enormísimos gastos propone utopías tan comunistas como el impuesto progresivo equivalente al despojo universal. Y no solo Cavaignac me parece ahora en abierta contradicción radical con su propio pensamiento; paréceme á la vez en contradicción abierta con su atavismo, con su ilustre padre muerto, con la significación y la historia de su gloriosa familia. Cuando, merced á las ilusiones engendradas por los apóstoles del impuesto progresivo, las muchedumbres parisienses, en un terrible momento, se lanzaron al combate y lo sostuvieron á una con heroísmo contra el general Cavaignac, padre del

nuevo ministro y presidente del poder ejecutivo de la República en 48, quien se llenó de sangre desde los pies á la cabeza en obediencia estoica é implacable á un deber sagrado, combatiendo tres noches con tres días consecutivos las barricadas donde se prendiera la utopía y se fortificaran los utopistas en armas á cañonazo limpio, no se pueden asumir significaciones personales tan enemigas de esta significación heredada, sin haber por lo menos perdido la memoria. Cavaignac no tendría la posición política que tiene, si no llevara el nombre que lleva, y por lo mismo no debía olvidar lo que significa y representa este nombre imperecero en los anales de la República francesa. Menos importante que Cavaignac, Lokroy; pero mucho más en carácter, mucho más en posición armónica y congruente con su tradición y con su historia. Todos los demás ministros apenas tienen ahora significación; radicales, rojos, comunistas del montón anónimo en Cámaras de tan numerosos representantes como las Cámaras francesas. Se me olvidaba el advenimiento de un ministro que debe á las circunstancias de hoy una grande importancia y una excepcional significación. Este ministro es el célebre M. Berthelot. Sabio, muy sabio; condecorado del Imperio por los méritos suyos en sí mismos y por los servicios á la ciencia prestados en su larga carrera; muy recluso dentro de las cátedras químicas y de los cuerpos científicos; no calza muchísimos puntos en el palenque político. Mas como quiera que un hombre tan influyente por sí en las letras, cual M. Brunetière, ilustre director de la *Revista de Ambos Mundos*, hablara de una bancarrota de la ciencia tras su visita célebre al Papa el año último, los exaltados por las ciencias dieron un banquete á Berthelot, ministro de Instrucción pública hoy, en el cual banquete una gran hostilidad estalló al Catolicismo y al Pontífice. ¡Que Dios tenga este ministerio radical de su mano!

EMILIO CASTELAR.

LA PRENSA INTERNACIONAL

El Fausto real y el Fausto de los poetas.

La leyenda de Fausto, que tanto ha enardecido la imaginación de poetas y músicos, y ha dotado á la humanidad de tantas obras maestras, fúndase, como se sabe, en un dato real. El Fausto legendario existió verdaderamente en Alemania á fines del siglo xv y en los comienzos del xvi. Era un bribón y un charlatán, dedicado á prácticas torpes. Sobre este fondo real, la imaginación popular tejió todos sus relatos más ó menos fantásticos, que recorrieron Alemania y Europa durante varios siglos y han tenido su mayor expresión poética y filosófica en el *Fausto*, de Goethe.

La serie de las fases por las cuales atravesó el Fausto legendario en la imaginación de los poetas y de los pueblos ha tentado ya gran número de críticos y de historiadores. El señor A. Ehrard, distinguido profesor en la Facultad de Letras de Clermont-Ferrand, trata á su vez de ofrecernos un análisis de esa leyenda á través de los siglos, en un estudio sabio y preciso que acaba de publicar en la *Revue Universitaire* (15 de Junio).

El autor parte del punto de vista de que Fausto ha existido. Su existencia está tanto más fuera de duda, cuanto que nu-

merosísimos documentos la atestiguan. Citemos los principales, siendo el más antiguo de ellos una carta dirigida desde Wurzburg en 20 de Agosto de 1507 por Juan Tritheim, abad de Spanheim, á uno de sus amigos, el matemático Juan Virdung, de Hasfurt. He aquí un pasaje textual:

«El hombre acerca del cual me has escrito, ese Jorge Sabélico, que se ha atrevido á llamarse príncipe de los nigrománticos, es un vagabundo, un parlanchín, un trotacamino, que merece una tanda de palos, para que en lo venidero no se atreva á manifestar en público ideas tan abominables y tan contrarias á Nuestra Santa Madre Iglesia. He aquí la fórmula que ha imaginado para designarse á sí mismo: «*Magister Georgius Faustus junior*, fuente de los nigrománticos, astrólogo, hábil mago, quiromántico, agromántico, piromántico, hábil en hidromancia.» Advierte la necia temeridad de ese hombre y hasta dónde llega su locura... Como regresase yo el año pasado de la Marca de Brandeburgo, me encontré á ese mismo individuo en Geilenhusen. Pero apenas se hubo percatado de mi presencia, huyóse de la hospedería, y nadie pudo persuadirle de que ante mí se presentase. Hanme referido algunos clérigos de la localidad que, ante numerosa concurrencia, pretendía haber adquirido tal suma de conocimientos y poseer una memoria tal que, si todas las obras de Platón y Aristóteles, con toda su filosofía, hubiesen perecido y borrádose por completo en la memoria de los hombres, se brindaba á reconstituirlas él todas por la fuerza de su genio y con una forma más elegante, cual otro Ezras el hebreo. Después, mientras estaba yo en Spira, vino á Wurzburg; y sonóse que, impelido por la misma vanidad, sostenía ante gran número de personas que los milagros de Cristo nuestro Salvador no eran admirables, y que él mismo sabría hacer todo cuanto Jesús había hecho, con tanta frecuencia y en cualquier momento como se le pidiese. Al finar la cuaresma de este año se presentó en Kreuznach; y, siempre con igual vanidad, hacía grandes promesas, diciendo que en alquimia era el hombre más hábil que

jamás hubo en el mundo, que conocía y érale posible obtener todo cuanto los hombres apeteciesen. Por aquel entonces quedó vacante en esa ciudad una plaza de regente de escuela; para la cual fué nombrado, gracias al apoyo de Franz de Sickingen, bailío de tu príncipe, persona curiosísima por las ciencias ocultas. Bien pronto se hizo culpable de un odioso atentado contra el pudor; y habiendo trascendido el hecho en seguida, eximióse con la fuga del castigo que le esperaba.»

Los registros de la Universidad de Heidelberg mencionan á un estudiante llamado Juan Fausto, que allí seguía el curso en 1509. Supónese generalmente que era el mismo Fausto, quien, después de la aventura de Kreuznach, ocultaba su personalidad con un nombre de pila falso.

Ahora viene otro documento mucho más importante. Nos lo suministra Conradus Mutianus Rufus, quien señala la presencia en Erfurt de un quiromántico llamado Jorge Fausto, que se daba á sí propio el sobrenombre de *Helmitheus Hedeburgensis (Hedelbergensis)*, el semidiós de Heidelberg. Acaecía esto en 1512.

Johannes Manlius, discípulo de Melanchton, nos aporta un interesante testimonio que su maestro le había dado acerca de Fausto.

«Conocí—dice Melanchton—á un Fausto de Kundling, pueblo próximo á mi ciudad natal. Siendo estudiante en Cracovia, había aprendido allí la magia, que estaba muy en uso desde largo tiempo atrás en aquella ciudad, donde públicamente se profesaba. Iba errante á la aventura y hablaba con el mayor misterio. Quiso dar en Venecia un espectáculo, y dijo que volaría al cielo. Levantóle el diablo, sí; pero le dejó caer de tal manera que aplastado en el suelo estuvo á punto de entregar el alma, mas no murió. Hace algunos años, ese mismo Juan Fausto, llegándole su último día, estaba muy triste, sentado, en una aldea del ducado de Wurtemberg. Preguntóle su aposentador por qué estaba triste, contra su costumbre (y en efecto, era por lo común un infame bribón que llevaba la vida

más desastrosa, tanto que más de una vez habían estado á pique de costarle la existencia sus desórdenes). Respondió á su hospederero: «No se asuste vuesa merced esta noche.» Media noche sería, cuando retembló toda la casa. A la mañana siguiente, como no se levantase Fausto, y fuese ya cerca de medio día, llamó el patrón á algunos hombres, entróse en su dormitorio y le halló tendido junto á la cama, con la cara vuelta hacia la espalda. Así fué muerto por el diablo.»

También Lutero conoció á Fausto. Para él, fué «uno de esos encantadores de los cuales se sirve el diablo para influir sobre los hombres».

Residió Fausto en muchas ciudades alemanas, en Leipzig, Wissenberg, Ingolstadt, y echáronle de todas partes. Un teólogo, llamado Juan Gats, refiere haber comido en Basilea un Fausto, y que éste se hizo servir unos pájaros raros, procedentes no se sabe de dónde. Sebastián Franck, otro de los contemporáneos de Fausto, nos indica cuáles eran las opiniones religiosas de éste. Sostenía principalmente Fausto que el Cristo no pudo en verdad morir ni nacer, que tampoco nació de María ni murió en la cruz, y que el pecado sólo existía en la imaginación de los hombres.

Añadamos que casi todos los testimonios están de acuerdo respecto á su muerte misteriosa y violenta, sobrevenida en un villorrio de Wurtemberg hacia el año 1540.

Los hechos innegables que se desprenden de todos los escritos y recuerdos de los contemporáneos redúcense á lo siguiente:

Fausto nació en Kundling (dicho de otro modo Knistlingen), pueblo de Suabia, á fines del siglo xv. Estudió teología en Heidelberg, y las ciencias ocultas en Cracovia. Siendo regente de escuela en Kreuznach, comete un delito contra la honestidad y se libra del castigo con la fuga. Recorre Alemania como un verdadero charlatán, haciendo suertes de magia, engañando y estafando, burlándose de todo el mundo y sosteniendo proposiciones impías. Hácese expulsar de varias ciudades, pónenle

en prisiones en Holanda, y muere de una manera trágica y misteriosa. Su retrato moral no es muy lisonjero: un pillo, jactancioso, libertino, pedante, estafador, que se mofa de todo el mundo y de la religión cristiana por añadidura.

Su existencia aventurera y su oscura muerte hirieron vivamente la imaginación de sus contemporáneos. La leyenda se apoderó de él aun antes de que muriese, y adornóle con todos los tesoros de la superstición de la época. Ayudándole su jactancia, había con qué levantar todo un conjunto armónico de misterios, donde naturalmente había de representar el primer papel la magia negra. ¿No afirmaba de sí mismo Fausto que hacía milagros y que era ducho en todas las ciencias secretas, quiromancia, piromancia, etc.? Pues bien, ¿cómo lo consiguió, sino con ayuda del demonio? ¿Y qué podía prometer al diablo en cambio de ese poderío como no fuese *el alma*, que, según sabemos, es lo que más estima y apetece el diablo?

Así, pues, el pacto con el infierno llegó á ser el núcleo de la leyenda de Fausto; arraigándose con tanta mayor facilidad, cuanto que un pacto parecido constituía el asunto de una conseja muy difundida en la Edad Media. Tratábase del sacerdote Teófilo, *vidame* (1) de Adana, en Cilicia, quien, impulsado por la ambición, había vendido su alma al diablo, á cambio de que éste le proporcionase honores y poderío. Muchos clérigos habían narrado esta leyenda, y habíase infiltrado en la conciencia de la época. En Francia inspiró al trovera Buteboeuf, autor del *Milagro de Teófilo*; en Alemania dió tema para un drama latino á la célebre monja Hroswitha, de Gandesheim.

Lo que contribuyó aún más á la popularidad de la leyenda de Fausto fué la época misma en que su héroe estaba llamado á escandalizar á sus contemporáneos. Nacido Fausto en medio de la agitación religiosa, enemigo jurado de la autoridad y del Papado, no pudo menos de ser muy simpático á la imagi-

(1) Título de honor y de dominio feudal, usado solamente en Francia.—(N. DEL T.)

nación del pueblo y al espíritu de los jefes de la Reforma. La leyenda le transporta, pues, á la corte pontificia y se deleita con las jugarretas de mala ley que hizo Fausto al jefe de la Iglesia. Por otra parte, Franz de Sickingen, uno de los más resueltos partidarios de la Reforma, fué quien hizo confiar á Fausto la dirección de la escuela en Kreuznach. Pero, luego de advertir con qué buena pieza tenían que habérselas, los partidarios de la Reforma se apresuran á quitárselo de encima. Hasta hacen mas: le arrojan al campo católico, y sólo ven en él un fruto de la educación papista, que todo se lo debía al catolicismo, incluso la ciencia de la magia, tomada de los frailes que la cultivaban en los conventos.

Aparte de eso, los protestantes tenían otra razón más poderosa aún para odiar á Fausto. ¿No era para ellos un representante del Renacimiento, corriente de ideas á la cual declararon un aborrecimiento profundo los jefes de la Reforma?

No deja de tener interés pararse un instante á considerar las relaciones entre el protestantismo y el Renacimiento. Siendo también este último una sublevación contra la autoridad y la tradición, no pudo menos de ser de lo más grato al protestantismo. Pero echóse de ver muy pronto el abismo que separaba á esas dos corrientes. Con el Renacimiento, no más barreras ni obstáculos para el espíritu filosófico. Culto, dogmas, Biblia: todo era su presa; evidente peligro que pudiera costar la vida á la misma Reforma. Los humanistas eran paganos que creían en el culto de la Naturaleza y rechazaban la austera religión de los reformadores. Por ende, consideróse como uno de los suyos á Fausto, quien llevó su sed por la ciencia hasta abolir todo lo que la religión nos ha dado de más santo y más intangible. De ese modo, convertíase Fausto en la encarnación de uno de esos extraviados á quienes el libre examen apartaba de Dios y precipitaba en brazos del diablo.

La leyenda de Fausto, de la cual se apoderaron los protestantes, conservó sus rasgos más salientes, Mientras la leyenda de Teófilo, culpable de iguales maleficios que Fausto,

concluía por la salvación y el perdón (interviene la Virgen María, y rompe el pacto suscrito por él en duplicado), la de Fausto termina de un modo severo, implacable, rígido, como lo era el protestantismo de la época. Nada rescata su culpa, ni aun el arrepentimiento, y llega á ser presa del diablo.

*
*
*

El primer libro impreso que fué consagrado á Fausto, apareció en 1587, es decir, unos cincuenta años después de su muerte. Conócese ese libro con el título de *Libro popular de Spiess*, por el nombre del editor. He aquí su título exacto:

HISTORIA DEL DR. JUAN FAUSTO, *celebérrimo mago y nigromante. De cómo contrajo pacto con el diablo por determinado tiempo. Aventuras extraordinarias que en ese período vió, provocó y tuvo él mismo, hasta obtener por fin su merecida recompensa.*

Extractada en gran parte de sus propios papeles, hallados después de su muerte; arreglada é impresa para servir de espantoso ejemplo, lección terrible y aviso sincero á todos los hombres orgullosos, ávidos de saber é impíos.

Sed sumisos á Dios, resistid al diablo, y el diablo huirá de vosotros.

Impreso en Francfort del Mein, por Juan Spiess, en 1587 años.

El libro nos presenta una colección de narraciones maravillosas, tales como estaban difundidas entre los contemporáneos del autor y del mago Fausto.

El *Libro popular* tuvo numerosas ediciones, y fué traducido á varios idiomas, entre otros al francés. Poco después aparecieron otras versiones, como la publicada por Widman

en 1599, la de Pfizer en 1674, concebidas todas ellas dentro del espíritu rigurosamente protestante, por lo cual las aventuras amorosas de Fausto quedaron desterradas ó fueron expuestas sin velos y como abominables torpezas.

En resumen: el *Libro popular* nos da la medida de lo que se susurraba acerca de Fausto; y un somero análisis de él, tomado del estudio del Sr. Ehrard, nos dará la más clara idea del asunto:

Fausto es hijo de padres piadosísimos, que le envían á estudiar teología en Wittenberg. Obtiene el título de doctor. Avido de saber, aprende además la medicina y la magia. Una noche, en un bosque, evoca al diablo, quien se le aparece en forma de fraile franciscano. Celebra sucesivamente muchas entrevistas con ese espíritu, llamado Mefistófeles; y muy pronto firma con su sangre un pacto en virtud del cual Mefistófeles le proporcionará todo cuanto desee; en cambio, al cabo de veinticuatro años, pertenecerá al infierno. El diablo comienza por divertir á Fausto con espectáculos extraordinarios, y le cautiva con una música embriagadora. Mefistófeles roba en las bodegas de los obispos y en las cocinas de los príncipes vinos y manjares exquisitos, con los cuales cubre la mesa de Fausto; para vestirle, roba los más hermosos trajes en las tiendas de Augsburgo y de Nuremberg. Fausto siente el deseo de casarse, pero su compañero le disuade de ello. (El autor, protestante con toda evidencia, hace notar aquí que los frailes, como el diablo, son enemigos del matrimonio.) En vez de una mujer legítima, Mefistófeles lleva á Fausto cuantas quiere, y todas á cual más hermosas. Para satisfacer el ansia de saber del señor á quien se ha comprometido á servir, Mefistófeles le expone la organización del infierno, la configuración del cielo, la marcha de los astros, el curso de las estaciones, la creación del mundo; hace desfilar ante él una legión de espíritus infernales; le hace viajar, ora por el infierno, ora á través de los espacios celestes, ora por los reinos y las ciudades célebres. Señalemos esta frase:

«Encaminóse á París de Francia, donde los estudios y la Universidad pluguiéronle en extremo.» Durante el transcurso de ese viaje va á Roma Fausto y hace al Papa unas jugarretas muy inconvenientes. El autor aprovecha la ocasión para fustigar la corrupción de la corte romana. En Constantinopla resulta tan mixtificado el sultán como antes el Papa. Fausto se hace pasar por Mahoma, y en calidad de tal pasa en el serrallo seis días bien empleados. Llega luego á la corte de Carlos V, donde á ruegos del emperador evoca á Alejandro Magno y á su mujer. Un cortesano es víctima de una broma pesada: Fausto le pone en la cabeza un par de astas de ciervo. En el camino de Gotha riñe con un campesino que conduce una carreta de heno á la ciudad: encanta al labriego, quien ve heno, carro y caballería desaparecer por las fauces del hechicero. En otra parte hace como que se corta una pierna, y la da en prenda á un judío por cuenta de dinero prestado. Vende carísimo á un chalán un caballo, que se trueca en un costal de paja así que le llevan al abrevadero. Hace salir de debajo de tierra un castillo encantado, donde ofrece suntuoso festín al príncipe y á la princesa de Anhalt. Llévase consigo á los estudiantes á banquetear alegremente en las bodegas del obispo de Salzburgo. Los estudiantes son su compañía predilecta: instalado en Wittenberg, los trata en su casa á qué quieres boca, regalándoles con platos exquisitos, con los vinos más raros y con deliciosa música. Para serles grato, hace aparecer á Elena, la mujer de Menelao. La hermosura de la reina fascina á los estudiantes, y Fausto queda no menos prendado que ellos. Bien pronto la evoca por segunda vez y vive con ella. De esta unión nace un hijo, llamado Justus Faustus.

Continúa la serie de las fantasmagorías. En vano un hombre piadoso predica á Fausto un sermón para convertirle: el impío no se conmueve. Sin embargo, al aproximarse la hora fatal, prefijada por el pacto, siente Fausto violenta angustia. Piensa en los goces del cielo que ha perdido, en los tormentos

que le aguardan en el infierno. Mefistófeles se complace en aumentar sus terrores. Confiesa su culpa á los estudiantes, y los exhorta á que no se aparten de Dios como él ha hecho. De noche, un viento impetuoso hace oscilar su casa. Por la mañana, le buscan inútilmente en su dormitorio los estudiantes. «Sólo vieron que el aposento estaba lleno de sangre. Los sesos estaban estampados en las paredes, porque el diablo había muerto á su víctima arrojándola de una en otra pared. En el suelo yacían también sus ojos y algunos dientes.» Los estudiantes encontraron fuera el cadáver, junto á un estercolero, con la cabeza y los miembros medio arrancados.

El final del libro es enteramente la peroración de un sermón. El autor invita al lector á no amar sino á Dios, á renunciar al demonio, «á fin de ser, por último, bienaventurado por toda la eternidad en compañía del Cristo; gracia que á cada uno os deseo desde el fondo de mi corazón. Amén».

*
* *

Sin embargo, en el siglo XVI, vivía un gran autor, contemporáneo y compatriota de Shakespeare, autor que se propuso renovar la leyenda de Fausto y darle otro giro. Fué Marlowe, grande por su talento y por sus infortunios, muerto de una manera trágica por uno de sus compañeros de desórdenes á los veinte y nueve años de edad. Poeta, cómico, vividor, lleno de ilusiones y desengaños, reconocióse á sí mismo un poco en Fausto; y con ayuda de su imaginación, y deseo de pintarse á sí propio, bajo los rasgos de Fausto condenado, creó Marlowe su *Fausto*, que se presentó 1589.

Fausto renace, pues, de sus antiguas cenizas animadas por las pasiones personales de Marlowe. Búrlase á trochemoche de las ciencias, á las cuales hace un vigoroso proceso, y acusa francamente su amor á los goces y á las mujeres. La magia

no es para él sino un medio de conquistar la fortuna y el poder. ¿Y el infierno y la condenación eterna? ¿Qué importa la cólera del cielo con tal que la vida suministre todo cuanto sirve para hacerla agradable? ¿Y después? Si hay infierno—dice el Fausto de Marlowe,—serán los Campos Elíseos, y será muy hermoso el conversar allí con los filósofos de Grecia.

La bella Elena, maldita por los teólogos alemanes, llega á ser, bajo la pluma de Marlowe, la perfección de la forma femenina. El Fausto de Marlowe implora de rodillas sus favores:

«¡Ese rostro—exclama—es quien ha hecho botar al agua mil buques y abrasar las gigantescas torres de Ilión! Dulce Elena, hazme inmortal con un beso... Sus labios aspiran mi alma; ved á dónde vuela. Ven, Elena, ven; devuélveme mi alma. Aquí quiero permanecer, porque el cielo está en esos labios; y todo lo que no es Elena, sólo es un desecho. Quiero ser Paris; y por amor á ti, en vez de Troya, saqueado será Wittenberg; y combatiré al débil Menelao, y llevaré tus colores en mi cimera. Sí, heriré en el talón á Aquiles, y en seguida me volveré á Elena para que me bese. ¡Oh! Eres más hermosa que el firmamento nocturno, resplandeciente con la hermosura de mil estrellas; eres más espléndida que Júpiter relumbrante cuando se apareció á la sin fortuna Semele, más digna de ser amada que el Monarca del cielo entre los azulados brazos de la voluptuosa Aretusa; y nadie sino tú será mi amante.»

Por más Marlowe que se quiera ser, no se consigue, á pesar de todo, emanciparse de las influencias de su siglo. La religión ocupaba demasiado espacio en el espíritu de aquel tiempo, para que sus terrores no fuesen harto visibles en el alma del poeta y de su héroe. El Fausto de Marlowe conoce, pues, los remordimientos y los terrores; y acaba por ser condenado, como el Fausto de la leyenda y del *Libro popular*.

*
* *

La leyenda de Fausto sigue causando desastres en el espíritu de los poetas y literatos de la época. No tienen número las infinitas variantes que rivalizan en contar las hazañas de Fausto. Llega un día en que el gran renovador de la literatura alemana, el mismo Lessing, se preocupa de la restauración y transformación de la leyenda de Fausto. La señala ante todo á sus compatriotas como inagotable mina de inspiraciones; y no contento con señalársela á los demás, pónese á explotarla él mismo. De ahí nació un drama, que no fué terminado nunca, y que nos presenta un Fausto nuevo, un Fausto ideal, gran pensador y gran ingenio de su época, cuya sublime ambición fué ir en busca de la verdad.

En boca de Lessing, esto era el elogio más ardiente que podía otorgársele. Hete ahí á Fausto rehabilitado, á Fausto sabio, aspirando al ideal desconocido, el cual busca á través y á despecho de todos los obstáculos. Es verdad que firmó un pacto con el diablo... pero, ¿eso qué importa? Lo rescata ampliamente con su curiosidad sublime, con las tendencias de su mente y las inclinaciones de su corazón.

Otro Fausto conocemos, también sin acabar: el de Maler Müller, el pintor Müller (1778), que hizo de él uno de los entusiastas de su época, combatiendo en pro de la completa emancipación del hombre, luchando por la conquista de la libertad plena y absoluta. «Siento dentro de mis venas un dios inflamado»—nos dice su Fausto. Tiene la ambición de los titanes y de los prometeos; y quiere, cueste lo que cueste, eximirse de la vida mezquina que le rodea.

¡Este es el héroe! Müller le pone en lucha con las vulgaridades de la vida y nos le presenta en medio de su exaltación, molesto por un usurero que le reclama su deuda. Fausto busca en el juego los medios de pagarle, y va á un garito, donde se arruina por completo. Va á ser preso, cuando se le aparece el diablo. Acepta Fausto el pacto que le propone; y huye, con el alma atormentada por su ambición divina y entregada al demonio.

Junto á esos Faustos principales hay todo un ejército de Faustos pequeños, que pululan en la literatura alemana. Existe, en primer término, el de Klinger, quien publicó en 1791 su novela *Vida de Fausto, sus hechos y su descenso á los infiernos*; hay los de Weidmann, Schreiber, Söden y Schink, publicados todos ellos entre los años 1775 y 1804. Hasta el momento en que aparece el gran Fausto, el *Fausto* de Goethe, que al punto dejó chiquitos á todos los demás y fué saludado como el solo y único Fausto, después del cual ya no habría lugar para los poetas ni para los dramaturgos, quienes en vano intentarán agarrarse al Fausto de la leyenda.

*
* *

Desde los veinte años de edad (hacia 1769) meditaba Goethe un poema acerca de Fausto, trabajando en él hasta poco antes de su muerte, acaecida en 1832. Digámos, ante todo, que en cuanto al cuadro exterior, limitóse Goethe á aplicar el contenido de la leyenda. Sabio desilusionado de la ciencia, en un momento de desesperación firma un pacto con el diablo, quien le promete realizar sus deseos á cambio de su alma. Fausto goza, pues, de la vida; y, conforme en esto con el Fausto de la leyenda, acompañado por su demonio Mefistófeles, mézclase en la vida de los estudiantes y asiste al sábadó de las brujas. Como el de la leyenda, va á la corte imperial. Allí evoca á Elena delante del emperador. Queda prendado de ella, con una pasión irresistible. De su enlace con ella nace un hijo. El poeta aporta aquí otra multitud de detalles tomados de antiguas leyendas.

Y, sin embargo, á pesar de esos empréstitos tomados de la tradición, el Fausto de Goethe no tiene nada de común con sus

predecesores. Consiste en que Goethe lo transforma por completo, haciéndole expresar sus propias tendencias, su vida y sus aventuras personales. Fausto es, pues, un sabio pacienzudo y observador como Goethe, que trataba siempre de descubrir las misterios de la naturaleza. Como Goethe, tiene sus horas de desesperación; é igual que este último, piensa en el suicidio. Su corte imperial fué la del ducado de Weimar, donde, nombrado ministro Goethe, evocó ante el príncipe sus bellas obras clásicas, que correspondían á la aparición de la bella Elena de Fausto. Uniendo á Fausto con Elena, píntase á sí mismo, poeta del Norte, amamantado entre las brumas del romanticismo, buscando y alcanzando el ideal griego, que abraza la belleza armoniosa y límpida.

Todo está tomado de la vida de Goethe; hasta el encantador idilio de Margarita, á quien el poeta conoció en su ciudad natal de Francfort. A juzgar por un pasaje de *Verdad y Poesía*, preténdese que Margarita era sirvienta en un mesón. Cierta día en que el poeta y sus amigos, retrasados en una taberna, carecían de vino, fué Margarita quien se lo trajo:

«Era—dice Goethe—de una hermosura increíble... La imagen de aquella joven me persiguió desde el primer momento á todas partes por donde fui. Fué la primera impresión tenaz que en mí produjo una mujer; y como no podía buscar ni hallar un pretexto para verla en su casa, por amor á ella fui á la iglesia, y bien pronto logré descubrir su sitio habitual. De ese modo, durante los largos oficios del ritual protestante, pude embriagarme mirándola. A la salida, no tuve valor para dirigirle la palabra, ni mucho menos para acompañarla; y fui lo suficiente dichoso cuando pareció haberse fijado en mí y contestado con una inclinación de cabeza á mi saludo.»

Los arrepentimientos del seductor que abandonó á Margarita, fueron los propios arrepentimientos de Goethe, aun cuando experimentados por causa de la joven Federica Brion, la amiga que había sucedido á Margarita. ¡Pobre Federica! ¡ni aun abandonada cesó de serle fiel á Goethe!

Pero, aparte de estos incidentes conmovedores, Goethe mezcló en su Fausto algo más grave aún, y es su idea filosófica. Su Fausto representa á la Humanidad entera. Es el Hombre tipo. Recordemos el prólogo, donde Dios y el diablo apuestan acerca de á quién acabará Fausto por pertenecer. Pues bien: Fausto no se ahoga en el mar de placeres con que le brinda el diablo; sino que tiende á algo más sublime que el mismo amor de Elena, es decir á la acción útil para sus semejantes. ¡Y eso es lo que le salva! Al fertilizar las playas que conquista á los mares, al combatir contra los elementos destructores, asóciase al trabajo de la Naturaleza y de Dios, es la imagen de Dios. Desde entonces pierde sus derechos el diablo, que apostó conseguir su propósito de hacer olvidar á Fausto su origen divino entre el turbión de los placeres terrenales; y, cuando llega su último momento, el cielo es quien recibe el alma de Fausto.

*
* *

Ni aun después de Goethe han dejado los poetas de darle vueltas al Fausto. Pero, parece ser que el drama filosófico de Goethe ha dicho acerca de él la última palabra. Todas las tentativas de renovar su Fausto han fracasado. Ya no hay sino abortos débiles ó enfermizos, tales como: el Fausto del poeta austriaco Lenan, que se inclina al panteísmo, ó el de Grabbe, encarnación del protestantismo rigorista, ó el de Vacquerie, el héroe de *Futura*.

Traducción de la *Revue des Revues*, por el

LDO. PERO PÉREZ.

LA LITERATURA CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

SOBRE LA POESÍA DE LOS ROMANCES DE LOS ESPAÑOLES (1)

1. Université de France.—Académie de Paris.—Faculté des lettres.—Thèse pour le doctorat.—Études sur l'origine de la langue et des romances espagnoles, par M. E. Rossew Saint-Hilaire. Paris 1838. 4-33 pág.
2. De primitiva cantilenarum popularium epicarum (vulgo Romances) apud Hispanos forma.—Ad professoris ordinarii locum in facultate philosophica universitatis litterariae Berolinensis rite capessendum scripsit. V. A. Huber, phil. Dr. et professor publ. ord. Berolini, typis academ. 1844. 4-27 pág.
3. Chronica del famoso cavallero Cid Ruy Diez Campeador.—Nueva edición con una introducción histórico literaria. por D. V. A. Huber, catedrático de literatura moderna en la universidad de Berlín.—Marburg, en casa de Bayrhofer, 1844, gr. 8, cxlviii y 355 pág.
4. Romancero castellano ó Colección de antiguos romances populares de los españoles, publicada con una introducción y notas, por G. B. Depping.—Nueva edición con las notas de D. Antonio Alcalá-Galiano.—Leipsique, F. A. Brockaus. 1844, gr. 12, tomo I, lxxxiii y 418 páginas, tomo II, ix y 482 páginas.
5. Rosa de Romances ó Romances sacados de las «Rosas» de Juan de Timoneda, que pueden servir de suplemento á todos los Romanceros, así antiguos como modernos, y especialmente al publicado por el Sr. D. G. B. Depping; escogidos, ordenados y anotados por Fernando José Wolf. Leipsique, en casa de F. A. Brockhaus, 1848, gr. 12, xxiv y 110 páginas (forma además el tercer tomo de la obra precedente).

El amor que ha vuelto á despertarse en Europa hacia la poesía popular y el cuidado que todas las naciones á porfía se toman por la conservación y difusión de sus cuentos, leyendas y cantares, son un

(1) De los Wiener Jahrb. des Lit. tomo 114, páginas 1-72; tomo 117, pá-

fenómeno peculiar y significativo de nuestro tiempo, tan poco romántico por lo demás. Hace cosa de setenta años, cualquier académico ó profesor universitario habriase juzgado ofendido por la mera sospecha de que aplicara su docta actividad á la literatura popular de su nación, actividad que creía emplear mucho más dignamente en in-

ginas 82-168. He refundido para ello: la reseña sobre el «Romancero general» de Durán (2 ed., Madrid, 1849-1851: 2 tomos, en la «Bibliot. de aut. esp.» tomos 10 y 16) contenida en las *Blatt f. lit. Unterh.*, 1852, números 16 y 17; el apéndice tercero de mi traducción de la *Historia de la literatura española*, de Ticknor, apéndice titulado «Sobre la poesía de los romances en España» y la introducción á la «Primavera y Flor de Romances, ó Colección de los más viejos y más populares romances castellanos», publicada con una introducción y notas por F. J. Wolf y C. Hofmann, Berlín, 1856, 2 vols., 8. (Véase sobre este mismo asunto tratado con más amplitud conferencias muy dignas de atención en: *Göttinger Anzeigen*, 1857, st. 40-47 de V. A. Huber, en el *Stuttg. Vierteljahrschrift*, Abril, 1857, páginas 86-121 de A. Ebert, en «El Criterio», año de 1856, número 171, de Amador de los Ríos, y en la *Revue germanique* 1.^{er} année, 1858, núm. 2, páginas 179-229 de Édélestand Du Ménil.)

El señor conde Alberto de Circourt ha dado un notable sumario del presente trabajo acerca de la poesía de los romances, con instructivas notas, en la *Nouvelle Revue encyclopédique*, publ. par MM. Firmin Didot, frères. Deuxième année, Septembre et Octobre, 1847, num. 9 et 10, tome V, p. 33-54 et p. 191-204.

Desde entonces han aparecido los siguientes trabajos especiales acerca de la poesía de los romances: *De la Chevalerie en Espagne et le Romancero* de Ch. Magnin, en la *Revue des deux mondes*, année 1847, tome XIX, p. 494-510, ingenioso aperçu; *O spanelskych romanccih Snektery mi ukázkami z nich o ceském prekladu od V. Nebeského*. (Sobre los romances españoles, con algunas muestras de ellos traducidas al bohemio por V. Nebesky) en: *Casopis Musea Královstvi Ceského* (Gaceta del Museo bohemio) año xxx, 1856, cuaderno 4, páginas 35-78; trabajo muy bueno, que abarca compendiosamente los resultados de las más recientes investigaciones, habiéndome servido de gran satisfacción que concuerde con la mayor parte de mis opiniones un tan excelente conocedor de la poesía popular; *Études sur le Romancero*, par M. Amedée Hardy, en la *Revue espagnole et portugaise*, 1857, 5 Mai; artículo de periódico completamente superficial; y *Kort Ofversigt af Spanska Romanser nas Historia af E. C. Nilsson*, I, Copenhague, 1857, 8, principio que promete poco, de una «Breve ojeada de la historia de los romances españoles» en sueco, desde el punto de vista de Bouterwek ó de Sarmiento, completamente falta de crítica por lo tanto.

dagaciones sobre una vasija griega antigua ó sobre una partícula latina; y aun las personas doctas eran hasta tal punto víctimas de este prejuicio, que consideraban la poesía popular como algo equivalente á los espectáculos de feria y á los cantares callejeros del populacho, despreciándola soberanamente. Llegaba la cosa á punto de haber podido un Nicolai, seguro del aplauso de la mayoría, osar poner en ridículo las colecciones de cantos populares en general.

Esta ignorancia y este desprecio de la literatura popular eran consecuencia por un lado del exclusivismo, llevada al colmo, de la dirección humanística erudita, que pisoteaba desatenta las frescas flores silvestres del suelo patrio para desenterrar hermosas petrificaciones y bustos mármóreos de lejanos tiempos y extrañas tierras; y en parte del servil rebajamiento de los pueblos mismos, privados de toda conciencia propia, que habían olvidado todo animador sentimiento de unidad nacional y todo pensamiento de comunidad de razas, sustituyéndolos por una política de mezquina avidez, dirigida meramente á un engrandecimiento exterior, la política de aquella «razón de estado» que se fué haciendo cada vez más desvergonzada desde la guerra de los Treinta Años.

Hacía falta, no hay que dudarlo, un nuevo «azote de Dios», el puño de hierro de un conquistador del mundo, que desenvolviera terriblemente en sus consecuencias más externas aquel despotismo y aquella política de conquista, para sacudir á las naciones de su letargo y volverlas á la conciencia de sí mismas. Hacía falta el señorío tiránico de la usurpación que lo nivela todo, y aniquila todo interno desarrollo orgánico, para que los pueblos fueran á buscar el último medio de salvación de su peculiaridad nacional y de su independencia en la conservación de su lengua y el cultivo de su literatura popular. Así es como vemos, casi al tiempo mismo en que alcanzaba su punto

culminante el imperio napoleónico, despertarse de nuevo la atención de los pueblos sobre los monumentos literarios y lingüísticos de su pasado; al tronar de los cañones de Austerlitz y Jena contestan las «Voces de los pueblos en sus cantares»; con el grito de combate de la guerra de emancipación resuenan de nuevo los cantos heroicos de los Nibelungos y del Cid, y con el triunfo de la independencia nacional sobre la monarquía universal se decidió en la literatura la victoria del principio popular sobre el clasicismo francés.

La opresión del dominio extranjero había cargado con grandísimo peso sobre los alemanes; pero los alemanes fueron los más celosos propagadores del principio popular en la literatura, los primeros que con plena conciencia sacudieron las cadenas de la opresión de escuela y del pseudo-clasicismo, los más agradecidos y despreocupados al reconocer el profundo sentido y efecto de la legítima poesía popular. A ellos sobre todo compete la gloria de haber vuelto á restituir á ésta sus derechos. Desde Alemania difundióse la atención y cuidado hacia esa poesía á todas las naciones cultas de Europa, y después que hubieron dado el primer ejemplo, rivalizaron los otros con ellos en la conservación y recolección de esas flores peculiarísimas del espíritu del pueblo. Podía ya un Nicolai ponerse en ridículo, si quería burlarse de estas colecciones de cantos populares, pues hasta su «pequeño Almanaque», compuesto irónicamente, les vino muy bien; pagábanse hasta á peso de oro las antiguas colecciones raras de esta clase, mientras que las aldinas y ediciones clásicas *cum notis variorum* se relegaban á los desvanes; ya no se desdennan los primeros poetas en tratar popularmente las leyendas de su pueblo, y no ocultan de ningún modo, precisamente porque son grandes poetas, que no pueden alcanzar el sencillo y profundo poder mágico de la legítima poesía popular; hállanse un Walter Scott y un Uhland que

se tienen por muy honrados, después de haber alcanzado inmortal renombre con poemas impregnados de espíritu popular, al hacer accesibles á otros las fuentes en que se inspiraron; entonces un crítico como Lachman consume sin escrúpulo alguno tantas vigiliass en las canciones del noviazgo de Günther y Sigfrido como en las del rapto de Helena, y se atreve á vindicarlas como las más hermosas y genuinas de la poesía popular; entonces un lingüista é investigador de antigüedades en grande escala, tal como Jacobo Grimm, no se convierte en objeto de la burla de los pueriles pedantes, al recoger los cuentos de niños y del hogar doméstico, tan gustados de los ánimos infantiles, y los edita y comenta como si fueran cuentos milesios; entonces hasta en la misma *Université de France*, asiento en un tiempo del ultraclasicismo, se alcanza el grado de doctor mediante una tesis acerca de los romances populares; entonces puede atreverse *¡mirabile dictu!* hasta un *Professor ordinarius* de una de las primeras Universidades alemanas, á ingresar como tal en ella merced á una memoria acerca de las «Cantilenas populares» como lo prueba nuestro número 2 (1).

Estas dos memorias son, por lo tanto, aparte de su va-

(1) El mismo excelente autor de ésa memoria ha probado tan clara como contundentemente (en su notable crítica del Romancero de Depping en las *Blätt. f. lit. Unterh.* de 1845, número 320) que, á pesar de este inegable interés de los cultos y aun de los meros letrados hacia la poesía popular, se halla ésta en mucha parte todavía en manos del mero diletantismo, y que aún queda mucho por hacer, sobre todo por parte de las universidades y academias, para llevar al estudio de este importantísimo objeto el cuidado de la ciencia. ¡Ojalá llegue su advertencia á oídos de los doctos rectores de las universidades! Desde entonces (al paso que en Alemania está todavía abandonado al simple particular el salvar de la total desaparición que cada vez de más cerca les amenaza, los restos de la poesía popular) el gobierno francés ha tomado bajo su protección como asunto nacional el coleccionar y editar los cantares populares que brotan del suelo indígena, encargándose de tal cuidado el *Institut de France*.

lor interno, pero desigual, un hecho significativo tan sólo por la mera posibilidad de su aparición.

Pero los alemanes no se contentaron con explotar literariamente el interés hacia la poesía popular, excitado y difundido por la necesidad del momento, el poder de las circunstancias, la alterada dirección del espíritu del tiempo y el despertar de la conciencia de los pueblos; no se contentaron con trabajar en lo suyo propio, sino que, movidos por todo eso y por el cosmopolitismo y universalización que es peculiaridad de su espíritu, al que, por efecto de la posición que el pueblo alemán ocupa, le está encomendada tal tarea en la historia universal, sintiéronse impulsados y hasta obligados á ocuparse en la poesía nacional de otros pueblos (1).

Por lo que hace sobre todo á la poesía popular española, un alemán, el genial Herder, es quien, gracias á sus «Voces de los pueblos en canciones», y sobre todo por su «Cid» ha alcanzado el indisputable mérito de haber excitado en favor de aquélla el interés de la Europa culta, habiéndolo hecho con tanto tino, que, á pesar de todas las deficiencias en detalles y particularidades, la impresión total es justa y duradera, y su «Cid», á pesar de todas las traducciones posteriores en muchas cosas más exactas y mucho más completas, ha llegado á ser para los alemanes un libro popular en el más elevado sentido (2). Alemanes, Ja-

(1) Sobre esta misión de los alemanes, la imprescindible necesidad de satisfacer esta exigencia, lo relativamente mucho que hay que hacer acerca de ello, para elevar este estudio á la esfera de la ciencia, y cómo esto sólo puede cumplirse tomando parte activa en ello las universidades y con el apoyo positivo de los gobiernos, se ha explicado muy bien el señor profesor Huber.

(2) Han hecho justicia al punto de vista y al fin de Herder en la concepción de su *Cid* Huber (en los *Gotting. Anzeig*, 1857, cuaderno 40, página 395) y Ebert (en el *Deutsch Vierteljahrschrift*, Abril, 1857, páginas 97-98). El juicio desfavorable de Villemain acerca del mismo, ha provocado dos escritos apologéticos alemanes: Mönnich, *Herder's Cid und die span. Cid-Romanzen* (Tübingen, 1854, 4) y Niemeyer *Ueber Herder's Cid* (Crefeld, 1857, 8.)

cob Grimm y Depping, arreglaron por primera vez, en éstos últimos tiempos, fuera de España, colecciones de romances españoles (*Romanceros*) en la lengua original; el primero de los cuales (Silva de romances viejos, Viena, 1815) contiene ya los elementos de lo que debe ser una tal colección para que llene los más elevados y científicos requisitos; la del segundo satisfizo ya en su primera edición (1817) las necesidades de los doctos, por su inteligente ordenación y relativa integridad, y la nueva edición, la citada en el número 4,—después se ha preparado en Londres (1825) una reimpresión de una de sus partes en español,—es aún más satisfactoria. Finalmente, después que Bouterwek, los dos Schlegel, Tieck, F. W. V. Schmidt, Diez, Beauregard-Pandin, Häting (Willibald Alexis), Böhl de Faber, Julius, Rosenkranz, Keller, Duttonhofer, Regis, Geibel, Carlos Stahr, Luis Clarus y otros han cooperado más ó menos á este fin, con tratados, traducciones y ediciones, un alemán también el señor profesor Huber, es quien ha investigado científicamente y puesto de relieve de un modo crítico la formación y el desenvolvimiento de la poesía de los romances con sus escritos citados en los números 2 y 3 (1).

Envaneciéndonos con legítimo orgullo de los trabajos de nuestros compatriotas en este terreno, es ya tiempo de dirigir á ellos una ojeada; y considero tarea oportuna, tomando en muy especial cuenta los escritos precitados y comparándolos con lo que han hecho en tiempos recientes acerca de esto los mismos españoles, intentar resumir los resultados conseguidos sobre la poesía española de los romances, de donde se inferirá qué es lo que nos resta por hacer para elevar las opiniones subjetivas á saber objetivo.

(1) Lo que aquí no hace más que indicarse ha tomado por asunto principal y expuesto con gran doctrina Ebert en su citado trabajo *Literarische Wech selwirkungen Spaniens und Deutschlands* (Acción mutua literaria entre España y Alemania).

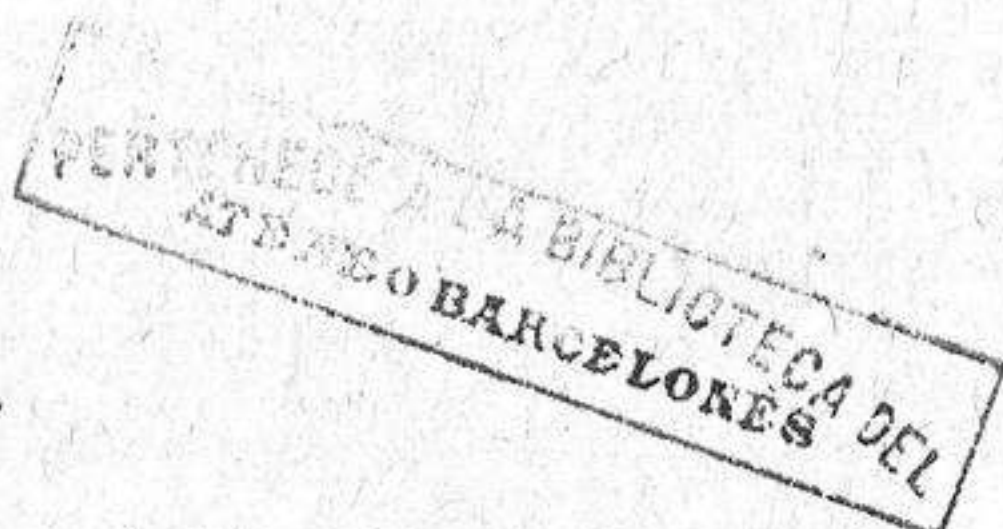
Para hacer más fácil la ojeada, voy ante todo á exponer bibliográficamente y someter á examen crítico las fuentes y colecciones de los Romanceros aparecidos hasta hoy, en cuanto me son conocidos y accesibles; después, presentaré y estimaré las opiniones acerca del origen, formación y desarrollo de los romances; y finalmente, trataré de su fundamento material y de la división basada en éste, ó sea de los diferentes géneros de romances.

I

De las ediciones y colecciones de romances.

ROMANCEROS

Al mismo tiempo casi en que se introducía y difundía el arte de la imprenta en España, ganaba la conciencia nacional en intimidad y extensión, merced á la unión de los pequeños reinos en una gran monarquía bajo los Reyes Católicos y el engrandecimiento de la misma en el exterior como potencia de primer orden bajo el rey Carlos I (Carlos V de Alemania), y como consecuencia ulterior de esto, junto á la poesía artística se dió cada vez más valor á la popular, ya no vivió despreciada y desatendida en boca del pueblo, sino que excitó la atención de la nación y hasta de los poetas artísticos, en una palabra, se convirtió en un significativo elemento de la conciencia nacional. Es, por lo tanto, natural y no necesita en rigor más prueba el que desde el momento en que la poesía popular llegó á convertirse en tal elemento, no se dejara ya á su



transmisión de boca en boca del pueblo la parte más importante y que más respondía al sentimiento nacional, los romances, sino que se hizo uso en favor de ella de la nueva invención, por la cual se fijaba y multiplicaba mediante la imprenta la palabra fugitiva. Pero así como no se podría dudar de esto, aun cuando no se hubiera conservado ni una sola impresión de estos cantos, así también era cosa muy natural el que en un principio se imprimieran tan sólo algunos romances, los más corrientes, los más gustados, los más nuevos, *pliegos sueltos*. No sería, en verdad, maravilla, que de estos *pliegos impresos al vuelo*, que no llevaban en vano ese nombre, ni uno solo hubiera escapado á la «iniquidad del tiempo» y al ansia del lector, para llegar hasta nosotros.

Sin embargo, una feliz casualidad nos ha conservado tantas de estas hojas sueltas, que bastan para probar documentalmente lo dicho, si es que ello lo necesitara. Aún hay más, y es que debemos asombrarnos de la riqueza de lo conservado, y presentarlo reunido, puesto que tiene tanta importancia este fenómeno. Durán, en la última edición de su «Romancero general», ha dado un rico índice de los romances que aparecieron en hojas volantes, sobre todo de los pertenecientes al siglo XVI (tomo I, páginas 67-80), fechados en los años 1525, 1537, 1538, 1539, es decir, antes de haber aparecido las colecciones impresas. Por mi parte he contribuido á esta labor en mi memoria «Acercas de una colección de romances españoles en hojas volantes, de la biblioteca de la universidad de Praga (Viena, 1850, 4). El mismo Durán (l. c., *Prólogo*, pág. VIII) considera los pliegos sueltos como el primer modo y el originario de la publicación de los romances.

Por estos ejemplos de romances en pliegos sueltos se ve ya que en un principio se tenían en consideración y estimábanse dignos de darse á la prensa, sobre todo los

compuestos, glosados ó parodiados (*contrahechos*) por poetas artísticos, y así los hallamos en colecciones, primero en pequeño número, mezclados con poesías de poetas artísticos cortesanos, arreglados ó desfigurados por ellos, en los llamados «Cancioneros», es decir, en colecciones de poesías artísticas de *trovadores* (1); puesto que los romances entonces sólo podían pretender un lugar muy modesto, predominando como predominaba la poesía artística, y debían contentarse con ser tolerados y ocupar un rincón en tales colecciones entre las *canciones* artísticas, á título de juguetes accidentales, á que á veces descendían los trovadores (2).

Así es que ya en el más antiguo «Cancionero», el de Fernández de Constantina, se hallan romances bajo una rúbrica propia: «Romances con glosas y sin ellas» (23 en

(1) *Canciones*, por oposición á los cantares populares de los juglares, *romances y cantares*. De estos últimos habla el marqués de Santillana en su famosa carta al condestable de Portugal con gran desprecio: «Infimos son aquellos (juglares) que sin ningún orden, regla ni cuento facen estos romances é cantares de que la gente baja é de servil condición se alegra.»

A este desprecio hay que atribuir el que no se halle *ninguna* colección *manuscrita* de romances (véase la introducción del marqués de Pidal al «Cancionero de Baena», pág. 24). Tan sólo en el «Cancionero de Lope de Stúñiga» está transcrito *un* romance (anterior, por lo tanto, á 1448) y en el muy posterior «Cancionero de Ixar» se hallan un par de romances parodiados (Ticknor, II, páginas 518-519 y 676-679). Los romances citados por Durán en el «Catálogo de Códices» (II, 695), proceden todos de tiempo muy posterior, de la segunda mitad del siglo XVI y del XVII, es decir, después de las colecciones impresas.

(2) Así por ejemplo, Diego de San Pedro, el conocido trovador, autor de la «Cárcel de amor», de fines del siglo XV y principios del XVI, habla de los romances desgraciadamente perdidos, que hizo en anteriores años, como de pecados juveniles (Böhl de Faber. *Floresta*, tomo I, página 152):

Y aquellos Romances hechos,
Por mostrar el mal allí,
Para llorar mis despechos,
¿Qué serán sino pertrechos
Con que tiren contra mí?

número, v. Ticknor, II, páginas 529 y 533), y en el conocido «Cancionero general» de Hernando del Castillo, no sólo se conserva esta rúbrica y se aumenta su número considerablemente en ediciones posteriores (v. gr. en la de Amberes, 1557, hay 38 romances), sino que ocurren también un par de romances entre los poemas espirituales y un par de históricos en las adiciones á la última edición. Pero la mayor parte son romances artísticos, y sólo los principios ó fragmentos de los romances lo son de populares más antiguos que sirven de base á las glosas, imitaciones y arreglos de los poetas artísticos (1). Durán (l. c., II, 679-680, s. v. Castillo) ha mostrado muy bien la

(1) En la por mí descrita «Segunda parte del Cancionero general», preparada en Zaragoza por Estévan de Nájera y publicada en pequeño volumen, cuyo único ejemplar posee la Biblioteca de la corte imperial de Viena, están los romances desde el folio xxv hasta el lxxxv, siendo arreglos tan sólo de poetas artísticos. Son los siguientes: Romance de Parnaso glosado por Juan González de Rodil; Romance de Francisco García de Çafra, compuesto por Francisco de Vargas. Empieza: Año de mil y quinientos—y cincuenta y dos corría (relación de una batalla naval entre cristianos y un corsario argelino).—Disparates de Grabiél (sic) de Saravia; los quales van glosando el romance del rey moro: (Paseábase el rey moro).—Otros del mismo autor glosando muchas maneras de romances (los dos últimos versos de cada copla son principios de diferentes romances; citado en el índice que Durán da de los pliegos sueltos, I, pág. lxxiii, véase Disparates); además en el folio cxxiii, véase Glosa sobre el romance que dize: Con ravia está el rey David; folio cxxxiii, r. Glosa del mismo autor (Alonso de Armenta, como resulta evidente de la hoja volante que contiene la glosa; véase Durán, I, lxxvi, Pregunta), hecha por mandado de una donzella á cierta parte de un romanze viejo que dize:

Veo vos crescida hija
Y en edad para casar.
La mayor pena que siento
Es no tener que vos dar.
Calledes padre, calledes
No queredes dezir tal,
Que quien buena hija tiene
Hecho tiene el axuar.

(Es un fragmento del romance de Juan de Ribera, que empieza: «Paseábase el buen conde», impreso por Durán, I, pág. 174, número 317.)

relación que hay entre las diferentes ediciones del Cancionero general de 1511 á 1573, en el respecto de los romances que en ellos se incluyen.

Desde mediados del siglo xvi subió el interés que excitaban los romances tanto que aparecieron ya colecciones especiales de ellos que en un principio usurparon el título de Cancioneros y se llamaron por una *contradictio in adjecto*, Cancionero de Romances, acaso para poder introducirse en el público cortesano y galante y hacerse aceptar de él bajo la egida de un título que había llegado á ser tan corriente; hasta que finalmente pudieron presentarse sin temor alguno bajo su propio nombre, como *romanceros*.

Voy á indicar todas las colecciones de romances que conozco, sean generales ó refiéranse á una esfera particular; en orden cronológico, que es á la vez el pragmático, pues que con este se manifiesta tanto el modo cómo se originaron y la relación mutua que guardan entre sí, como la dirección y alteración del gusto de su público.

Mediante el tesoro extraordinariamente rico que de obras de esta como de las demás ramas de la literatura española posee la biblioteca imperial de Viena, he estado en disposición de poder describir hasta llegar á la autopsia la mayor parte, y he señalado estas piezas con una estrellita (*). El notable «Catálogo de los documentos, etc.» (tomo II, páginas 678-695) que acompaña á la última edición del Romancero de Durán, lo he aprovechado, como es natural, para completar y rectificar esta reseña, de modo que pueda ser la más completa relativamente (1).

(1) Se comprende desde luego que aquí sólo podemos tratar de las colecciones de romances que contienen romances populares propiamente dichos ó arreglos é imitaciones en tono popular, tal como se presentan aún mezclados en la mayor parte de las colecciones; y que, por lo tanto, los productos de poetas artísticos posteriores, que tan sólo á causa de la forma llevan nombre de romances, aun cuando existan colecciones especiales de ellos bajo este nombre, deben aquí ser pasados por alto.

1) «*Cancionero de romances en que están recopilados la mayor parte de los romances castellanos que fasta agora sean [se han] compuesto.*» Debajo de esto hay en un marco circular el emblema del impresor, que ostenta un halcón que sobre la mar se disputa un pez con una garza ó una grulla; y á lo lejos una ciudad ó aldea. En seguida: *En Enveres, en casa de Martín Nucio.* La vuelta de la hoja del título está vacía. En la segunda hoja empieza el prólogo:

EL IMPRESOR

»He querido tomar el trabajo de juntar en este cancionero todos los romances que an venido a mi noticia: pareciéndome que qualquiera persona para su recreacion y pasatiempo holgaria de lo tener porque la diversidad de historias que ay en el dichas en metro y con mucha brevedad sera a todos agradable.

»Puede ser que falten aquí algunos (aunque muy pocos) de los romances viejos, los quales yo no puse, o porque no an venido a mi noticia, o porque no los halle tan cumplidos y perfectos como quisiera, y no niego que en los que aquí van impresos aura alguna falta, pero esta se deue imputar a los exemplares de adonde los saque que estauan muy corruptos: y ala flaqueza dela memoria de algunos que me los dictaron que no se podían acordar dellos perfectamente. Yo hize toda diligencia porque vuiese las menos faltas que fuesse posible y no me ha sido [aquí vuelve la página] poco trabajo juntarlos y enmendar y añadir algunos que estauan imperfectos. También quise que tvuiesen alguna orden y puse primero los que hablan de las cosas de Francia y de los doze pares, después los que cuentan historias castellanas y después los de troya, y

últimamente los que tratan cosas de amores, pero esto no se pudo hazer tanto a punto (por ser la primera vez) que al fin no quedasse alguna mezcla de vnos con otros. Querría que todos se contentassen y lleuassen en cuenta mi buena voluntad y deligencia. El que assi no lo hiziere aya paciencia y perdoneme que yo no pude mas.

»Vale.»

Sigue la *Tabla* en tres hojas no paginadas (1); después el texto en 275 hojas foliadas, en 12. En la hoja 272 es donde termina propiamente el texto, siguiendo esta nota: «Porque en este pliego quedauan algunas páginas blancas y no hallamos Romances para ellas pusimos lo que se sigue» esto es «Otro romance a manera de porque» que empieza: «Por estas cosas siguientes».

Esta es la primera edición, sin año (designada ordinariamente con el nombre de «*Canc. de rom.*» sin año), pero sin duda anterior á 1550, de la colección de romances más antigua conocida hasta hoy (2), de la cual sólo se han hallado dos ejemplares, uno en la biblioteca del Arsenal de París y el otro en la biblioteca ducal de Wolfenbüttel en Brunswick. (Debo la precedente descripción, hecha según este último ejemplar, á la bondad del señor profesor Conrado Hofmann.)

De este Cancionero de romances apareció en el mismo

(1) El romance «Aunque me falta osadía» citado en la tabla no se halla en el texto, así como aquella no da la hoja en que debería hallarse. Tampoco tienen este romance las ediciones posteriores del *Cancionero* ni la *Silva* igualmente citada.

(2) Durán (l. c., pág. 649) hace notar á este propósito que uno de sus amigos vió y usó una edición de este Cancionero, de Zaragoza, sin fecha, y que considera como más antigua que esta de Amberes, pero ésto debe proceder de una confusión con la primera edición de la *Silva* de que hablaré en seguida.

lugar y por el mismo impresor en 1550 una nueva edición, probablemente la segunda. Diferénciase de la otra por una añadidura al título: «Nuevamente corregido emendado y añadido en muchas partes». En el prólogo del «Impressor» falta el pasaje: «por ser la primera vez», siendo por lo demás idéntico al de la edición descrita ya; el texto ocupa 300 hojas en 12 y la pieza complementaria: «a manera de porque» está suprimida, así como el pasaje que la justifica, por haber desaparecido el motivo que allí se aducía para insertar aquella pieza, ó sea la falta de romances para llenar las hojas, puesto que lo nuevamente añadido ocupa 25 hojas más. Fuera de esto, diferénciase esta nueva edición de la primera en que, por lo común, tiene letras iniciales mayores para los nombres propios, y puntuación, aunque muy desparramada.

La relación entre estas dos ediciones con respecto á las adiciones y supresiones en los detalles se halla expuesta con exactitud en el apéndice á mi Memoria sobre la colección de Praga (páginas 151-152).

Casi meras reimpressiones de esta edición de 1550 son las posteriores: * Amberes, «en casa de Philippo Nucio», 1554 (que posee la biblioteca imperial de Viena; en el catálogo de Nodier se menciona una de 1555, en casa de Martín Nucio del mismo número de hojas y tamaño: no será nada más que una alteración de la hoja del título?); la misma «en casa de Philippo Nucio», 1568, 1573 y 1576; además de Lisboa «por Manuel de Lyra» 1581, y Barcelona, 1587 y 1626, todas en 12.º

Del prólogo de Martín Nucio á la primera edición se deduce ya que arregló por primera vez (*por ser la primera vez*) una colección de romances propiamente tal, á lo cual le indujo, sin duda alguna, como á librero que era, la exigencia del público. Dirigió, empero, su atención tan sólo ó por lo menos preferentemente, á los «romances viejos», que narraban «historias con mucha brevedad» lo

cual era á todos agradable («será á todos agradable»), reuniéndolos con mucho trabajo, ya de hojas volantes (ejemplares) (1) ya de la tradición oral («de algunos que me los dictaron»), y teniéndolos que «enmendar y añadir», porque ambas fuentes se los habían proporcionado incorrectos é incompletos. Esto caracteriza ya suficiente-mente esta colección y el gusto del público para el cual fué preparada. Contiene de hecho los más antiguos romances que han llegado hasta nosotros, en su mayor parte en tono popular, ó en arreglos populares de los jugla- res, sin que se conozca la mano del editor que ha mejora- do y completado la obra, más que á las veces en la mo- dernización de la lengua. Ha procurado además, como dice, introducir «alguna orden», poniendo los primeros los romances del ciclo de leyendas de Carlomagno y sus pares, y haciendo que les sigan los de la historia tradicio- nal de España: después aquellos que tratan asuntos de la antigüedad según la tradición medioeval, y finalmente ro- mances de amor. Este orden, sin embargo, como lo ob- serva él mismo, no podía observarse «tanto á punto», por ser la primera vez que se emprendía tal colección, que no tuviera que quedar para el final «alguna mezcla de otros de diferentes clases». Este apéndice, sobre todo en la edi- ción segunda y las posteriores, consta de romances de diferentes géneros, en que se hallan mezclados con los ro- mances glosados y parodiados (*contrahechos*) de poetas ar- tísticos cuyo nombre se declara, en su mayor parte sacados del Cancionero general (2), algunos que tienen por asunto sucesos de la historia coetánea (del siglo xvi), cerrándose la colección con un par de ellos que tratan asuntos bíblicos (del rey David). Es, en todo caso, un indicio, de la legi-

(1) Véase en la «Primavera y Flor de rom., t. 1, pág. 57, los ejemplos que se dan de esto.

(2) Así v. gr. tres romances de Bartolomé de Torres Naharro y hasta uno portugués de Bernardim Ribeiro.

timidad, carácter popular y antigüedad de un romance el que se presente en esta colección.

2) «*Silva de varios romances en que están recopilados la mayor parte de los romances castellanos que hasta agora se han compuesto: hay al fin algunas canciones y coplas graciosas y sentidas, Zaragoza, Estevan G. de Nájera, 1550.*» 2 tomos, en 24, letra gótica, con grabados en madera. He dado una extensa descripción de él en mi Memoria acerca de la colección de Praga. (Apéndice, páginas 135 á 148; siguiendo uno de los dos ejemplares que se conocen, el del Museo Británico. El otro se halla en la Biblioteca real y del Estado de Munich.)

Como esta primera edición de la *Silva* y las dos primeras del Cancionero de romances aparecieron casi al mismo tiempo, sus prólogos se repiten casi literalmente, y el contenido concuerda de tal modo que nos vemos obligados á suponer que la una colección es, por lo menos en gran parte, reimpresión de la otra. Esto ha hecho que hasta los tiempos más recientes se hayan dividido las opiniones acerca de la respectiva prioridad y originalidad de estas dos obras, debiendo yo confesar que me he visto precisado á cambiar repetidas veces mis opiniones sobre este punto.

Pero desde que el señor profesor Conrado Hofmann ha emprendido, á ruegos míos, una comparación crítica de ambas colecciones, comparación cuidadosísima, que ha llegado hasta el más menudo detalle, no puede caber duda alguna acerca de este particular. Voy á contentarme con petir aquí las pruebas que ya dí en la introducción á la re-«Primavera y flor de romances» (páginas LX-LXVII) (1) justificadas con numerosos ejemplos en la crítica del texto

(1) Son tan contundentes estas pruebas, que el docto y perspicaz Gayangos, que antes se habia pronunciado en favor de la opinión de Ticknor que juzga anterior y original la *Silva*, ahora (en el 4.º tomo de la traducción española, pág. 405), se ha expresado en favor de mi punto de vista.

de cada romance según se halla en cada colección, reproduciendo los resultados que allí obtuvo nuestra investigación acerca de la relación de la edición del Cancionero de romances con la primera edición de la Silva (l. c., páginas LIX-LX):

1.º La edición sin año ó sea la primera del Cancionero de romances no puede ser reimpresión parcial de la Silva; debió preceder por lo tanto á la edición de 1550 y á la de la Silva del mismo año, y así, según toda probabilidad, haber sido impresa algún tiempo antes de 1550. Es, no sólo la más antigua edición conocida hasta hoy del Cancionero de romances, y la base de todas las posteriores, sino además, en parte, el original reimpresso en la Silva.

2.º La edición de 1550 de la primera parte de la Silva y la de 1550 del Cancionero de romances, aunque ambas son en parte reimpresión de la edición sin año del Cancionero de romances, aparecieron independientemente una de otra, con alteraciones en el orden de los romances, con supresiones y añadiduras, que son peculiares á cada una de ellas y tan significativas que caracterizan su mutua independencia.

3.º Las ediciones del Cancionero de romances, fechadas posteriormente, no son otra cosa más que reimpressiones de la de 1550, con insignificantes alteraciones (la mayor parte consistentes en la ortografía ó en hacer más corrientes las palabras modificando los arcaísmos) y aun estas han dejado sin aprovechar las correcciones esenciales de la Silva (sea por un texto original mejor, sea por notables conjeturas) de los pasajes manifiestamente estropeados ó mutilados.

De la primera parte de la Silva aparecieron dos reimpressiones, llamándose las dos: «Segunda impresión» y editadas ambas en Barcelona. La una, antes completamente desconocida y cuyo único ejemplar se halló hace poco en Alemania, pero fué vendido desgraciadamente al Museo

británico (1), lleva la fecha de 1550 y al final: «Fué impresa La presente obra En la muy leal ciudad de Barcelona, por Pedro Borin.» La otra,—de la que se halla un ejemplar en la biblioteca ducal de Wolfenbüttel—es del año 1557, y el impresor se llama: Jaume ó Jayme Cortey. Concuerdan ambas tan exactamente hasta en las erratas y faltas de foliatura, que la descripción detallada que he dado de la impresión de 1557 (en las reseñas de las sesiones de la clase filosófico-histórica de la Real Academia de Ciencias, tomo x, pág. 484 y siguientes, y publicada por separado bajo el título de *Zur Bibliographie der Romaneros*, (Wien, 1853, 8), sirve para la de 1550, que he comparado con tanta exactitud. El resultado de la comparación de estas reimpressiones ó segundas ediciones de la Silva es que de hecho ha reproducido su primera parte con pequeñas alteraciones en el texto, aunque separándose algo en el orden y con algunas supresiones y añadiduras propias de ella (agora nuevamente añadido y enmendado aquí en Barcelona algunos romances, etc., como se dice en el nuevo Prólogo de la impresión de Barcelona).

Diferenciánse esencialmente de todas las ediciones posteriores de la Silva, en que, como se anuncia en el título contienen sólo «escogidos los mejores romances de los tres libros de la Silva». De esta tercera parte mencionada aquí, en la primera edición de la Silva, no se ha hallado hasta hoy ejemplar alguno (2). Sólo se propone presentar una selección de las precedentes ediciones, y aun esto tan sólo de las dos partes hasta hoy conocidas de la primera, conteniendo junto con esto algo de otras colecciones más moder-

(1) En la hoja inicial de este ejemplar hay la siguiente indicación de su primer poseedor: *J. v. Frunnsperg Kanff zu parcelona den 24 Septembris 1551*. (J. de Frunnsberg lo compró en Barcelona el 24 de Septiembre de 1551.)

(2) Ha sido descubierta posteriormente. Posee el único ejemplar conocido de ella el Marqués de Jeréz de los Caballeros, en su biblioteca de Sevilla.—(M. M.)

nas con añadidos posteriores (véase sobre la colección de Praga, página 153).

Así es que en el título ya de la edición posterior de las que conocemos y que la sigue inmediatamente, es á saber, en la de Barcelona, en casa de Joan Cortey, 1578, en 12 se dice ya: «Silva de varios romances recopilados, y con diligencia escogidos de los mejores romances de los tres libros de la Silva,—y agora nueuamente añadidos cinco romances de la armada de la Liga, y quatro de la sentencia de D. Alvaro de Luna... y otros muchos.» Además, hay otras con adiciones semejantes, anunciadas ya en el título: * Barcelona, «en casa de Jayme Sendrat», 1582, en 12.º (sobre el título: «Véndense en Barcelona en casa de Geronym Genovés», 172 hojas, ejemplar de la biblioteca imperial de Viena. (Esta edición reproduce los romances escogidos de la primera, con correcciones). Además, tenemos las ediciones que aparecieron en el siglo xvii (1): Barcelona, 1602 (2); 1611 (Sebastián Cormellas); 1612 (Gabriel Graells); 1617 (Seb. Cormellas. En esta y en la de 1611 se nombra al editor Juan Tiarte, de quien se añaden algunos romances originales); 1638 (Sebastián y Jaume Matevad); 1645 (tirada de la anterior); * 1654 (*por* Antonio Lacavallería) (3); 1690 (*por* José Ca-

(1) Respecto á la colección que cita Brunet con este título: «Silva de var. rom. recopilados por Juan de Mendano, Granada, Hugo de Mena, 1588, segunda parte; en un volumen 12», si la cuento aquí es sólo para advertir que no tengo más noticia que ésta de ella. Tampoco Durán (s. v. Mendano) la conoce más que por el título.

(2) Esta edición posee Ticknor. Entre las ediciones sin título hay ésta: «El de la muerte del rey (Felipe II) y el despedimiento y embarcación de la infanta doña Isabel de la Paz, archiduquesa de Austria», 166 hojas, y además dos canciones y la tabla: contiene 58 romances en 18.

(3) En el título tenemos además de las añadiduras de la edición indicada en la nota anterior... «y los cuatro de D. Alvaro de Luna. Y tres Romances de la enfermedad y muerte del rey D. Felipe III», 165 hojas y una de *Tabla*. Al final dos canciones. Contiene 72 romances en 12. La posee la biblioteca imperial de Viena.

sarachs).—Zaragoza, 1604; * 1617 (Juan de Larumbe. Con *Licencia* de 1604, 166 hojas y 2. *Tabla*. En 12); 1673 (Herederos de Pedro Lanaja, 241 hojas).—Huesca, 1623.—Jaen, 1636; 1696.

* 3) *Romances nueuamente sacados de historias antiguas de la crónica de España, compuesto por Lorenzo de Sepúlveda. Añadióse el Romance de la conquista de la ciudad de Africa en Berueria, en el año M. D. L. y otros diuersos, como por la Tabla parece. En Anuers, en casa de Juan Steelsio, 1551, en 12.º*—Hay una mera tirada de ella, en que se repite exactamente el mismo título de: «Anvers», en casa de Pedro Bellerio, 1580, en 12.º

Otra edición diferente, ya por supresiones, ya por significativas adiciones y por otra ordenación, apareció bajo el siguiente título: «*Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la crónica de España, por Lorenzo de Sepúlveda, vezino de Sevilla. Van añadidos muchos nunca vistos, compuestos por un cauallero Cesario, cuyo nombre se guarda para mayores casos. En Anvers. En casa de Philippo Nucio, 1566, en 12.º*—La biblioteca imperial de Viena posee todas tres ediciones.

El «Prólogo del autor á un su amigo», en que se expresa Sepúlveda acerca de las fuentes, motivos y fin de su empresa, contiene el siguiente pasaje, digno de atención, respecto á la historia de las colecciones de romances: «Y si las hystorias gentiles y prophanas dan tan grande contentamiento á los lectores, con ser muchas de ellas ficciones y mentiras afeytadas, quanto mas sabor dará la obra presente, que no solamente es verdadera y sacada de hystoria la mas verdadera que yo pude hallar, mas va puesto en estilo lo que vuestra merced lee. Digo en metro castellano y en tono de romances viejos que es lo que agora se usa. Fueron sacados á la letra de la crónica que mandó recopilar el serenísimo señor rey D. Alonso, que por sus buenas letras y reales desseos y grande erudición en todo

género de scientia fué llamado el Sabio. Saqué las mejores materias que pude, y más sabrosas, para ponerlas en el estilo presente. Servirá para dos provechos. El uno para leerlas en este traslado, á falta del original de donde fueron sacados, que por ser grande volumen, los que poco tienen carecerán dél, por no tener para comprarlo. Y lo otro para aprovecharse los que cantarles quisieren, en lugar de otros muchos que yo he visto impressos harto mentirosos y de muy poco fruto. Fué mi principal intención sacar á luz tan varios acontecimientos por aver acontecido en nuestra España, y por ser de crónica tan aprovada como es la del dicho señor rey, etc.» A este Prólogo del autor se añade en la nueva edición corregida y aumentada de 1556, el del impresor Martin Nucio al benigno lector, en el cual da los siguientes datos, no menos interesantes para la historia de los Romanceros, acerca de su modo de proceder: «Como yo avia tomado los años pasados el trabajo de juntar todos los romances viejos (que avia podido hallar) en un libro pequeño y de poco precio (esto es, en el «Cancionero de romances» arriba citado; compárese con esto lo que se dice en el prólogo que á éste le puso Martin Nucio), con protesta- ción hecha en el prólogo dél, que yo avia hecho en él no lo que devia sino lo que podia, veo que he abierto camino a que otros hagan lo mesmo, porque aunque es cosa que fácilmente se pudo començar, no será posible poderse acabar, ni aun demediar, por ser las materias diferentes, y en que cada día se puede añadir, y componer otros de nuevo. Agora ha venido a mis manos un libro nueva- mente impresso en Sevilla (1), el qual me pareció impri-

(1) De esto y del prólogo de Sepúlveda se saca en claro que debía de haber una edición sevillana preparada por este mismo, más antigua que todas las impresiones antuerpienses citadas aquí, aunque no se halle en parte alguna dato acerca de ella. Pero Martín Nucio se apoderó, según parece, también de esta colección, como especial aficionado á los romances

mir por seguir el intento con que esto comencé, y trabajé que en él se pusiessen algunos romances no como estaban sino como deven, porque aviendo en él muchos que tratan de una mesma persona, no me pareció justo que estuvieran derramados por el libro como estaban, mas que se juntassen todos en uno, porque de esta manera la hystoria dellos será más clara y al lector será más aplasible, y tambien hize añadir otros muchos assi de cosas de la sagrada escritura como de historias de España, los quales van señalados en la tabla con esta señal *: el nombre del autor de los añadidos se calla porque se guarda para cosas mayores que conformen con su persona y hábito, etc.»

Vemos, pues, que esta colección nos ofrece una clase totalmente diversa de romances (diferentes de aquellos de las dos precedentes colecciones), cuyo inventor parece ser Lorenzo de Sepúlveda (á quien no hay que confundir con su contemporáneo el famoso historiógrafo de Carlos V, Juan Ginés de Sepúlveda); puesto que compuso estos romances con la intención expresa de suplantar á aquellos otros «antiguos mentirosos» que gozaban del favor del público, y los compuso en el tono de los antiguos roman-

y más aún como librero especulador que sabía utilizar el gusto de la época. El que hubiera aprovechado en su reimpresión aquella desconocida edición original sevillana, es cosa que se deduce de que todas aquellas piezas citadas en el título y en la «Tabla» como adiciones («añadióse») faltan á la edición antuerpiense de 1551. Estas son aparte de los largos romances nombrados en el título, las siguientes piezas: el pasaje de la «Crónica general» que contiene la paráfrasis en prosa del poema plañidero de un moro con motivo de estar Valencia oprimida por el Cid (v. sobre esto: Malo de Molina «Rodrigo el Campeador» páginas 146 sig., Apéndice xxii y además el romance «Apretada está Valencia» en el Cancionero de romances); el romance: Del sacó de Roma—«A los Alpes y altas sierras» en quintillas; y cuatro romances amatorios (entre ellos el antiguo: «La bella malmaridada.») El señor Du-Méril en la *Rev. germ.*, pág. 210, ha citado una edición de la colección de Sepúlveda «desconocida» de todos los bibliógrafos y en posesión del conde Alberto de Circourt; pero después de enterarse mejor, se ha visto que no hay tal edición de la colección de Sepúlveda, sino que es una del «Romancero del Cid» de Escobar.

ces porque éste era el más usado. Su fuente no es la leyenda popular, no la tradición oral, sino la verdadera historia, tal como la halló en la crónica comprobada, que fué escrita por mandado de Alfonso el Sabio, de la cual escogió los pasajes más atractivos y los arregló al estilo entonces muy corriente de romance, para que hasta las personas de pocos medios, que no podían comprar esta costosa obra, tuvieran un sumario de ella, y cantaran estos romances en vez de aquellos otros inútiles y fabulosos. El buen hombre, sin darse cuenta de ello, ha tenido algunos rasgos felices, devolviendo á los cantos populares lo que de ellos había salido; pues las partes más atractivas precisamente de la «Crónica general» reposan en leyendas del pueblo, y llevan en su composición y su tono huellas tan evidentes de su forma anterior como cantos populares, que no se necesitaba más que un impulso muy pequeño para volver á restablecer los romances. Así es que esta colección contiene muchos romances con base legítima, si bien la mayor parte no es de hecho otra cosa más que una crónica dispuesta en forma de romances, apareciendo efectivamente los productos de Sepúlveda en su poética incapacidad junto á los buenos «romances viejos» que debían suplantar, como las más escuetas y prosaicas historias.

Martín Nucio, que, como él mismo dice, algunos años antes había abierto el camino de las colecciones de romances con su «Cancionero de romances», y se había tomado el trabajo de juntar todos los viejos en un libro pequeño y de poco precio, se gloria, en su reimpresión de la colección de Sepúlveda, de haber coordinado los romances que trataban del mismo asunto, y haberlos aumentado con algunos (21) compuestos por un «caballero imperial.»

Sin embargo, tampoco se observa aquí ni un estricto orden cronológico, ni se hallan agrupados siempre todos los romances referentes á la misma persona (verbigra-

cia, folio 18 v.º hasta el 31 v.º, hay algunos romances de Bernardo del Carpio, y de nuevo se hallan dos acerca de él en los folios 144 á 147); y la mayor parte de los nuevamente añadidos están hechos con el mismo espíritu de los productos de Sepúlveda. Fuera de los romances cuyo asunto está tomado de las crónicas españolas (1), hállanse algunos sobre asuntos de la antigüedad clásica ó bíblicos y uno alegórico («Ficción», Fol 265 v.º)

4) *Quarenta cantos, de diversas y peregrinas historias, declarados y moralizados por el magnífico caballero Alonso de Fuentes: Sevilla, Dominico de Robertis, á cuatro días del mes de Abril 1550, en 4.º Nueva edición, con la siguiente añadidura al título: Agora nuevamente corregido y emendado y con licencia impresso: Granada, Antonio de Nebrija, 1563, 8.º — Zaragoza, Juan Emilianos. 1564, 4.º * Libro de los quarenta cantos que compuso un cauallero llamado Alonso de Fuentes, natural de la ciudad de Sevilla, diuididos en quatro partes. La primera es de Hystorias de Christianos. Con las cosas que acaecieron en la conquista de Málaga y Granada... Agora nueuamente, etc. Alcalá, en casa de Juan Gracián, que sea en gloria, 1587, 8.º* (Las tres primeras ediciones en Brunet; la última en posesión de la biblioteca imperial de Viena; en las adiciones de Blankenburg á Sulzer se menciona una edición de Burgos, 1579, en 12.º, que debe de ser un extracto de estas dos, que son mayores, pero que acaso pertenezca al número 5.)

Al final la «Epístola dirigida por el autor á un cierto

(1) Uno de los romances que aquí ocurren, «De la duquesa de Loreina», y que empieza: «En la ciudad de Toledo», se presenta redactado exactamente igual en el «Cancionero de romances» y en la «Silva», y trata, sin más que alterar el nombre y algunas circunstancias accesorias, la misma leyenda, como aquel que está también en la «Silva»: «Del conde de Barcelona», que empieza: «En el tiempo que reinaba»; tomadas ambas versiones de las crónicas catalanas.

señor que le embió estos cantos, para que se los declarasse: el qual murió antes que se acabasse esta obra;» en la cual se nos presenta el siguiente pasaje, muy digno de ser tenido en cuenta á nuestro propósito: «Resta agora por el autor destes cantos satisfacer a algunos, que son mas amigos del consonante con saya y capa que les hincha los oydos, que no del proposito de la hystoria, que no dexarán de poner objectos en ellos: diziendo que fuera mejor compostura, segun el hilo de sus consonantes limados ó travados (y algunos segun vuestra señoria apunta lo hayan dicho). Y a estos digo que el intento deste autor fue querer mostrar estas hystorias con el origen destes cantos viejos: y que toda aquella cosa que se contrahaze y assimula a otra será mas perfecta, quanto mas se llegare o pareciere a aquella de quien se saca. Y assi imitando estos cantos a los de nuestros antiguos, aquella rusticidad de vocablos y consonantes mal dotados: les da la autoridad y lexos: que les quitaran los consonantes travados o limados (1).»

(1) Se consideraban, pues, ya en este tiempo los asonantes tan sólo como rima imperfecta (consonantes mal dotados) por oposición á los más artísticos y afinados (consonantes travados ó limados, con saya y capa), que es lo que en realidad eran, y esta imperfección así como la «rusticidad de vocablos» eran imitadas con toda diligencia de los romances viejos, para dar así autoridad y semejanza (lexos) á estas imitaciones. En esta misma «Epístola», en que para justificar la empresa del autor se procura mostrar la necesidad y utilidad de la poesía y del canto, se cita en apoyo de ello cómo el mismo rey Alfonso el Sabio, cuando fué vencido y expulsado por su hijo, y se vió abandonado de los grandes de su reino, procuró consolarse con el canto é «hizo un canto ó romance», que nos comunica el autor, sin nombrar la fuente de donde lo sacó y que voy á poner aquí; pues aun cuando sea lo más probable que no proceda de Alfonso el Sabio, es, sin embargo, antiguo y notable á causa de la asonancia alterada, ó más bien consonancia imperfecta:

Yo sali de la mi tierra
para yr a Dios servir,
y perdi lo que avia
desde Mayo hasta Abril,

Esta colección caracteriza suficientemente por su título, tanto su forma como su contenido, incluyendo, como la de Sepúlveda, depurados, y como lo dice expresamente el autor en la «Epístola», rehechos los romances «viejos»,

todo el reyno de Castilla
 hasta alla a Guadalquivir,
 los obispos y perlados
 cuyde que metien paz
 entre mi et el mio hijo
 como en su decreto jaz,
 estos dexaron aquesto
 y metieron mal assaz;
 non a escuro mas a voces
 bien como el añafil faz,
 fallecieronme parientes
 y amigos que yo avia
 con averes y con cuerpos
 y con su cavalleria,
 ayudeme Jesu Christo
 y su madre sancta Maria
 que yo a ellos me encomiendo
 de noche y tambien de dia,
 no he mas a quien lo diga
 ni a quien me querellar
 pues los amigos que avia
no me osan ayudar,
que por miedo de don Sancho
desamparadome han;
 pues Dios no me desampare
 quando por mi a embiar,
 ya yo oy otras vezes
 de otro rey asi contar
 que con desamparo que uvo
 se metio en alta mar
 a se morir en las ondas
 o las venturas buscar:
 Apolonio fue aqueste,
e yo hare otro que tal.

La fuente de este romance es la famosa carta de Alfonso X á Pérez de Guzmán (véase Dozy, l. c., I., pág. 638; Ticknor, I., pág. 33), con la que tiene de común muchos pasajes casi literalmente reproducidos. Compárese también el romance que trata del mismo asunto en las adiciones á Sepúlveda: «El viejo rey Don Alfonso» (edic. de 1566), en que se presentan también los lamentos de este rey (Estas trovas fué á trovar), pero con el cual sólo los versos que van en bastardilla concuerdan casi literamente (véase la (Primavera y Flor de romances» números 62 y 63). El rey «Apolonio» citado en ambos romances es Apolonio de Tiro, tan celebrado en las leyendas medioevales.

diferenciándose, y no con ventaja, de la de aquel en que los diez últimos romances de la última, la parte dedicada á «Historias de Cristianos», es decir, de españoles, carecen de tono fundamental legendario y de todo colorido popular. Además sigue aquí á cada romance una larga «declamación» histórico-arqueológica, llena de pedantesca erudición y una extensa «moralidad» en prosa. Pero los Romanceros de Fuentes y Sepúlveda prueban que en aquel tiempo había progresado ya tanto en el favor del público, aún en el del culto, la poesía romancesca, y se había puesto tan de moda, que si antes los poetas artísticos, cortesanos tan sólo de cuando en cuando, habían condescendido á utilizar los romances para sus bagatelas líricas, empezaban ya los agremiados doctos á revestir sus escarceos pedantescos con forma de romances. Por tales eruditos, que no partían ya de intención poética, sino que tenían ante la vista sólo un fin didáctico, no podía ser imitada de aquellos antiguos y legítimos romances populares más que la forma meramente externa, que, como es tan popular, puede ser manejada fácilmente por cualquier español que domine algo su lengua, hasta tal punto, que cuesta poco mayor esfuerzo que la prosa, pero que si pierde su colorido nacional en la materia y popular en el tono, como en los romances de Fuentes, decae hasta el más pedestre prosaísmo.

* 5) *Cancionero de Romances sacados de las Coronicas antiguas de España con otros hechos por Sepúlveda. Y algunos sacados de los quarenta cantos que compuso Alonso de Fuentes. Impresa (sic) en la noble villa de Medina del Campo, por Francisco del Canto. Año 1570, en 16.º* El título, con escritura latina, el resto con gótica. Las cuatro primeras hojas contienen además del título la licencia para que se imprima (fecha en Madrid á 29 de Abril de 1569 y á 27 de Febrero de 1570), y la «Tabla»; sigue después el texto con signatura Av hasta R*, y la nú-

meración de las hojas v hasta ccii; en el frente de la última hoja se repiten el lugar y el año de la impresión. Contiene 120 romances.

El ejemplar que de él posee la biblioteca imperial de Viena es acaso el único que se conserva; por lo menos antes no se hallaba en ninguna parte ni siquiera noticia de la existencia de este «Cancionero de romances», que no hay que confundir porque tengan el mismo principio de título con el citado de Martín Nucio bajo el número 1. En realidad, es más notable como rareza bibliográfica que por su contenido, puesto que casi todos los romances que le forman se hallan también en otras colecciones; es, á saber: fuera de las dos indicadas en su título, la de Sepúlveda (la mayor parte de éste) y la de Fuentes, en el «Cancionero de romances» de Martín Nucio, en la «Silva» (habiendo utilizado de ambas colecciones el texto de la primera edición) y en las «Rosas» de Juan de Timoneda que hemos de citar pronto. Es de observar, sin embargo, que este Cancionero contiene un par de romances propios de él, tradicionales y casi nada líricos; pero fuera de aquellos que se refieren á la historia legendaria de España, muchos que tienen por objeto la antigüedad clásica y algunos la historia moderna, como ya se muestra por la añadidura al título: «sacados de las corónicas antiguas de España», esta colección procuraba tomar romances que pasaran por autoridad histórica. De aquí que ya en ella, así como en las sucesivas colecciones los romances caballescicos, propiamente épicos, no se aceptan. La comparación de éste con el ejemplar de la colección de la biblioteca de Wolfenbüttel, que lleva por título: «*Recopilación de Romances viejos, sacados de las Crónicas Españolas, Romanas y Troyanas. Agora nueuamente: por Lorenço de Sepulveda Alcalá, en casa de Francisco de Cormellas y Pedro de Robles, 1563. A costa de Luis Gutierrez, en 12.º, 196 hojas y 3 hojas. Tabla con 119 romances*»; esta

comparación ha puesto en claro que deben considerarse las dos como tiradas con título cambiado de una misma colección, y que, por lo tanto, la Recopilación de ningún modo se ha de contar, como se cree erróneamente, entre las ediciones de la colección de Sepúlveda, sino que es más bien la más antigua conocida hasta hoy de ésta de que estamos tratando (1).

Después ha adquirido la biblioteca de Berlín el ejemplar de una edición algo posterior con el mismo título que el ejemplar de la edición que se halla en la biblioteca imperial de Viena, pero impreso en Alcalá de Henares, en casa de Sebastián Martínez, y fuera de la Puerta de los Mártires, año de 1571, en 2.º, 199 hojas. La tabla concuerda del todo con la edición de Medina del Campo (las dos dan sólo el principio de 115 romances.) Al final se repite la fecha.

(1) La noticia dada en el *British Bibliographical Repository* de una edición de la *Recopilación* del año 1553, del mismo lugar y por el mismo librero, descansa en una errata ó mala lectura, 1553 en vez de 1563, como ya lo ha observado Brunet.

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

- Agacino (E.) — Guía práctica del marino mercante.—En 8.º mayor, x-430 páginas y 7 láminas: 7 pesetas.
- Alarcón (M. A.) — Biografía compendiada de la Excm. Sra. Doña Teresa Enriquez, llamada «La loca del Sacramento». En 12.º, 151 páginas y un árbol genealógico.—No se ha puesto á la venta.
- Almanaque «El sui generis,» para 1896, con el santoral en verso. En 8.º, 224 páginas: 0,50 pesetas.
- Idem, festivo ilustrado, para 1896. (Año xvi de su publicación.) En 8.º, 224 páginas: 1 peseta.
- Allan Poe (E.)—El Kuerbo, traducción directa del inglés, por J. A. Pérez Bonalde, indibiduo korrespondiente de la Rreal Akademia Española. En 8.º, 29 páginas: 1,50 pesetas.
- Aranda y Tadin (J. de).—Brevisimo compendio de historia general de España. En 12.º, 30 páginas: 0,50 pesetas.
- Arnó de Villafranca (P.)—La luna no es un satélite de la tierra. ¿Qué es la luna? En 8.º, 30 páginas y una lámina: 1 peseta.
- Cajal (S. R.)—Elementos de histología normal y de técnica micrográfica, 205 grabados intercalados en el texto. En 4.º, vi-484 páginas: 12,50 pesetas.
- Caro (E.)—El Derecho y la fuerza. En 8.º, 302 páginas: 3 pesetas.—
- «Colección de libros escogidos», tomo 140.
- Cavestany (J. A.)—Sofia, drama en tres actos, en verso. En 8.º, 93 páginas: 2 pesetas.—Galeria dramática de Hidalgo.
- Codina Castellón (J.) — Demostración clinica del contagio en la tuberculosis. En 4.º, 189 páginas: 4 pesetas.
- Colección de documentos inéditos para la historia de España, que publica el Marqués de la Fuensanta del Valle.—Tomo cxii. En 4.º, 513 páginas: 12 pesetas.—Contiene: Hermandad de Córdoba con Jaén, Baeza, Ubeda, Andújar, Arjona y Santi-Esteban, e varios caballeros en tiempo del infante D. Sancho. (Archivo del Ayuntamiento de Córdoba.)
- Diaz de Escovar (N.)—Mis cantares. En 8.º, 158 páginas: 1,50 pesetas.
- Diez Canedo y Lletget (F.) y Marin y Boyé (A.) — Manual práctico consultor para acreditar haberes del Estado, provincia y municipio. En 8.º, 127 páginas: 2,50 pesetas.
- Dorado (P.)—Problemas de derecho penal, tomo i. En 8.º mayor, xvi-471 páginas, tela: 7 pesetas.
- Feliú y Codina (J.)—Miel de la Alcarria, drama en tres actos y en prosa, original. En 8.º, 80 páginas: 2 pesetas.
- Fernández y González (D.)—Ca-

- buerniga, sones de mi valle. En 8.º, II-211 páginas: 2 pesetas.
- Flores García (F.) y Romea (J.)—Quisquillas, comedia en dos actos y en prosa. En 8.º, 63 páginas: 1,50 pesetas.
- García Valero (E.)—Poesías. En 8.º, XX-222 páginas: 3 pesetas.
- González (C.)—Derecho usual. Resumen de los principios generales del derecho y del derecho positivo español. En 4.º, 344 páginas, tela: 5 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- González (H.)—Cuestiones sociales. En 4.º, XII-223 páginas: 2,50 pesetas.
- Gregorio Rocasolano (A. de).—Estudio químico de la harina y del pan. En 4.º, 110 páginas: 3 pesetas.
- Heras (D. de las).—Estoy comprometida, monólogo cómico en verso, original. En 8.º, 18 páginas: 1 peseta.
- Ihering (R. V.)—Cuestiones jurídicas, por Rodolfo Von Ihering, traducción del alemán, por Adolfo Posada, profesor en la Universidad de Oviedo. En 4.º, 266 páginas: 5 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Iráyoz (F.)—Los de Ubeda: juguete cómico en un acto y en prosa, original. 38 páginas: 1 peseta.
- Manso de Zúñiga (D. V. C.) y Díaz Alonso (D. M.)—Tratado de elaboración de vinos de todas clases y fabricación de vinagres, alcoholes, aguardientes, licores, sidra y vinos de otras frutas. En 4.º, 384 páginas con grabados: 10 pesetas.
- Merino y Sánchez (R.)—Tesis del doctorado. Contribución al estudio del sueño fisiológico. En 4.º, 52 páginas: 1 peseta.
- Mir y Noguera (J.)—Devoción de San Francisco de Borja, S. J., al Santísimo Sacramento. En 12.º, 43 páginas. No se ha puesto á la venta.
- Molins (A. E. de).—Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX: apuntes y datos.—Cuadernos 45 á 48. En 4.º, á dos columnas: Cada cuaderno, 1 peseta.
- Olmeda (F.)—Memoria de un viaje á Santiago de Galicia, ó examen crítico musical del código del Papa Calixto II, perteneciente al Archivo de la catedral de Santiago de Compostela. En 8.º, cuatro hojas preliminares 85 páginas y 3 láminas: 1,50 pesetas.
- Oneca (N.)—Camila ó la revolución francesa: drama en tres actos y en verso, original. En 8.º, 72 páginas: 2 pesetas.
- Pardo Bazán (E.)—Arco iris; cuentos. En 12.º, 190 páginas y retrato de la autora: 0,50 pesetas.
- Polo y Peyrolón (E.)—Manojico de cuentos, fábulas, apólogos, historietas, tradiciones y anécdotas. En 8.º, 232 páginas: 1 peseta.
- Pou Moreno (M.)—Literatura fin de siglo: Rimas galantes y pensamientos. En 12.º, XVI-96 páginas: 0,50 pesetas.
- Ramírez (R.) y Jiménez Quirós (E.)—De tres á cuatro: juguete cómico en un acto y en verso, original. En 8.º, 29 páginas: 1 peseta.
- Reverter Delmas (E.)—El suicidio ante Dios y la razón. En 4.º, 31 páginas: 0,50 pesetas.
- Rodríguez y Fernández (I.)—Compendio de historia crítica de la medicina é introducción á la misma. Edad primera ó de preparación científica: 2 tomos. En 4.º, 653 y 562 páginas y 15 láminas: 22 pesetas.
- Rodríguez Solís (E.)—La Mujer, el hombre y el amor. En 12.º, 192 páginas: 0,50 pesetas.
- Salvá (A.)—Burgos en las comunidades de Castilla. En 8.º, 191 páginas: 3 pesetas.
- Sánchez Covisa (P.)—La Carrera de derecho. En 8.º, 79 páginas: 1,50 pesetas.
- Santa Cilia (J. de).—Biblioteca de novelas militares. El cabo Juan Miseria. En 12.º, 144 páginas: 1 peseta.
- Saus (R.) y López (J.)—El Nuevo organista: juguete cómico en un

- acto y tres cuadros, en verso y prosa, original. En 8.º, 35 páginas: 1 peseta.
- Serrano y Sanz (M.)—San Ignacio de Loyola en Alcalá de Henares. Estudio histórico. En 8.º, 46 páginas: 2 pesetas.
- Sighele (E.)—El delito de dos; ensayo de psicología morbosa, traducción, por P. Dorado, catedrático en la Universidad de Salamanca. En 4.º, 232 páginas: 4 pesetas.—Biblioteca de jurisprudencia, filosofía é historia.
- Idem.—La Muchedumbre delincuente: ensayo de psicología colectiva, traducción de P. Dorado. En 4.º, 175 páginas: 4 pesetas.—Biblioteca de jurisprudencia, filosofía é historia.
- Idem.—La teoría positiva de la complicidad, traducida de la 2.ª edición italiana, por P. Dorado. En 4.º, 250 páginas: 5 pesetas.—Biblioteca de jurisprudencia, filosofía é historia.
- Silva y J. (F.)—Mapa de las aduanas de España. Una hoja. 95: 70 cm.: 3 pesetas.
- Soler y Guardiola (P.)—Apuntes de historia política y de los tratados (1490 á 1815). En 4.º, 743 páginas: 5 pesetas.
- Soto y Calvo (F.)—Croquis de Italia. En 8.º, VIII-278 páginas: 4 pesetas.
- Taboada Steger (R.)—Matinée: juguete cómico en un acto y en verso, original. En 8.º, 27 páginas: 1 peseta.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Un ladrillazo</i> , por Ricardo Becerro de Bengoa.....	5
<i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja,</i> por un soldado viejo.....	55
<i>Viaje por España</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	78
<i>La autonomía del Canadá</i> , por Adolfo Posada.....	96
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	113
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	127
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	143
<i>La Prensa internacional</i> .—El Fausto real y el Fausto de los poe- tas, por el Licenciado Pero Pérez.....	159
<i>Sobre la poesía de los romances de los españoles</i> , por Fernan- do Wolf.....	174
<i>Obras nuevas</i>	203

DERECHO POLÍTICO FILOSOFICO

POR

LUIS GUMPLOWICZ

Profesor de ciencias políticas en la Universidad de Gratz (Austria).

TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS POR

PEDRO DORADO MONTERO

Profesor en la Universidad de Salamanca.

Precio: **diez pesetas.**

LA JUSTICIA

POR

H. SPENCER

Un volumen grande, **siete pesetas.**

LAS INSTITUCIONES ECLESIASTICAS

POR

HERBERT SPENCER

Un volumen, **seis pesetas.**

LA MORAL DE LOS DIVERSOS PUEBLOS

Y

LA MORAL PERSONAL

POR

H. SPENCER

Un volumen grande, **siete pesetas.**